FRAY MOCHO



"EN ALTA GRACIA"

Por H. MARTÍNEZ FERRER

N.° 705

27-10-1925-

Todos



DESDE EL

HOMBRE

DE

DINERO

HASTA

EL

OBRERO



OBTIENEN HOY EN DÍA AHORROS GRATUITOS IMPORTANTES SIN DESEMBOLSAR UN SOLO CENTAVO CON ESE OBJETO, SACANDO UNICAMENTE LOS BONOS DE AHORRO DE LAS CAJAS DE FÓSFOROS

MARCAS VICTORIA y 75

HAY SIEMPRE EN CIRCULACIÓN

PARA DEPOSITAR EN LA CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL

$100.000

EN BONOS DE AHORRO EN LAS CAJAS DE FÓSFOROS



y



DE LA

COMPAÑIA GENERAL DE FÓSFOROS

LIMA 239 BUENOS AIRES

De "Páginas de Columba".

Cía. Gral. de Fósforos. Tall. Gráficos P. Colón 1266, Buenos Aires
Industria Argentina.

FRAY MOCHO

Año XIV | Buenos Aires, 27 de octubre de 1925 | Núm. 705

Cómo se hace un caudillo

Un cuento campero de JAVIER DE VIANA

Rajaba el sol.

Una pereza enorme invadía la comarca. Las florecitas, que al beso del rocío habían levantado alegremente las cabecitas multicolores, reposaban sobre el suelo, marchitas y tristes, sin brillo en las corolas, sin fuerza en los tallos.

Los pastos, amarillos, secos, daban la impresión de unas fauces atormentadas por la sed.

Las haciendas, aplastadas por la canícula, permanecían quietas, incapaces de ningún esfuerzo, ni aun para pacer.

En el cielo, caldeado como un horno, no volaba un solo pájaro.

En los lagunejos de las cañadas, las tarariras dormían flotando a flor de agua, sin hacer caso de las mojarritas, que semejando esquilas de plata, les saltaban por encima.

El techo de paja del gran edificio de la pulpería, parecía pronto a arder; parecía que estaba ardiendo ya, pues brotaba de él un tenue vapor azul.

A su alrededor, los coposos eucaliptos dejaban pender, mustias, lánguidas, las ramas flageladas por el sol. Y entre las ramas, en el interior de los nidos enormes, se sofocaban, abierto el pico y esponjadas las plumas, los caranchos y las cotorras.

Eran más de las cuatro de la tarde, pero la temperatura se mantenía hirviente como a mediodía. Una pereza colosal invadía el campo, y a esa hora, Regino era uno de los poquísimos hombres que trabajaran.

Con la cabeza cubierta por un gran chambergo sin forma, en mangas de camisa, unas bombachas de dril y los pies calzados con "tamangos".

Regino iba siguiendo perezosamente el surco que, con no menor pereza, iban abriendo los dos bueyes barcinos, que atormentados por las moscas y los tábanos, avanzaban somnolientos, babeando, el hocico casi rozando el suelo.

Al concluir una melga, Regino se detuvo. Los bueyes agacharon aún más las cabezas en una actitud de suprema resignación.

El mozo clavó en la tierra la picana y, sin soltar la mancera del arado, inclinó también la cabeza. Era un muchacho alto y fornido, de cara enjuta, aguileña nariz, ojos pequeños, boca sensual cuyos labios carnosos no llegaban a cubrir los pelos largos y rígidos de su bigote de un rubio casi rojo.

En el transcurso de varios minutos, Regino permaneció así. Después, levantando la picana, hirió con crueldad, con ferocidad, a los bueyes, que arrancaron al trote, doloridos, tastarillando sobre los terrones endurecidos, hechos piedra por la fragua solar.

A los pocos pasos las bestias volvieron al ritmo lento y perezoso de su tranco habitual. Y el arador los dejó andar, andando él mismo a idéntico compás indolente.

Pero cuando hubo recorrido todo el trayecto y cerrado la melga, volvió a detenerse y una expresión feroz se pintó en su rostro, en su rostro extraño, que tenía el hocico fino y alargado del zorro y los pómulos anchos, prominentes del tigre: una cara enteramente felina, pero de extraño consorcio de ferocidad y de astucia.

Las ralas cerdas del bigote se erizaban y se doraban, perladas de sudor bajo la ardencia solar. Los labios se contraían en una mueca amargamente amenazante; los ojos tenían el amarillo pálido de las pupilas de los gatos que runrunean asoleándose.

En aquel muchacho de poco más de veinte años, había, sin duda, mucho de malo, y por lo mismo, mucho de fuerte. No había nacido para penar sin tregua en oficio de buey. En su frente alta y estrecha no hacían nido las ideas, pero se albergaba una voluntad potente dispuesta a vencer a todo trance, de cualquier modo, por cualquier medio.

Aspiraciones indefinidas borbollaban en su cerebro, cuando fué sorprendido por su patrón, don Pipo, un genovés alto, gordo, ventripotente y de rubicunda faz.

Al verlo, levantó la cabeza y lo miró sonriendo con una expresión de extrema humildad, transformada instantáneamente la sombría expresión de odio y de soberbia.

—¡Siempre haraganeando!—dijo con tono manso el patrón.

A lo cual respondió Regino, con acento meloso y bajando la vista:

—No, patrón; era pa darle un resuello a los bueyes... ¡El sol aprieta tanto, y la tierra está tan dura!...

Su voz era cálida, ligeramente ceceosa, y aun cuando no sabía leer ni escribir, tenía tal empeño en hablar bien, que caía en el ridículo del preciosismo.

—E bueno... ya sun cerca e la cincu... Largá no mas lo bueyes y andá tumar mate...

—Hay tiempo —contestó el mozo,— voy a cerrar esta melga y después desuño...

—Cume te paresca, mico...

Y don Pipo se alejó, andando lentamente, resoplando, y al llegar al salón de la pulpería, le dijo a su mujer, mientras encendía el medio toscano:

—Mochacho bueno iste Requino..., trabacador y educaditu..., buen mochacho, Requino...

Sandalia, una criolla obesa, desaseada, de rostro agradable y fresco aún, no obstante sus cincuenta años, se encogió de hombros desdeñosamente.

Siempre ella lo había tratado con desdén, casi con rabia. Y él siempre fué con ela sumiso, respetuoso, afectuoso.

La humildad fué siempre su característica. Lo era con sus superiores y con sus iguales, los peones del establecimiento; pero no con sus inferiores y subordinados: los perros, los caballos, los bueyes...

Ocurrió, sin embargo, que un día don Pipo cayó fulminado por la apoplejía; y un año después, Regino, casado con la viuda, era dueño absoluto del negocio y de un vasto dominio rural.

Caricaturas de Sanguinetti



El distinguido poeta español Francisco Villaespesa, a quien el público porteño ha tributado sus aplausos en sus recientes conferencias.



Entonces empezó a levantar la cabeza, a mirar de frente, por primera vez, y a mirar con orgullo, con la insolencia del esclavo redimido y enriquecido.

Era rico; pero no le bastaba. Sentía ansias de dominio. El servilismo de muchos años le subía a la garganta, causándole náuseas.

Se hizo político. Empezó por ir despidiendo, uno tras otro, a todos sus antiguos compañeros de miseria, a los que tenían el derecho de seguir llamándole:

—Che; Regino...

Ahora era, y tenía que ser para todos, "Don Regino".

Realizó reuniones, pagando de su bolsillo las vacas con cuero, el pan y el vino; auxilió con sumas más o menos crecidas a los caudillejos de mayor o menor importancia; presidió clubs, adquirió prestigio...

Un día en que doña Sandalia le reconvino por esos gastos, le dió un bofetón, diciéndole:

—¡Qué tenés que meterte entre el novillo y el lazo, vieja de!...

Y en las aspiraciones de regeneración institucional que animaba al país, sobre todo a los vagos analfabetos, su prestigio fué creciendo rápidamente.

Una vez, el comisario de la sección fué a verle.

—Sabe, don Regino—empezó,—tengo un apuro del momento... Necesitaría doscientos pesos..., por poco tiempo... y si usted pudiese...

Relampaguéaronle de gozo los ojos felinos a don Regino. Pero bajó la cabeza y, tras pausa estudiada, respondió:

—Yo le serviría con mucho gusto... pero doscientos pesos... en esta época... Y más ahora, que voy a tener que ayudar a la familia del pobre capitán Carreras...

El "capitán" Carreras, era un vago, preso por abigeato, pero persona influyente dentro los opositores al gobierno: era hombre de reunir, entre vagos, cuatreros, rateros y gentes de igual calaña, más de doscientas lanzas.

—Eso se podría arreglar—respondió el comisario.—La culpabilidá de Carreras no está bien probada... Es cierto que se le encontró en el rancho una oveja recién carneada y un cuero con la señal de doña Menegilda..., pero..., también puede ser maldá ¿no encuentra?

—¡Claro que encuentro!... ¡Robar una oveja el "capitán" Carreras!...

—Es lo que yo digo... Y me dan ganas de ponerlo en libertá...

Carreras fué puesto en libertad, el comisario tuvo los doscientos pesos y el prestigio de "don Regino" creció enormemente. Una palabra suya bastaba para salvar a un "compañero" encarcelado por alguna debilidad propia de los hombres... de esa clase.

Pero no bastaba. Don Regino se hizo amigo del juez de paz, tipo alegre, jugador, bebedor, mujeriego, y empezó a fiarle, a fiarle... Y ocurrió que a poco, para abrir o cerrar un camino seccional, para cambiar una portera, para establecer una servidumbre, se necesitaba el consentimiento de don Regino.

En dos años la influencia política de don Regino había crecido extraordinariamente.

En la segunda reunión, un asado con cuero, le habían hecho "capitán". A los dos años era "comandante"; y cuando, al estallar la revolución reivindicadora se presentó al frente de más de quinientos "ciudadanos", le hicieron "coronel".

Después de la guerra volvió a su pago coronado de laureles. Los diputados los hace él. Las autoridades locales están supeditadas a él. Y su fortuna crece, crece, porque es hombre práctico que no pierde el tiempo en idealismos tontos.

Por eso no se ha preocupado de aprender a leer y escribir.



Versos a Lila

—"De amor hay una frase tan sagrada
que se mancilla sobre labio impuro"—
Así lo dice tu misiva... Nada
puede alegar mi espíritu perjuro.

Laura, Beatriz, Aurora... Sólo nombres
perdidos en la bruma del añoro.
Y las caricias, ¿dónde están? Los hombres
¡cuán presto abandonamos un tesoro!

Laura, ¿recuerdas el robado beso
allá en la calma del sendero umbrío?
¡Tus ojos reprocharon el exceso
pero todo tu espíritu fué mío!

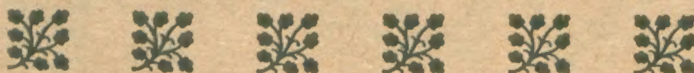
Beatriz, ingenua colegiala, frente
a mi anhelo, ¿qué fué tu amor de casta?
¿Y tus vírgenes labios? Dulcemente
abatíólos mi boca iconoclasta...

Aurora, ¡cuánto inmaculado ruego!
Tus labios y mis labios... Eras mía
y no lo eras del todo... Y luego, luego...
¡Por eso, acaso te ame todavía!

Sólo nombres... ¿Qué fué de lo vivido?
¿Qué fué de algún remoto juramento?
No lo sé... ¡Soy un pájaro perdido
con las alas deshechas por el viento!

Soy un ave cansada... ¿Por qué, Lila,
no cobijas mi ensueño doloroso?
En la triste expresión de mi pupila,
¿no hay, acaso, un infante candoroso?

Eduardo María de OCAMPO.



"LA PRENSA"

Un año más de vida fecunda, en su larga y brillante existencia periodística, acaba de cumplir nuestro estimado colega "La Prensa", y por cierto que tan fausto acontecimiento no hace más que señalar un nuevo jalón de triunfo en la ruta de progreso que emprendiera hace cincuenta y seis años.

Si el grado de vitalidad y cultura alcanzado por la República, puede medirse en las páginas del periodismo nacional, "La Prensa", indudablemente, es uno de nuestros órganos representativos que con más fidelidad y fuerza expresiva puede dar a conocer, fuera del país, toda la potencialidad, adelanto y civilización que este encierra en sus límites.

Tribuna de elevada prédica y sana orientación, "La Prensa" ha sido, durante más de medio siglo, un factor importante de beneficiosa influencia moral, al que mucho deben el desenvolvimiento de nuestra nacionalidad y la consagración de nuestros ideales democráticos.

Como órgano periodístico, ha logrado destacarse entre la prensa mundial, y sus servicios telegráficos, su extensa información noticiosa y su valiosa colaboración literaria, han llegado al grado máximo de valor y eficacia que hoy puede ofrecerse al público lector.

Ultimamente, incorporó a sus talleres gráficos la última palabra en el arte de la reproducción fotográfica, instalando máquinas propias para imprimir por el sistema del rotograbado, innovación que, desde su primer suplemento semanal ilustrado, constituyó un brillante éxito.

FRAY MOCHO saluda cordialmente al colega, en ocasión del quincuagésimo sexto aniversario de su fundación y formula los más sinceros votos por que sus crecientes progresos continúen en muchas otras etapas de su marcha triunfal.

Lo que puede hacerse con la electricidad del cuerpo humano

Durante el crudísimo invierno del Canadá se desprende gran cantidad de electricidad de todos los cuerpos terrestres, permitiendo hacer experimentos tan curiosos que casi parecen increíbles.

Primeramente, en este país son extremados los contrastes entre los períodos invernales y los estivales. En Winnipeg llega a marcar el termómetro 38° centígrados sobre cero en verano y 43° bajo el punto del hielo en el invierno.

Una viajera refiere que al entrar al anochecer en casa de unos parientes suyos, dió la mano a uno y sintió una punzada muy viva y una sacudida que le llegó hasta el codo. Luego se acercó a besarle una muchacha de la familia, y experimentó la misma sensación en los labios.

Toda aquella gente, conocedora de la potencia de los efluvios eléctricos de la región, se rió grandemente de la sorpresa de la viajera, pues sabían de sobra que a tales horas la electricidad del ambiente se manifiesta en pequeñas descargas, semejantes a las que producen las pilas eléctricas que sirven para ensayos en los colegios.

Una vez iniciada, nuestra viajera hizo, por consejo de sus parientes, varias pruebas muy curiosas. Empezó por echar a andar con paso ligero, procurando no rozarse con ningún mueble, a fin de guardar el flúido acumulado sobre sí misma; abrió un mechero de gas, lo tocó con la punta de un dedo y en el acto se encendió. Había producido la luz con el flúido de la mano.

El erizamiento del cabello electrizado por cualquier frotación, o bien por efecto de la cólera o del miedo; la crepitación y la fosforescencia del pelo de ciertos animales son fenómenos que todo el mundo conoce, y también es sabido que el frío seco acentúa el fenómeno. Pero en Manitoba observó la viajera algo más sorprendente. Allí, con sólo tocar un objeto de metal, de cobre especialmente, o meter la mano en agua fría, o simplemente ponerse en contacto con cualquier cuerpo buen conductor de electricidad, se provoca una conmoción, a veces dolorosa.

Claro es que para esto tienen que concurrir varias circunstancias, tanto atmosféricas como de lugar. Al aire libre, en una tienda de campaña o en una choza, no se producen tales fenómenos, y en cambio son muy favorables para ellos los aposentos con paredes de ladrillo y de grandes ventanas de cristales, siempre que la temperatura exterior sea muy seca, muy pura, y sobre todo, muy baja. Entonces, hacia el mediodía y hacia las seis de la tarde, alcanza el máximum de electricidad.

Los primeros individuos que sienten los efectos de la electricidad son los de temperamento vigoroso, cuya circulación es activa. Los de constitución débil o desgastada parece que se impregnan menos de flúido.

Otra cosa curiosa del Canadá es que los extranjeros sienten menos el frío durante el primer invierno que pasan en el país, y experimentan con más fuerza la influencia eléctrica. Las fuerzas vitales adquieren una recrudescencia notabilísima, se aceleran los movimientos del corazón, la voz se pone más sonora y por las venas circula una actividad prodigiosa.

El Canadá es, pues, para el fisiólogo al menos, un campo de estudio inexplorado.

LA LUZ FRIA

Es frecuente que asociemos la idea de calor a la de luz, sin acordarnos de los fenómenos de luz fría que, como consecuencia de los recientes progresos de la física, empiezan a tener útiles y curiosas aplicaciones.

Entre éstas, conviene señalar la decoración escénica y la decoración de interiores—ejemplos de las cuales se ofrecen en la Exposición de Artes Decorativas, de París,—obtenidas por la utilización racional y artística de la fosforescencia y de la fluorescencia.

Antes de pasar adelante, recordemos que son estos dos fenómenos luminosos confundidos lamentablemente con arta frecuencia.

La fosforescencia es la propiedad que poseen ciertos cuerpos de hacerse luminosos en la obscuridad cuando han estado previamente expuestos a una luz cualquiera. Esta luminiscencia puede durar varias horas, pero su intensidad va decreciendo paulatinamente.

También los cuerpos fluorescentes pueden emitir luz en la obscuridad, pero no manifiestan esta propiedad sino en presencia de una fuerza excitadora. Esta puede ser los rayos X o los rayos ultravioletas.

Veamos ahora cual es la acción de la luz sobre los cuerpos fosforescentes y fluorescentes. Entre los rayos del espectro solar la luz roja tiene la propiedad de apagar la fosforescencia, mientras que la ultravioleta la excita violentamente, y provoca, de otra parte, la fluorescencia. Esta propiedad es la que se ha utilizado para obtener efectos escénicos maravillosos.

Su explotación sólo ha sido posible hasta el día en que se supo "filtrar" los rayos ultravioletas para privarles de ciertas radiaciones, de muy corta longitud de onda, que ejercen sobre la célula viviente una acción nefasta, que puede llegar hasta su destrucción total.

Para darse cuenta del partido decorativo y escénico que se puede sacar de estos fenómenos, basta con efectuar una experiencia muy sencilla.

Se yuxtaponen sobre una pantalla tres bandas paralelas, constituídas: la primera, por el color amarillo ordinario; la segunda, por un color amarillo fluorescente (uranina, por ejemplo), y la última, por un cloruro de cinc fosforescente, de color igualmente amarillo. A plena luz, no se distinguen unas bandas de otras. En la obscuridad sólo brilla la última banda fosforescente.

Si se proyecta sobre la pantalla un haz de luz ultravioleta invisible, la banda de colores fosforescentes se hace también luminosa, mientras que la banda de color ordinario continúa sin aparecer.

Se comprende fácilmente que un director de escena pueda realizar juegos maravillosos con apariciones y desapariciones sucesivas de esta naturaleza. Variando los modos de iluminación, se puede hacer surgir o escamotear personajes, cambiar sus vestiduras, la decoración sobre la que actúan, etc.

La luz fría puede encontrar aún otras aplicaciones, como por ejemplo, en la decoración de interiores, de salas, de restaurants, hoteles, etc. Techos, cornisas y frisos podían iluminarse gracias a la luz fría, mientras que los mismos muebles se siluetarían extrañamente en la penumbra. Bajo esta claridad, los marcos de los cuadros, las estatuillas y los "bibelots" asumirían un aspecto fantástico.

¿En qué forma conviene emplear los productos luminiscentes? La Sociedad Radiana, de París, emplea colores a base de sales fosforescentes para pintar encajes, vasos y otras clases de objetos.

Hablando sin lengua

La opinión de si las mujeres pueden hablar sin tener lengua está fundada en hechos que nada tienen de milagrosos, ni de impostura. En el año 1742 Margarita Cuting, que entonces tenía veinticuatro años, y vivía en la provincia de Suffolck, en Inglaterra, hablaba con agilidad y claridad, sin embargo de haberse quedado sin lengua, de resultas de un cáncer, a los cuatro años de edad. Había nacido el año 1718 en Turnstoll. Este hecho, y las pruebas que le confirman, se hallaban en las Transacciones Filosóficas de la Real Sociedad de Londres del año 1742, número 464, art. 2. Así que Mr. Schomore, cirujano de Saxmundham, recibió la lengua en un plato, la muchacha dijo con mucha claridad y distinción: "No se asuste usted, mamá, que ella crecerá luego". Cuando en 1742 la registraron, observaron que no sólo no tenía lengua, sino ni aun campanilla. Muchos testigos ilustres, inteligentes e irrecusables en anatomía, atestiguan este hecho y sus circunstancias, y que Margarita Cuting pronunciaba y articulaba todas las palabras posibles.

El médico Drenlincour, en el tratado que escribió de las viruelas, dice que una niña de ocho años que había perdido la lengua en esta enfermedad, hablaba tan bien como cuando la tenía, y en confirmación de esta verdad cita a todos los profesores de Medicina de Saumur, y también se atestigua el mismo hecho en las "efemérides germánicas", como se puede ver en su artículo de aglostomografía o descripción de la extracción de la lengua.

Antigüedades de las muestras de comercio

En Roma los comerciantes, para atraer las miradas a sus establecimientos, colocaban una muestra en las fachadas, consistente, por lo general, en un cuadro groseramente pintado, representando un rostro de espantable fealdad, un combate o algunos objetos del comercio a que se dedicaban.

A veces, estas muestras estaban esculpidas, como lo comprueban las ruinas de Pompeya y de Herculano.

Y durante la Edad Media y en los tiempos modernos, los mismos intereses han dado lugar al empleo de las muestras. Para hacerlas más aparentes, se las colgaba, en otro tiempo, de largos maderos horizontales, que avanzaban sobre la calle. Y, a veces, no sin cierto peligro para los transeúntes. En algunos países, se prohibió que dichos maderos saliesen en la pared más de lo razonable, adoptando, naturalmente, cada país un largo saliente particular.

El primer ejemplo de muestra artística fué tal vez el de la muestra que a principios del siglo XVIII pintó Watteau para una tienda de modas, próxima al puente de Nuestra Señora de París.

Poetas chilenos: CARLOS PRENDEZ SALDIAS



He aquí uno de los poetas de la última generación, de Chile, que sin caer en extravagancias ni hacer malabarismos con sus versos, ha encerrado en ellos la sencillez y la emoción.

Sus obras "El alma en los cristales" y "Amaneció nevando", que obtuvieron elogios acertados dentro y fuera de aquel país, acusan en Préndez Saldías a un espíritu altamente sensible y dado a las divinas ensoñaciones.

Como Eduardo Barrios, el orfebre de la prosa, Pedro Prado, el pintor y filósofo, Víctor Domingo Silva y Gabriela Mistral, Préndez Saldías burila sus poemas en la soledad, acaso sintiendo ese aliciente que invade a los hijos de Apolo al concebir sus trovas.

El silencio es su mejor amigo, pues en Chile los escritores no se unen, viven en sus torres sin comprenderse ni comunicarse, amando la soledad, esa soledad tan aplaudida por Maëterlink.



Carlos Préndez Saldías.

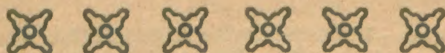
Tienen los cantos de Préndez Saldías, una suave tristeza manifestada con resignación, como si al brotar de su ser lo fuera llenando de una dulce paz.

Si se entra a analizar sus libros se encuentra en ellos un hondo panteísmo que revela al poeta sencillo que se siente seducido por el amor a la serrana de ojos cautivadores y se solaza en los ríos y extasía en la magnificencia de las altas montañas.

Y diré que la poesía de Préndez Saldías tiene un doble mérito, puesto que se dedica a ella en los instantes de solaz estético, debido a que las exigencias del vivir cotidiano lo retienen como empleado en una casa bancaria. Y quien como él lleva sobre las alas de su alma un dejo azul de ensoñación, tiene que sufrir hondamente al no poder cultivar de lleno sus aficiones reveladas en tanto bello poema dado a la publicidad.

Son el exponente de su gran labor, sus libros líricamente trazados, dentro de las formas consagradas por nuestros primeros Apolonidos, de los cuales transcribo algunas composiciones bellas y sonoras que hablan bien del autor de "El alma en los cristales".

Félix R. Vitillac



RUBIO SEÑOR JUDÍO...

Tú, que santificaste
todas las impurezas de María Magdala
cuando dijiste: álzate
no es lujuria maligna, la lujuria que ama.

Tú que diste a los hombres
el sentido perfecto de la buena palabra
en la voz contenida
de tus últimas lágrimas.

Romántico imposible,
príncipe sin amores que hechizaste las aguas,
y al través de los siglos, todavía se aquietan
cuando sueñan, el roce leve de tus sandalias;

Rubio Señor Judío,
que hiciste abrir en rosas toda hierba malvada
y a los resecos labios maldicientes
diste la miel de una plegaria:

¡Torna hacia mí los ojos sufridores
que nunca vieron pena extraña;
deja que te bendiga
mi pobre corazón que no te ama!

LA CANCIÓN DEL RÍO

El río se viene cantando, cantando,
como un hechicero de la soledad.
Arboles y riscos se quedan vibrando
cuando pasa el río camino del mar.

El río se viene cantando, cantando,
y es una alegría sentirlo al pasar.

Tendido en la hierba, si el agua me toca
las manos morenas quemándose al sol,
y el viento sureño me llena la boca,
yo siento que el río, la tierra y la roca
laten con la sangre de mi corazón.

Tendido en la hierba si el agua me toca
bendigo la fuga del río cantor.

La canción del río se pierde en el llano:
los hombres del valle no tienen canción.
Un murmullo apenas refresca el verano
de este silencioso pueblo labrador.

La canción del río se pierde en el llano,
como si del agua se fuera el amor.

El río venía cantando, cantando,
desde la montaña que vida le dió.
Las piedras sonoras quedaron sonando
y en el valle el río su canción perdió.

El río venía cantando, cantando;
desde muy arriba cantando bajó.
Por el valle estrecho se aleja llorando
y ninguno sabe que el río cantó.

MADRIGAL

Mas inclínate más. Que se refleje
la transparencia de tu carne rosa
y tibia el agua de emoción la deje.
Que de tus ojos la bondad llorosa
fulge entre las ondas fugitivas
como lumbre lejana y misteriosa
de dos estrellas vivas.
Mas inclínate más a la corriente,
moja en el agua tu cabello blondo.
El turbio río soñará ser fuente
para guardar tu imagen en el fondo.

CORAZÓN DE LA NOCHE

Mira cómo la noche
va recogiendo el oro
de la tarde apacible.
Cuando lo lleve todo,
no habrá por los caminos
pobres como nosotros.

Corazón de la noche,
maldito cuervo torvo
que dañas la alegría
de este humilde tesoro;
porque nada nos dejas,
no has de tener reposo
en sus claras pupilas.
¡Cierra, amada, los ojos!

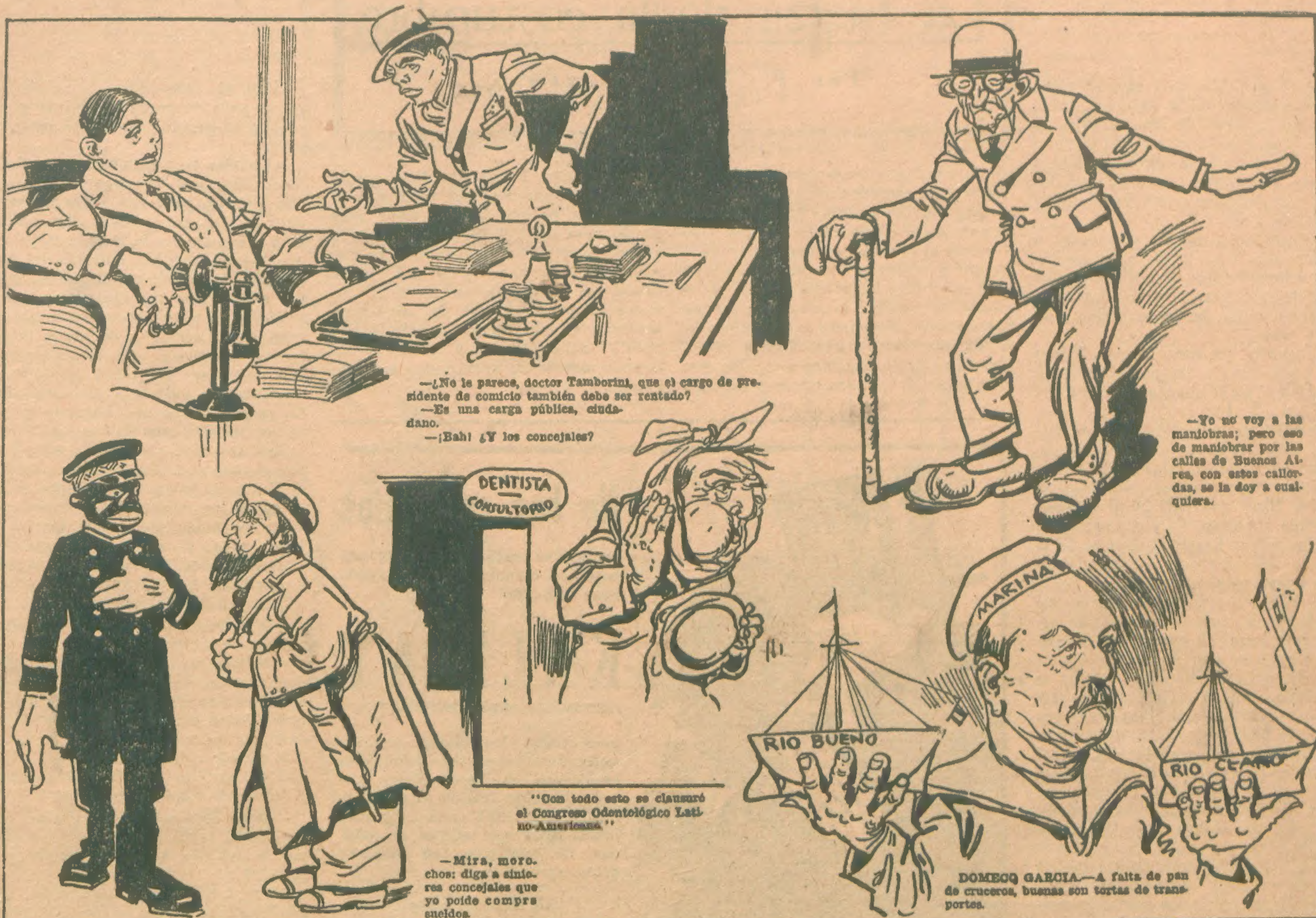
CAMINITO EN LA MONTAÑA

Tan largo como un deseo
que mi vida no lograra,
le miro siempre alejarse...
¡Caminito en la montaña!

Las mujeres de los cerros
se van por él de mañana
con el corazón alegre.
¡Camino de buscar agua!

Estrecho como una pena
que anudase la palabra,
no podríamos ir juntos
por el caminito, amada.

POT-POURRI, *por Rojas*



—¿No le parece, doctor Tamborini, que el cargo de presidente de comicio también debe ser rentado?
—Es una carga pública, ciudadano.
—¡Bah! ¿Y los concejales?

—Yo no voy a las maniobras; pero eso de maniobrar por las calles de Buenos Aires, con estos callordas, se la doy a cualquiera.

"Con todo esto se clausuró el Congreso Odontológico Latino-Americano."

—Mira, morochos: diga a siniores concejales que yo poide compre sucidos.

DOMECQ GARCIA.—A falta de pan de cruceros, buenas son tortas de transportes.

Asuntos de redacción

Por Erlinda R. Vadela

—Buen día, señor S.

—¡Señorita, siempre tan simpática! ¿Qué es lo que la trae?

—Un cuento corto. Vamos a ver si pronto se publica.

—Déjelo. Voy a leerlo hoy mismo.

—¿Cuándo volveré a saber el resultado de su lectura?

—Dentro de una semana.

—Bueno, señor; el mayor gusto...

A la semana siguiente.

—Buenos días; ya ve que tengo buena memoria...

—Sí, sí, pero... mejor carita que memoria. ¡Sabe que está hoy preciosa?

—Como siempre. ¿Leyó el cuentito?

—Sí; ¡cómo no lo iba a leer!

—¿Hay mucho que corregir?

—Algo, algo... Esta vez no me va a decir que no. Si a usted no le es molesto, vayamos esta tarde a una confitería. Allí hablaremos y corregiremos.

—Siento mucho, pero me es imposible.

—¿Va a ser usted tan mala?

—No es maldad, señor S. Es imposibilidad. Soy una persona muy ocupada.

—Entonces el domingo... ¿Tiene apuro por que se publique ésto? Cuanto antes nos veamos, tanto más pronto se publicará... ¡No sea usted mala!

—No, señor; sólo, el deseo de que se publique; apuro ninguno. Cuando usted me indique, volveré a esta redacción.

—Es que me parece mejor, más cómodo, conversar en otra parte.

—Creo que los asuntos de redacción se pueden tratar muy bien en el lugar de la casa destinado a aquella.

—Oígame. ¿Tiene muchos deseos de que se publique?

—Yo, sí.

—Pero, usted va a ser buena, ¿verdad?

—No soy exigente para precios de colaboraciones...

—Si usted quiere que se publique pronto, hay que corregirlo cuanto antes. Su cuento tiene algunos errores...

—Démelo usted ahora. Yo me lo llevo y lo traeré corregido.

—Podríamos corregirlo entre los dos ¿no le parece?

—Bueno, tráigalo.

—No, aquí no.

—Pues, ¿dónde?

—¿A qué confitería quiere que vayamos?

—A ninguna.

—¿Dónde vive usted?

—Bien cerca: Defensa 17.... Puede ir a mi casa.

—No, no; ¿tiene teléfono?

—Sí, Patr. 12... Puede hablar. O si quiere escribir.

—¿Y verla en otro sitio?

—¿Dónde?

—En mi escritorio.

—¿En qué calle queda?

—Avenida de Mayo, 23...

(Lola escribió. Su pulso temblaba visiblemente).

—¿Va usted a ir?

—Sí, señor. ¿A qué hora?

—A las cinco.

—A las cinco estaré allá.

—Muchas gracias, señorita.

El señor S. se había preparado para recibir a su "princesa". Un búcaro con violetas, adornaba su desordenado escritorio y una caja de bombones atisbaba por debajo de unos gruesos libros. Cuando llegaron las cinco el personaje ya había recorrido treinta veces la habitación a pasos rápidos y sonoros; había mirado otras treinta veces el reloj y se había acomodado otras treinta veces los pocos cabellos que le quedaban.

....

Tres golpecitos a la puerta. Entonces, cuando debía haber salido a recibir, le pareció tan mentira la dicha que había soñado, que detuvo su marcha acelerada y, en vez de dirigirse a la puerta, se dejó caer en un sillón.

Otros tres golpecitos...

—Qué fácil le es al hombre una conquista—pensó don S.—y después quieren las esposas que uno les jure fidelidad.

Mientras estas reflexiones se hacía, sonriendo victoriosamente, la puerta que él debió haber ido a abrir, se abrió sola, y apareció la cabeza de Lola, graciosa y perspicaz.

—Buenas tardes, señor.

—Buenas tardes. Siempre bonita. Es usted...

—Voy a presentarle a uno de mis hermanos.

(Mirando hacia la puerta).

—Mocho, pasa... El señor S. Mi hermano Manuel.

—¡Tanto gusto!

—El gusto es mío.

Hubo un rato interminable de silencio.

Lola miró a Mocho y luego al señor S. Mocho miró a Lola y luego al mismo señor. Y éste, que indeciso paseaba sus miradas sobre los dos, quedó más desconcertado que al principio.

—Usted venía por su cuentito ¿verdad?

—Sí, señor, ¿lo tiene usted aquí?

—Hace un rato he advertido que lo dejé en la redacción... Pero sólo hay que cambiar unas pocas palabras, cosa que yo mismo puedo hacer.

—¿Cree usted que se publicará pronto?

—Sí, señorita. ¡Cómo no! No le digo que sea en la próxima semana, pero seguramente aparecerá dentro de quince o veinte días. Yo le avisaré, por escrito, la fecha exacta de la publicación.

....

Como no surgiera ningún otro tema en la conversación y en vista del estado de nervios en que nuestro héroe se hallaba, los dos hermanos se retiraron dejándolo que pensara que no es tan fácil conquistar a una mujer virtuosa...

La fuerza de la costumbre

Por F. Aznar Navarro

Paró el tren. Una voz aguardentosa dijo el nombre de la estación, añadiendo el número de los minutos de parada, que eran cinco. Ni oí el nombre ni me interesaba conocerlo. Tenía bastante con saber que eran seis las horas que faltaban para terminar el pesadísimo viaje.

Sin embargo, hube de asomarme a la ventanilla, defiriendo a la invitación del hombre que se sentaba a dos metros de mi persona y que conocía la línea como quien la ha recorrido más de cien veces.

—Vea usted un caso curioso. Fíjese en la maniobra de ese perro que está parado en el andén, ante el coche correo.

Descendió un empleado de la ambulancia. Dejó en tierra, delante del perro, que permanecía inmóvil, la valija del pueblo cuyo nombre ostentaba la estación. Hizo una caricia al animal, diciéndole "¡Anda!", y se volvió al coche, mientras el perro, agarrando la valija con los dientes, salía de la estación a gran velocidad.

—El pueblo — díjome entonces mi compañero de viaje — dista de la estación una hora. El cartero es un anciano asmático, que no podría soportar la caminata diariamente, sobre que su soldada es muy exigua. Y ha resuelto el problema adiestrando al perro, que le lleva todos los días puntualísimamente la correspondencia. De tal modo se ha posesionado el perro de su oficio, que no hay temor de que deje un solo día de encontrarse en el andén tres o cuatro minutos antes de la llegada del correo. ¡La fuerza de la costumbre! Los de la ambulancia sienten por él un cariño y una admiración sin límites. Le guardan las mejores caricias y algún terrón de azúcar.

Me hice solidario de aquella admiración por el perro-cartero, que demostraba tan plausible probidad, y, por decir algo, hice un caluroso comentario de las cualidades de los perros, en términos generales.

—Eso no es nada—añadió mi compañero de viaje—comparado con lo que hacía un perro a quien tuve que matar por excederse en el cumplimiento de una obligación contraída.

No pude contener mi asombro por aquel canicidio.

—¡El mismo fin—exclamé—encuentran algunos pobres hombres que se exceden en el cumplimiento de sus obligaciones! En cambio, viven bien y triunfan otros que las toman a título de inventario. ¡Pobre perro paria!

Mi sentimentalismo hizo sonreír al compañero de viaje, que se apresuró a referirme las mañas del que fué su perro.

—Yo—dijo—soy comerciante. En mi tienda, como de pueblo pequeño, se vende de todo. Figuraba entre mis clientes un maestro pintor. Trabajaba mucho. Sus compras eran frecuentes e importantes. Pinturas, aceites, aguarrás, pinceles, brochas... En una palabra, todos los artículos, todos los útiles que su oficio requería. Y siempre pagaba religiosamente. Era un hombre cabal: trabajador, ordenado, puntualísimo. De pronto, aquel hombre cambió totalmente de conducta. Fué a raíz de una enfermedad, que le tuvo a la muerte. Más tarde averigüé que la enfermedad, que fué una especie de alocamiento, la determinó la fuga inopinada de su mujer, una mala pécora, que de la tarde a la mañana alzó el vuelo con uno de los dos oficiales que trabajaban con el pintor. A la enfermedad siguió una deplorable vida de desarreglo: abandono del trabajo, visitas frecuentes a la taberna y borrachera diaria por olvidar. Esa desarreglada conducta tuvo pronta repercusión en mi establecimiento. El pintor no pagaba. La cuenta iba alcanzando proporciones aterradoras. Un día vino a verme el pintor para decirme: "Tengo que marcharme del pueblo; la vida aquí se me ha hecho imposible; el recuerdo me mata; la clientela me ha abandonado. No puedo saldar ahora la deuda que tengo contraída con usted, porque nada poseo. Pero a medida que vaya ganando en otra parte le enviaré lo que pueda, hasta que todo quede pagado. Ya que no otra cosa, quiero dejarle en prenda lo que tiene más precio para mí". Y señaló a un perro famélico, que le acompañaba. Yo me resistí a hacerme cargo del perro. ¿Para qué lo quería yo? Pero tal insistencia puso en que lo admitiese, apelando a mis buenos sentimientos, pues el animalito iba a quedar abandonado a su triste suerte, que me convenció.

Hizo el compañero de viaje una pausa para encender el cigarro y reanudó bien pronto la relación interrumpida.

—Estaba yo una mañana detrás del mostrador, con la puerta de par en par abierta, pues era verano, cuando vi llegar al perro como una exhalación, llevando en la boca una gallina, que dejó a mis pies, y detrás del perro una muchedumbre de chiquillos, mujeres y hombres, que chillaban, que invadieron la tienda, rompiendo algunos cristales y ocasionando otros desperfectos. La escena me hizo pensar en las películas. El perro acababa de arrebatar la gallina a una vendedora. La pagué, quedé abochornado y di al perro una soberana paliza. No le aprovechó. Dos días más tarde merodeaba por el mercado. Un vendedor contaba el dinero de la venta. El perro se lanzó sobre los montoncillos de monedas y atrapó cinco duros, que vino a dejarme sobre el mostrador, seguido de otro enjambre de chiquillos, mujeres y hombres, que al invadir la tienda originaron desperfectos mayores.

—Y fué entonces cuando decidió usted matar al perro.

—El pintor, que había llegado a la degradación más lamentable, enseñó al perro a robar para él. Campo de sus operaciones eran las tiendas y el mercado. Al menor descuido de un vendedor, pesca segura. Gracias a la habilidad del perrito pudo seguir comiendo y bebiendo algunas semanas.

—Pero desaparecido el pintor, ¿qué necesidad tenía el perro, bien tratado por usted, de seguir practicando el pillaje?

—La fuerza de la costumbre. ¡Oh, usted no sabe lo que es eso! Un hombre (cuanto más un perro) roba una vez y sigue robando, porque así lo quiere la fuerza de la costumbre. Un político llega a ministro. Roba en el ministerio. Vuelve a ser ministro veinte veces. Y otras veinte veces roba, aun cuando ya no le haga falta robar. ¡Es la fuerza de la costumbre! Y por ella seguía robando el perro del pintor. Y habría seguido robando eternamente, a pesar de todas las palizas. No tenía cura. Por eso decidí matarlo.

Volvió a detenerse el tren. Era otra estación. Bajó el canicida, deseándome buen viaje.

Y en lo que me quedaba de camino fuí reflexionando sobre la fuerza de la costumbre.

El buen tendero acababa de explicarme un curso abreviado de filosofía.

La prisa de ser feliz

El escaparate de los automóviles de gran lujo se abría a la cochera sin suciedad, la cochera limpia como una zapatería de calzado fino, de zapatos de charol tan sólo.

La pareja que anda empujándose con empuje remolón y voluptuoso se paró frente a la gran luna del teatro de los automóviles nuevos.

Componía la pareja el señorito heredero y la modista, a la que ama desesperadamente, como los príncipes a la posadera de su albergue de estudiantes.

—¿Te gustaría ese automóvil amarillo como bota de cien leguas para recorrer todas las playas de verano?—preguntó él.

—¡Que si me gustaría!—contestó ella entusiasmada.

El día siguiente resultaba amenazador para aquella felicidad callejera que disfrutaban y que habían paseado por los jardines de un buen día de primavera, de esos en que la luna se echa a la calle y se pasea a la par que el sol, entusiasmada del día.

Yo observaba una decisión que cuajaba en la pareja que desea realizar sus sueños sobre la marcha.

—Pues vamos a comprarlo—dijo él, y entraron en la tienda. El elegante director de escena del salón de automóviles comprendió que se trataba del cliente seguro, por la manera que tuvo él de señalar el automóvil de sus deseos con la caña mágica de su bastoncito.

Yo, detrás del cristal, veía la escena nunca vista de comprar el automóvil de lujo. El novio manipulaba también preparando la primera salida y sostuvo el embudo de la gasolina, gluglutcante, ansioso, voraz.

Por fin se abrieron las puertas de la tienda de automóviles de lujo y salió raudo y bocinoso con la pareja en el pescante, el automóvil de los que en medio de la fiebre moderna realizaron su prisa de ser felices.

Ramón GÓMEZ de la SERNA.

Flora y fauna submarinas

Se estima la superficie del globo en 5 millones de miriámetros cuadrados. 3.800.000—es decir, las dos terceras partes—están cubiertos de agua.

Y la ciencia que ha podido sondar las profundidades marinas ha demostrado que estos 3.800.000 miriámetros cuadrados estaban más poblados que la tierra propiamente dicha. En cambio, la vida vegetal del Océano es mucho menos abundante que en las superficies secas.

Las plantas marinas, sin embargo, crecen en el mar por todas partes; y en esto difieren de las plantas terrestres que escogen terrenos adecuados a su desarrollo. Aquéllas, además, no tienen que fijarse en parte alguna, pues que flotan desprovistas de raíces.

Pero las que forman parte del mundo llamado de los políperos, aunque pertenecen al reino vegetal, están clasificados en el reino animal.

El terror de los ladrones

Por W. E. Norris

Lady Alstonborough declaró solemnemente que su marido era el hombre más amigo de complicaciones que conocía. Sólo él era capaz de mandar llamar a un oficial de justicia desde el norte de Inglaterra a la Europa central para darle instrucciones que podían muy bien haber sido transmitidas por escrito.

Su Excelencia replicó que no tenía tiempo para escribir cartas; añadiendo que ahora Henderson podía encargarse de llevar directamente el castillo las joyas de la familia, lo que no dejaba de ser una gran seguridad.

"Henderson no se va a dejar robar; puedo confiar completamente en él y que me cuelguen si confío en la idiota de tu mucama."

Hubiera sido permitido hasta a la persona menos amiga de complicaciones por temperamento, el sentir cierta ansiedad respecto a la custodia de los famosos diamantes de Alstonborough, los que no habrían salido jamás de Inglaterra si sus dueños hubieran podido impedirlo. Pero como lady Alstonborough acompañaba a su esposo en una misión diplomática ante una corte importante, había sido necesario que ella se presentara en todo su esplendor. Compromisos ineludibles les impedían volver inmediatamente a Alstonborough Castle y así llegó a suceder que se confiaron los preciosos estuches a John Henderson, persona honrada, de gran fuerza física, aunque algo corta de alcances. Diéronsele además instrucciones precisas respecto a la conducta que debía observar durante el largo viaje que le esperaba.

—Escuche, Henderson, no los suelte ni un instante, ni pestañée siquiera mientras vaya en el tren. Cómo ha de ser, dormirá cuando llegue. Aquí están las llaves; las necesitará en la aduana; póngalas en el bolsillo del pantalón. Mucho cuidado, sobre todo a bordo, si siente que alguien le empuja al bajar, déle un buen codazo. Temo que tenga que pasar la noche en Reddington, pero a esa altura ya estará usted seguro.

Mr. Henderson opinaba que iría seguro durante todo el camino. Nadie lo despojaría de lo que se le había confiado. Sin embargo, como la travesía no había sido buena, se encontraba a la tarde del día siguiente más rendido de cansancio de lo que hubiera querido confesar. Dirigióse a toda prisa a St. Pancras, subió al primer tren que se dirigía al norte y al dejarse caer en el asiento exhaló un suspiro de alivio.

"Ni por veinte libras me encargo otra vez de una comisión semejante!", murmuró. "Quisiera saber que otro que no fuese yo hubiera sido capaz de estarse tanto tiempo sin pegar los ojos."

No estaba muy lejos de hacerlo mientras pronunciaba estas palabras; pero se sacudió como un perro de guardia, cuando en el último momento un pasajero retardado y poco deseado penetró en el compartimiento.

El intruso era un hombrecillo jovial, vivaracho y activo, de cara afeitada y brillantes ojos grises. Su aspecto no inspiraba desconfianza, pero lo más prudente cuando se lleva una fortuna sobre las rodillas, es no confiar en nadie y Henderson defraudado en sus esperanzas de echar un sueñito, envió interiormente a su compañero a todos los diablos. Así fué que sólo contestó con un gruñido a la observación de:

"¡Por milagro he llegado a tiempo! ¡Casi se va usted sin mí! ¡He pasado un apuro!" Hecha en tono alegre por el recién venido.

El tren atravesaba los suburbios de Londres cuando el extranjero lo sorprendió de nuevo con estas palabras:

"Y bien, Mr. Henderson, no parece usted muy complacido de tenerme por compañero. Sin embargo yo estoy aquí para cuidarlo!"

"¡Para cuidarme!", gruñó John Henderson frunciendo el entrecejo. "Muchas gracias que yo sé cuidarme bien sólo. ¿Quién es usted, si puede saberse?"

"¡Cómo no!", contestó el otro alegremente. "Soy el inspector Barnes de Scotland Yard, encargado por telégrafo por los Alstonborough de cuidar de que usted y esos estuches de marroquín lleguen intactos a su destino."

La sangre afluyó a las atezadas mejillas de Henderson y a pesar de sus propósitos de silencio contestó algo mortificado:

"No sé qué motivo puede tener Su Excelencia para creer que no soy capaz de guardar lo que se ha puesto bajo mi custodia."

"¡Por supuesto que usted no lo sabe!", asintió su compañero riendo de buena gana. "Pero yo lo sé, porque es mi deber saberlo. No lo tome usted a mal pues, si le digo que usted, no es persona para luchar con un ladrón de profesión, mucho menos contra dos o tres puestos de acuerdo."

"¿Qué quiere usted decir con eso?", interrogó Henderson con aire amenazador.

"Usted se dice inspector de policía pero puede muy bien ser también un ladrón de profesión."

"¿Y suponiendo que lo fuera, Mr. Henderson? Suponiendo que fuera un ladrón de profesión que quisiera quitarle los diamantes sin el menor trabajo, ¿qué cree usted que yo haría?"

"Lo que usted haría no lo sé, pero sé muy bien lo que haría yo."

Y sin tomarse siquiera la molestia de levantarse de su asiento, le tiró una feroz bofetada que fué a dar en los almohadones del asiento de enfrente haciéndolo balancear cómicamente de atrás para adelante mientras el ágil inspector gritaba riendo a carcajadas:

"¡Adelante, amigo, siga hasta que se canse! Eso le ayudará a mantenerse despierto; pero le advierto que no me tocará ni una sola vez desde aquí hasta Reddington. ¡Qué candidez la suya! Si yo no hubiera aprendido el A B C de la defensa propia no ocuparía el puesto que ocupo."

Como Henderson no parecía dispuesto a aceptar la invitación míster Barnes prosiguió:

"Vea, señor, si yo hubiera querido robarle hubiera elegido una oportunidad mejor que esta y entonces; bueno, veamos: la cosa puede hacerse de varios modos. ¿Qué dice usted de esto, por ejemplo?"

Saltó como un gato sobre su compañero encajándole las rodillas en el estómago y empuñando sus espesos bigotes con sus dedos delgados y fuertes como tenazas.

"¡Suélteme! ¡suélteme!", decía entre resoplidos el imposibilitado gigante dando salvajes puñetazos al aire.

Mr. Barnes le soltó inmediatamente y de un brinco se puso en su asiento.

"Esto es simplemente por vía de ilustración", explicó con voz suave. "Podría haberle arrancado los bigotes de raíz. No ha oído hablar usted nunca de la "savate" francesa? ¿No sabe algo de jiu-jitsu?"

"Bueno, tiene que aprender mucho entonces. No es mi intención ofenderlo", prosiguió en tono más grave: "mi único deseo es convencer a usted que por más fuerte y más valiente que sea, tratándose de cualquier esgrima ordinaria, no será más que un niño desvalido en las manos de esos bribones."

"¿Qué bribones?", interrogó John visiblemente impresionado pero todavía receloso y desconfiado.

"¡Ah, eso es más de lo que podría decirle porque se trata de una cuadrilla considerable! Lo que sé positivamente por informaciones privadas es que siguen sus huellas y que son dos seguramente, siendo muy posible que sean más bien tres. No sé si vendrán en este tren pero lo más probable es que lleguen por la diligencia de la noche y le sigan a usted a la posada de El Caballo Negro en Reddington."

"¿Cómo ha llegado usted a saber que iba a alojarme en El Caballo Negro?", preguntó asombrado el alguacil.

Mr. Barnes no se ocupó en contestar a tan ingenua pregunta, declarando solamente que pasaría la noche en la misma posada y que tenía plena confianza en su habilidad para hacer fracasar la tentativa que seguramente harían, riendo desdeñosamente a



INVOCACION

A mi hija Ernestina

Tu trayecto por la vida pasajera ha sido breve; pero tu huella será larga en nuestros corazones y eterna en el seno de Dios, aparición querida, alma de una alborada, vuelta demasiado pronto a la paz inmutable. Desprendida un instante de los brazos del Padre celestial, tuviste prisa de regresar a ellos; el infinito te retenía con un encanto invencible, no querías abandonar tu pequeño Paraíso. Cuando tu hermano mayor, menos sabio que tú, quería participarte el placer que encuentra en sus juguetes, no le respondías sino con una sonrisa dulce y vaga. No tuviste una mirada fija para esta mundo frívolo; tus ojos encantadores no se detuvieron sobre nada transitorio. Cree a los que han vivido más largo tiempo que tú: sacrificaste poca cosa, se sufre en esta tierra más de lo que se goza, muy pocos se perfeccionan, muchos se pierden. ¡Oh! Desde la concha de nácar donde reposas dime, di a tu padre a quien sonreías, el secreto de ese infinito que ahora tú conoces mejor que él; ayúdale a no dudar, en medio de la crítica de las formas pasajeras, de una verdad eterna; persuádelo de que el ser debe buscarse arriba y no abajo; hazle comprender que si el océano donde lo particular tiene su origen se asemeja para nosotros a la nada, ello se debe al velo que cubre nuestros ojos y al estrecho horizonte de esta tierra donde tú no quisiste reposar.

Ernesto RENAN.

la insinuación hecha por Henderson de informar a la policía local.

"¿Que entregar el juego y perder la oportunidad de echar el guante a un artista que se me ha escurrido más de una vez por entre los dedos? ¡Ni pensarlo!

"Ya llamaré yo una partida de tosœos comisarios de distrito cuando sea necesario y esto no sucederá hasta mañana por la mañana o me equivoco mucho."

Como se ve por esto y por lo que va más adelante, la modestia no era la principal cualidad del inspector Barnes.

Había viajado mucho al parecer y había aprendido a fondo la estrategia y la táctica de los saqueadores de profesión, tanto ingleses como extranjeros, venciéndolos siempre con sus mismas armas.

"Me llaman entre ellos "El terror de los ladrones", prosiguió, "y aquí para entre los dos, tengo bien ganado el nombre."

Ya pasa el tiempo en que iban llegando a Reddington. Henderson había perdido gran parte de la desconfianza que tenía en su compañero y se hallaba mejor dispuesto a aceptar su situación. Mr. Barnes le había demostrado con cuanta facilidad podía ser maniatado y cloroformado, añadiéndose a esto la duda en que se encontraba de poder pasar en vela otra noche entera.

Los dos viajeros cenaron en el hotel después que Henderson se hubo retirado por cierto tiempo a su cuarto con el objeto de hacer unas abluciones de las que mucho necesitaba y antes de concluir la cena, uno de ellos estaba ya dando cabezadas a pesar del flujo de palabras del otro. Sacudió, sin embargo, su somnolencia y fué poseído de nueva desconfianza al oír decir al inspector Barnes:

"Bueno, pues, lo mejor que puede hacer es irse a la cama cuanto antes y dejar las joyas a mi cuidado; estarán más seguras en mi poder que en el suyo, medio dormido como está usted ya."

"No, señor", replicó Henderson con firmeza. "He recibido orden de no abandonar estas cajas por un solo momento y voy a cumplir esa orden, puede usted estar seguro."

Mr. Barnes empezó a impacientarse. El también había recibido órdenes y debía llevar la empresa a buen fin.

"Usted no conoce la astucia y la actividad de esos pillos", prosiguió. "Tengo por seguro que se dirigirán a su dormitorio. Si me encontraran a mí allí, no habría robo y por consiguiente no habría prueba de delito. Si encuentran los estuches lo más probable es que se vayan con ellos antes de que nos demos cuenta de lo que pasa. Mi cálculo es que al no descubrir nada le preguntarán a usted dónde están los diamantes amenazándole con un revólver. Usted les contestará, haciéndoles creer que tiembla de miedo, que los tiene un amigo en el cuarto de enfrente. Y será cosa rara que entre usted y yo no les hagamos arrepentir de haber puesto los pies en el cuarto de enfrente."

Fué necesario todavía una buena cantidad de argumentos para que Henderson cediera por fin aunque con repugnancia.

"No sé si hago bien", dijo con tono lento; "pero la verdad es que me caigo de sueño. Creo que me voy a quedar dormido de pie antes de cinco minutos."

Se dirigió hacia la puerta abandonando los preciosos estuches, pero se detuvo en el umbral indeciso.

"Disculpe, Mr. Barnes", dijo. "No es mi intención ofenderlo, pero esto se asemeja mucho a lo que he oído llamar el cuento del tío, ¿no le parece? Si usted quisiera darme alguna pequeña garantía en cambio de mi confianza..."

Mr. Barnes que había recobrado su buen humor, rió de buena gana.

"De ese modo se parece más todavía al cuento del tío", respondió. "Sin embargo puede usted encargarse por esta noche de todo cuanto tengo. Aquí está mi reloj que no vale ni dos libras y aquí está mi dinero."

Sacó una cartera que contenía unas cuantas libras y luego produjo un puñado de soberanos y monedas pequeñas.

"Veintitrés libras, quince chelines y seis peniques", dijo después de contar las monedas.

"Ni la mitad del valor del más pequeño de los diamantes de Su Excelencia. Sin embargo, si esto lo tranquiliza..."

"Sí, señor, me tranquiliza", confesó tímidamente Henderson. "Lo considero como una fianza y como una prueba de que usted se porta honradamente conmigo."

Trepó las escaleras con paso pesado, llegó a su dormitorio, echó llave a la puerta poniendo delante una cómoda para mayor seguridad y luego, sin desnudarse siquiera se arrojó en la cama quedando en seguida sumergido en el más profundo sueño.

No se movió hasta la mañana siguiente cuando una descarga de golpes dados a su puerta lo despertó de su sopor. Se levantó con paso vacilante, apartó la cómoda, abrió la puerta y se encontró cara a cara con un superintendente de policía local vestido de uniforme y flanqueado por dos comisarios.

"Amigo Henderson", dijo el primero con quien John tenía alguna relación, "¡buena la ha hecho usted esta vez! Jamás habría creído esto de usted. Dejarse narcotizar y robar por un ladrón que hasta un ciego conocería por tal, llevando a su cuidado un tesoro digno de reyes! Hombre, si no lo tuviera por sobrio creería que había estado ebrio cuando se juntó con él."

"¿Qué se ha hecho el inspector Barnes?", preguntó Henderson con aire estúpido.

"¿Su amigo, el que trajo usted anoche? Sepa usted que se fué con la mayor frescura después de cenar, llevando una caja debajo de cada brazo y diciendo a la criada que se iba porque había cambiado de opinión. Hace media hora que recibimos un telegrama en el que se nos decía que lo vigiláramos. Lo siento por usted, míster Henderson, pero me es imposible dejar de vituperar su conducta. No lo puedo realmente."

"Yo tuve mis sospechas desde el primer momento", murmuró John con aire reflexivo; "tuve mis sospechas, por más que fuera un hombre verdaderamente agradable e inteligente."

"Podía haber demostrado usted también un poco de inteligencia", replicó enfadado el superintendente. "No quisiera yo estar en su pellejo cuando Su Excelencia sepa lo que ha ocurrido. Porque le diré francamente que mi creencia es que esos diamantes están ya desmontados a estas horas."

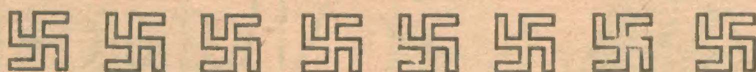
"¡Oh, tanto como eso no!", respondió Henderson con tranquilidad. "Han perdido sus estuches, lo confieso, pero todavía conservan sus monturas."

Y desabrochándose saco, chaleco y camisa, descubrió una resplandeciente gargantilla que rodeaba su cuello hirsuto mientras a medida que desaparecían las prendas de vestir aparecían diademas, pendientes y brazaletes extravagantemente distribuidos por otras partes de su persona.

"Cosas nada mullidas para dormir sobre ellas", observó, " y sin embargo no consiguieron mantenerme despierto ni un minuto. Ese individuo mezcló narcótico con mi cerveza, dice usted? Es posible, pero yo no necesitaba de eso para caerme de sueño. Vea, usted", prosiguió. "Yo pensé que lo mejor era estar del lado seguro, así es que cuando subí a lavarme antes de comer me tomé la libertad de abrir las cajas y ataviarme de esta manera. Las cajas se han ido pero podían haberse ido algo mejor. El inspector Barnes—para llamarlo así —me pareció una persona demasiado escurridiza para no ser sospechosa, se demostró demasiado hábil al acogotar a su compañero de viaje. Ahora bien, ¿cuánto cree usted que valdrán los estuches?

"No podría decirlo con exactitud, Mr. Henderson", respondió con tono deferente el superintendente. "No creo que valieran más de cinco libras cuando nuevos."

"Como tengo un excedente de diez y ocho libras", observó John, "que mi amigo Barnes me dejó como garantía de su buena fe, me parece que puede quedarse con su propiedad si gusta; la ha pagado bastante cara."



En la gloria de los prados

Ayer, domingo, andando, me fuí por las afueras...
¡cuántas flores y luces en la paz de las quintas!
Aquello era una gloria de cromáticas tintas
alternando en la verde gravidez de las eras.

Desprovisto llevaba mi corazón de penas,
el alma toda libre de angustias y dolores;
en la paz de las quintas ¡cuántas luces y flores
y cuánta paz gloriosa por las nubes serenas!

Los pájaros, las hojas, las mozas, los percales,
en íntimo consorcio cantaban primavera,
y la sombra del árbol, con modestia campera,
me daba su prodigio de frescuras pradales.

Que ansias de amar la vida, la vida que conduce
al músculo que canta detrás del probo arado,
mientras el sol escancia su luz de enamorado
sobre la tierra máter que piensa y que produce.

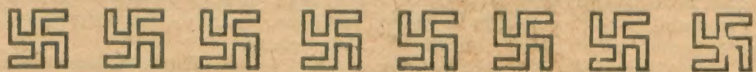
Los canteros floridos y las trojas distantes
decían a mis ojos su frase de esperanza,
y una música incierta con aires de romanza
de lejos me traía sus giros y cambiantes.

Eglógicos domingos, hechos expresamente
para la siesta inmensa con frescura de riego,
a las horas gloriosas de tus tardes entrego
en custodia afectiva, mi lirismo doliente.

Desprovisto llevaba mi corazón de penas
y el alma también libre de ruidos de cadenas.

Y aquello era una gloria de cromáticas tintas
alternando en la verde gravidez de las quintas.

Juan José Lorello



¿Quién es el futuro presidente de Chile?

Don Emiliano Figueroa Larrain como político, como diplomático y como personalidad social puede llevar la paz a Chile y lo logrará

Aunque el 20 del presente mes tienen lugar las elecciones libres en Chile para presidente de la República, en el próximo período del 1925 al 1931, el acuerdo de los partidos políticos de acción popular decisiva al elegir un candidato único sin lucha y por acuerdo, da al ciudadano escogido por asegurada su elección, si tomamos muy en cuenta, que además de ser entre varias personalidades civiles, definitivamente escogido para el caso, es además patrocinado y aceptado sin reservas y hasta con entusiasmo por las fuerzas armadas del país las que en las actuales circunstancias especiales y anormales, aunque discrecionalmente son las sustanciales y verdaderas árbitras de la situación, no es aventurado ni con mucho, el dar ya por sentado, salvo muy raras e imprevistas contingencias, el triunfo sin lucha del que bien podríamos calificar ya de candidato oficial del pueblo a la presidencia de la República de Chile.

Pero si no abonaran a favor del elegido, estos poderosos antecedentes para su bien merecido triunfo, aparte del no menos valioso, de haber merecido el aplauso del ex presidente Alessandri, que moralmente así le presta toda su popularidad y simpatía, lo abonarían con creces en mucho los relevantes méritos y antecedentes personales y de funcionario público del señor Figueroa Larrain como lo revelan los someros datos de esta semblanza.

Don Emiliano Figueroa Larrain, oriundo de las más linajudas y vinculadas familias ancestrales de añejo y aristocrático abolengo del país, nació en la misma capital de Chile, en Santiago, el 1860, hizo sus estudios del bachillerato en el Instituto Nacional y se doctoró de abogado en la Universidad Central, en el 1889, con gran aprovechamiento y no pocos brillantes éxitos forenses en los altos cargos de la jurisprudencia.

Secretario de la Intendencia civil y política de la provincia de Santiago, o sea la gobernación, el 1890, comenzó a actuar en tan difícil cargo en la vida gubernativa en la que después tan altos puestos ocupase sin que para ello pusiese en juego ni el menor intento, pues conocida es su característica modestia.

Le cupo varias veces interín este cargo de responsabilidad, actuar con sumo acierto como jefe de la Provincia, interinamente y siempre se recuerda lo hizo con maravillosa discreción y tacto, que se ganó la admiración y simpatía de los gobiernos de aquella época y del pueblo en general.

Desde el 1900, entró a actuar en la política activa, siendo elegido diputado nacional, por el departamento Santiaguino de Melipilla, el 1906 lo fué por Rere y el 1909 por Itata, época en la que le cupo ser elegido por aclamación vicepresidente de la Cámara de Diputados.

En 1907, fué llamado al gobierno, confiándosele la cartera de Justicia e Instrucción Pública, cartera que volvió a desempeñar en 1910 y cargo en el que le sorprendió su elección para la presidencia interina de la República, por ser el ministro más antiguo de los entonces secretarios de Estado.

Chile atravesaba entonces una crisis muy honda, pues la muerte en Berlín del presidente Montt, que a Alemania fuese a medicinarse en junio de ese año y el fallecimiento imprevisto en Santiago de su sucesor interino el vicepresidente Fernández Albano en agosto de ese año, junto con los festejos del primer centenario de la independencia de la República, con ser y significar mucho y de responsabilidad, no lo era todo lo más grave sino que la elección dificultosa de el sucesor constitucional de don Pedro Montt, había colocado frente a frente dos candidaturas de gran prestigio y arraigo que encarnizadamente luchaban por la primera magistratura, don Agustín Edwards y don Juan Luis Sanfuentes, y tocóle al señor Figueroa Larrain, desplegar la bandera de concordia y buen tacto para ahorrar al país una lucha que pudo ser de dolorosas e inquietantes consecuencias, lo que se evitó con el candidato neutral de transacción don Ramón Barros Luco.

A raíz de este éxito de hábil gobierno, al salir del histórico Palacio de la Moneda, el señor Figueroa Larrain, fué destinado a Madrid, como ministro de Chile en España y allí supo desplegar una política tal de atracción que por más méritos no han podido borrar las hondas simpatías y gratos recuerdos que dejara en España el señor Larrain, cuantos sucesores ilustres ha tenido en su cargo diplomático ante la corte de Alfonso XIII.

En 1911 fué trasladado como ministro ante la Casa Rosada, y notorios son sus éxitos y sus triunfos sociales y políticos obtenidos en la República Argentina, donde es tal el afecto y admiración que supo engendrar, que éste se exterioriza elocuentísimamente, cuantas veces ha estado particularmente en este país y lo demuestra ahora, los millares de telegramas de felicitación conque sus amigos argentinos de las altas esferas de gobierno, sociales, económicas y populares lo obsequian congratulándose de su ascenso merecido a la más alta magistratura de las formas republicanas.

No queremos aludir, a la confianza y alto concepto, que se tiene en su país de el, sino olvidamos, que cuando los sucesos de septiembre pasado, fué el señor Larrain, quien fué comisionado por la primera Suprema Junta Militar, para reemplazar al renunciante embajador de Chile en Argentina y para impedir un mal entendido en las relaciones diplomáticas entre ambos países, se le eligió, porque se sabía de sus excepcionales dotes de habilidad y porque se conocían sus afectos y simpatías por y en la Argentina, como lo exterioriza esa brillante manifestación que le acaban de hacer sus amigos argentinos de Salta.

Militando en las huestes del gran caudillo de la democracia chilena, el mártir presidente Balmaceda, sus características, liberales y democráticas, como su carácter personal, sencillo, entero y discrecionalmente resuelto y firme permiten augurarle, una presidencia que bien podemos calificar de saneamiento y salud pública y social de su país.

Lo sorprende este advenimiento al sillón presidencial, en sus espinosas labores de Notario Conservador de Bienes Raíces, registro de la propiedad y ya hemos visto por el cable, como el país ha recibido con un suspiro de alivio esta elección tan hábil-

mente hecha, porque el señor Larrain, sin dejar de ser un político eficiente nunca fué un luchador empedernido ni menos intransigente.

Si bien los partidos Radical y Comunista, patrocinan otras candidaturas, ello es más como un saludo a la bandera, porque estamos seguros, que ante la candidatura libre y pura de luchas del señor Larrain, que todo el país propicia como una medida salvadora, los no menos inteligentes y buenos patriotas doctores Salas y Quezada, serán los primeros que se adelantaran en disuadir a sus partidarios de esa lucha, agregándoles los buenos ojos conque verían unánimemente aportaran al señor Larrain, el contingente moral de todas esas fuerzas.

Tal es a grandes rasgos, el hombre que va a cargar sobre su responsabilidad y tacto, la muy difícil investidura de presidente de la República de Chile.

J. FERNÁNDEZ PESQUERO.

LA MUJER

Por ENRIQUE BARBUSSE

La choza donde vegetaban las dos mujeres era tan baja, tan negra, que la claridad del día, al entrar, se convertía en luz de crepúsculo, y no se veían más que los rincones del cuarto, mal embaldosado, pedregoso y térreo, como el final de una mala senda.

La demacrada moribunda se irguió sobre el camastro en la claridad estrecha que caía del tragaluz enrejado, y dijo a su hija María:

—Cuando haya muerto, ve a encontrar a tu hermano, que ha quedado allá, en la mina, desde que reñí con vuestro padre. Puesto que los dos seréis huérfanos, reuníos. Es lo natural, y a todos parecerá bien. Tú le reconocerás por su nombre, le ayudarás, y él también a ti, porque no es mal muchacho, ya lo sabes.

Cuando ella profirió estas palabras, se acercaba su fin. Calló para siempre al comenzar la noche.

Después del entierro, María, que llevaba un vestido gris y había arrancado de su sombrero la flor para estar de luto, tomó el tren. Después marchó a campo traviesa, por el negro país, a encontrar a su hermano Juan.

Los caminos que conducían a la mina de carbón eran más negros a medida que se acercaban a ella. Una enorme nube tempestuosa parecía extenderse y teñir la tierra.

María tomó un cuarto en uno de los hoteles de la calle Mayor. Las casas estaban ennegrecidas a trechos por el polvo y el carbón del aire.

Por la tarde espió en medio de las comadres; la salida de los mineros fué anunciada por el aullido de las sirenas; después, por la multitud pesada y plúmbea de los obreros, que salía de los pozos y que marchaba en la misma dirección como un cortejo fúnebre.

Entre ellos reconoció a su hermano; a pesar de que hacía quince años que no le había visto. Sí, era él, Juan. Su pequeña cara pálida, muy pequeña y muy pálida; su cuerpo grande, demasido grande. Tenía aire cansado, diferente de los demás, profundamente solitario.

—¡Dios mío!...

María notó que sus compañeros le empujaban, bromeando y se reían de él.

El luchó, se desasió y se fué.

Ella le siguió.

Vió que entraba en una fonda, después de levantar la cabeza para reconocer la casa, como lo hacen las personas tímidas. Luego salió y fué a la posada a comer. Se detuvo en el umbral como asustado por el ruido, y, con paso maquinal, fué a meterse en el rincón más profundo de la sala.

No tenía ni mujer ni amiga. ¡Qué raro!...

Esto daba la certidumbre de que ella podía instalarse, sin molestia, junto a su hermano. La cosa estaba resuelta, y la misma facilidad que encontraba desde su aventurado viaje le oprimía, sin embargo, el corazón.

Entró en el restaurante detrás de él y se sentó enfrente, con un intervalo de dos mesas, apretada entre gente que comía ruidosamente.

Juan tenía expresión de tedio, de dolor, aunque no supiera la muerte de su madre. La acre claridad del gas dibujaba, sobre su cabeza huesuda, líneas negras y placas blancas.

Algunos chuscos y una bruja llena de cintajos, con ojos de borracha y gesto desgarbado, se habían detenido ante el muchacho y le interpelaban irónicos. El, vergonzoso, balbuciente, bajó los ojos sobre el plato; los burlones se alejaron, pero risas de mujer estallaban alrededor.

¡Ah!, el tal hermano era ridículo y chocante. Nadie le quería, y para escapar de los hombres y de las mujeres volvía del trabajo y comía solo, en un rincón escondido de la posada.

Las lágrimas subieron a los ojos de María; sentía piedad; y ya que había venido, endulzaría su existencia, ella sería su compañera, tendrían una habitación, y, gracias a ella, el hogar estaría adornado con flores.

Antes de deslizarse fuera del sitio en que se hallaba aplastada por la móvil presión de sus vecinos, ella le miró insistentemente. En aquel momento, por casualidad, él levantaba la cabeza y la miraba.

Ella sonrió. Entonces él quedó perplejo, asombrado. Una mujer le sonreía.

Ella se ruborizó; él no podía reconocerla. ¡A ver si se imaginaba él?... Instintivamente, ella bajó los párpados, y, a pesar suyo, los volvió a levantar. El la miraba siempre, los ojos desmesuradamente abiertos, que brillaban como lágrimas en su cara lívida. Y en aquella cara se traslucía tan desgarradora sorpresa, que María, temblando, sonrió de nuevo.

La escena no pasó inadvertida para los que comían en la sala con algarabía terrible.

—¡Cadiot y la bella desconocida se timaban!

Los trabajadores se daban con el codo y contemplaban la maniobra estupefactos.

—¡El, vaya, él!—se murmuraba.

María, intimidada, quedó inmóvil y acabó de comer sin arriesgar ojeadas, a pesar de que sentía las miradas de su hermano y de todos fijas en ella obstinadamente.

Al tomar el café quedó la sala medio vacía.

Entonces ella se levantó y se dirigió a su hermano.

Cuando éste notó que se le acercaba, se incorporó, y, para concluir de una vez con aquel error que presentía, dijo su nombre.

—Yo soy Juan Cadiot.

Ella abrió los labios para decir: "Bueno; yo soy María, ¿sabes?, María". Pero como él miraba aquella boca fresca con aire de esperanza, con asombro, ella, sin comprender lo que pasaba en sí misma, permaneció callada sonriendo.

El se decidió, al fin, y murmuró:

—¿Quiere usted que salgamos de aquí?

Salieron juntos, tímida, dulcemente.

Los que llenaban el restaurante obrero permanecieron silenciosos a su paso.

Apenas salieron, él la tomó del brazo. Ella se dejó tomar.

¿Por qué no disipaba lo más pronto posible el penoso y desolador engaño? ¿Por qué? Ella dijo tan sólo:

—¿Usted vive solo?

—Naturalmente—respondió él.

Después, con esfuerzo, balbuceó:

—¿Por qué me pregunta eso? ¡Es tan raro que se ocupe de mí! Yo, ¿sabe usted?, no soy rico. Esos encuentran que es muy chusco.

Y señaló con el pulgar los sombríos rostros que, pegados a los cristales de las tabernas, les espiaban. Las ventanas, a lo largo de la calle, se levantaban lisas, blancas, como pantallas de cinematógrafo.

—¿No tiene usted amigos?

—No me quiere nadie. No lo comprendo, pero quiero decir...

Hablaba con dificultad de aquella clase de cosas, como si hubiera perdido la costumbre de pronunciar aquellas palabras.

En vez de declararlo todo en aquel momento, ella dijo en voz baja:

—Tiene usted aire amable. Hay mujeres que serían dichosas con usted.

—Nunca me han dicho tal cosa—murmuró el mozo.

—Pues ya ve usted, yo se lo digo.

—¿Usted..., usted?

Bruscamente echó sus largos brazos alrededor del cuello de su compañera y la atrajo para besarla; sus labios rozaron las mejillas de la muchacha, que le rechazó.

—No, no.

El se quedó cortado, los brazos colgando, como un esclavo.

—Escuche — dijo María, — no hay que quererme. Sería desgraciada si usted me quisiera; no soy libre, no lo soy. ¡Si usted supiera! Tengo que marcharme de este país. Otras mujeres sabrán que usted es diferente y mejor que los otros hombres.

—¡Ah!—exclamó él.—Pero, ¿cómo, cómo?

Se había quedado en éxtasis delante de ella.

—¡Quererme a mí es imposible! ¡Usted me querría si fuera libre?

—Sí—contestó ella,—sí, adiós.

Ella desapareció y él se quedó en aquel sitio rígido, pálido, iluminado como un cirio. Sus ojos, su cara, todo su ser fulguraba con magnífico reflejo femenino.

Desde entonces él estaba en posesión de un tesoro inmenso, de un talismán que le daría, sin duda, el valor y la fuerza para afrontar la vida y la dicha.

Ella, deslizándose por el corredor del hotel, se encerró en su efímero alojamiento, de donde al alba huiría muy lejos.

Se había prohibido a sí misma volver a ver al abandonado, para el cual había preferido ser, más que una hermana, el fantasma de una verdadera mujer, y ella lloró, al mismo tiempo, de alegría y de tristeza.

La novia del torero

Tiene los ojos negros y se llama Pastora;
su alma es ardiente como la loca manzanilla;
es la que canta coplas de una tristeza mora
detrás de las floridas cancelas de Sevilla.

Es rosa de pasión que se da toda entera;
cuando anda es ritmo y gracia su garbo sevillano.
Es morena y dramática como la petenera,
sensual y atormentada como un tango gitano.

Y en la tarde de toros, al rematar la suerte,
cuando el muñeco de oro ha burlado a la muerte
estalla la chanagra y aplaude el circo entero,

mientras pasea el héroe su española majeza
con sus ojos saltones cargados de tristeza,
es la única que llora, la novia del torero!

Emilio CARRERE.

Dulce pasajera

Dulce pasajera, toda aristocracia;
guarda este recuerdo que me has inspirado.
Y dirás mañana, derrochando gracia:

"versos de un poeta que viajó a mi lado!
y que temeroso de tamaña audacia,
y acaso por ella, todo emocionado,

los dejó en un sobre blanco y milagroso...
bajando ligero, todo avergonzado,
más seguramente, todo venturoso!"

¡Dulce pasajera! toda galanura.
¿Quién soy? ¡No te importe! Soñador glorioso
que va por la vida pleno de ventura,

pidiendo a los besos de la primavera
el ritmo virtuoso que la dicha augura,
vibrando en el verso, dulce pasajera!

como la caricia de fieles amores,
¡suspiro de novio que a la amada espera!
¿Quién soy? ¡No te importe! Todos los albores

de la venturanza, lleva tu belleza;
todas las ternuras, todos los primores,
están en el aire de tu gentileza!

Y por eso, Erato: si junto a tu lado
gusté los perfumes de tu sutileza,
¿cómo no inspirarme? Si maravillado

llevando en el alma la dicha sujeta,
silenciosamente, tú me has regalado
gloria para el verso que tejió el poeta;

¡el feliz poeta que viajó a tu lado!

Ricardo M. Llanes

Para ganar tiempo

Por Claude Marsey

¿Por qué al señor Mercadion se le ocurrió meterse en aquella barbería de pueblo? Por una serie de circunstancias y casualidades que suelen amontonarse a veces en la vida de un hombre.

El señor Mercadion, viajante de comercio, iba de Evreux a Verneuil, y a mitad del camino advirtió que se había equivocado de ruta. Bajó en la primera estación y preguntó al jefe. Por desgracia, faltaban dos horas y cuarto para el paso del primer tren descendente.

El pueblecillo en donde se encontraba era semejante a todos los pueblecillos normandos: unas cuantas casas y unas alquerías alineadas al borde del camino. Ni una mala tienda. En torno, los campos solitarios. Desesperado, después de una pequeña exploración, iba a regresar a la estación cuando llamó su atención una pequeña muestra, en la que se leía, escrito con tinta: "Peluquero".

El señor Mercadion se tocó la cabeza. Tenía el pelo muy crecido; tan abundante como la barba; podía aprovechar aquella oportunidad. Así ganaba una hora y se cortaba de paso el pelo.

Entró en el establecimiento. Un viejo arrugado y canoso se adelantó a recibirlo. Parecía encantado al ver aquel parroquiano inesperado.

—Córteme el pelo; pero bien cortado. No tengo prisa ninguna.

El barbero empezó su trabajo. Orgulloso de servir a un parroquiano de la ciudad, no hablaba, atento sólo a su labor. Así pasaron veinte minutos.

—Ya está—dijo el barbero.

—Todavía tendré que aguardar una hora y treinta y cinco minutos—suspiró el viajero.—Córtemelo más todavía...; pero sin prisas.

El peluquero reanudó su labor con toda calma, y al cabo de un rato, preguntó:

—¿Está así bien?

—No. Lo quiero más corto.

De corte en corte, la cabeza del señor Mercadion quedó casi convertida en una bola de billar. Pero, a pesar de tal sacrificio, faltaba todavía una hora y cinco minutos para la llegada del tren. El señor Mercadion se acordó entonces de que una encantadora señora que había conocido en Caén le había dicho días antes: "¡Nunca podré querer a un hombre con barba!"

—¡Córteme la barba!—dijo el señor Mercadion.

En vano protestó el barbero contra semejante sacrilegio. ¡Cortar una barba tan hermosa! Pero el cliente insistió, y el peluquero tuvo que obedecer.

Así ganó otro cuarto de hora. Pero faltaban todavía cincuenta minutos, y el señor Marcadion se acordó entonces de que la víspera, en Lisieux, otra mujer no menos linda que la de Caén, había manifestado su simpatía por los hombres afeitados.

—Quíteme el bigote—dijo al peluquero.

Esta vez el maestro no protestó. Empezaba a desconfiar. Sospechaba que aquel cliente tan extraño debía de haber entrado expresamente para burlarse de él. Pero disimuló y siguió afeitando.

Cuando todo estuvo terminado, el señor Mercadion sacó el reloj.

—¡Cuarenta minutos todavía! — suspiró. — ¿Qué hacer para ganar tiempo?

Y dirigiéndose al barbero:

—Diga usted, amigo. ¿No podríamos hacer alguna otra cosa?

El maestro, guiñando un ojo, le respondió:

—Hay todavía una cosa que no está mal y que la hacemos aquí con mucha frecuencia.

—¿Sí? ¿Qué es ello?

—Muy sencillo. Volver a colocar en la cara y en la cabeza todo el pelo que le he cortado...

La invención del telescopio

Fué a principios de octubre de 1608, cuando el aprendiz del óptico Hans Lipperhey, de Midleburgo, jugando con las lentes de unas vulgares gafas, observó que, al colocarlas en cierta posición, se obtenía una vista invertida, pero muy aumentada, de los objetos lejanos.

Al saber esto, Lipperhey colocó los dos cristales en un tubo, y tuvo la satisfacción de ver la veleta de una iglesia mucho más cerca de lo que estaba. Pero el instrumento que acababa de construir le pareció simplemente un juguete, y en este concepto lo expuso en su escaparate, bajo el nombre de cristal mágico. El marqués de Spínola compró uno de estos anteojos, y como cosa curiosa lo regaló al príncipe Mauricio de Nassau.

La fama de aquel nuevo instrumento se extendió poco a poco por toda Europa y llegó a Venecia en mayo o junio de 1609, precisamente cuando se encontraba allí el célebre Galileo. El cómo éste perfeccionó el invento, lo sabemos por una carta escrita a su cuñado Landucci, en agosto del mismo año. "Sabrás sin duda—dice en ella el sabio—que hace dos meses se hablaba de un anteojo regalado en Flandes al príncipe Mauricio, y construído tan ingeniosamente, que con él, los objetos más lejanos se veían cerca. La cosa me pareció tan extraordinaria, que empecé a pensar sobre ella, y pareciéndome que dependía de las leyes de la perspectiva, vi la manera de construirla, con tanto éxito, que hice un anteojo mucho mejor que el de Flandes. Al saberse en Venecia que había hecho este instrumento, hace seis días se me ordenó que lo exhibiera ante el Senado. Muchos nobles y senadores, aunque ancianos, subieron varias veces a la torre de la iglesia más alta de Venecia para ver los barcos que parecían entrar en el puerto, a pesar de hallarse tan lejos, que hasta dos horas después no se les pudo ver sin mi anteojo; pues el efecto de éste es tal, que un objeto a cincuenta millas de distancia parece estar sólo a cinco. Viendo que Su Serenidad el Dogo deseaba poseer este instrumento, fuí a palacio y se lo regalé".

En pago de su cortesía, y a la vez como recompensa del invento, el Senado nombró a Galileo profesor en la Universidad de Padua, para toda su vida.

Este primer telescopio de Galileo se ha perdido; debía ser un instrumento muy imperfecto, puesto que con él, desde el campanario de San Marcos, el objeto más lejano que podía verse era la torre de la iglesia de Santa Justina, en Padua, que no dista siquiera cuarenta kilómetros en línea recta. Después Galileo construyó otro telescopio algo más complicado, con un aumento de 400 diámetros, que le permitió ver la luna "veinte veces más cerca y cuatrocientas veces más grande que cuando se la mira a simple vista". Tras nuevos ensayos, llegó por fin a construir un telescopio relativamente perfecto, gracias al cual llevó a cabo interesantes descubrimientos astronómicos, entre ellos, el de los cuatro satélites de Júpiter. Este aparato, que en sus últimos años llamaba el sabio su "antiguo descubridor", se conserva todavía en Florencia.

El descubrimiento de los satélites de Júpiter, primero de verdadera importancia hecho por medio del telescopio, produjo en toda Europa extraordinaria sensación. Galileo tuvo que construir más de cien anteojos como el suyo para distribuirlos entre los reyes y los sabios. Cuando llegó a París el destinado para la corte francesa, María de Médicis, entusiasmada con el invento de un compatriota suyo, al ver la luna por el ocular, cayó emocionada de rodillas, con gran consternación de sus damas. En Florencia, los poetas cantaban los descubrimientos y la gloria de su conciudadano, y en Venecia, el entusiasmo rayó en la locura.

De aquellos tiempos acá, las modificaciones experimentadas por el telescopio han sido infinitas. Entre el más perfecto de los instrumentos de Galileo y el telescopio del observatorio Yerkes de los Estados Unidos, media un abismo. Los matemáticos y astrónomos más famosos, empezando por el italiano Bianchini, que en el siglo XVII inventó un aparato para corregir las imperfecciones del tubo de los grandes telescopios, y continuando con Gregory, Newton y Herschel, han dedicado gran parte de su actividad al perfeccionamiento de estos aparatos que permiten conocer la existencia de millares de mundos. A pesar de todo, y aunque sin el telescopio jamás hubiera llegado a ser la astronomía una ciencia seria, el mundo sabio ha pasado en silencio por fecha tan solemne como la del tercer centenario de tan importante descubrimiento.

El secreto de los estradivarius

Ningún instrumento musical ha sufrido tantas falsificaciones como el violín, aun cuando en algún tiempo llegó a creerse que las obras maestras de Stradivarius, Guarnari y Amati, estaban a prueba de imitaciones. ¿En qué consistía su secreto? ¿En la forma, en alguna sutileza del barniz o en que el tiempo hubiera contribuído de algún modo a perfeccionar las propiedades armónicas de estos instrumentos? A esto responde un perito en la materia, que la forma y el barniz pueden imitarse, y añade que, por lo demás, nadie puede pasar hoy a creer que sólo por el uso se hayan colocado de un modo más favorable los átomos de la madera. Pero gracias al microscopio, se ha logrado descubrir gran parte del mágico misterio. Los antiguos fabricantes de violines acostumbraban a emplear exclusivamente madera criada de cierto modo, y cuyas capas estaban superpuestas de cierta forma. Esa madera es muy rara, pero se cría aún y puede encontrarse, por lo cual, no será difícil hacer violines iguales que los antiguos.

LA CANTIDAD DE DIAMANTE EXISTENTE EN EL MUNDO

Según la Real Sociedad Geográfica, de Bélgica, los diamantes existentes en el mundo pesan 38.000 kilogramos.

La India, la sola productora hasta mediados del siglo XVIII, ha contribuido a esa suma en la cantidad de 2.000 kilos; el Brasil, durante los siglos XVIII y XIX, en igual cantidad de 2.000 kilogramos; el Africa Austral, desde hace cuarenta años, en una suma de unos 34.000 kilos.

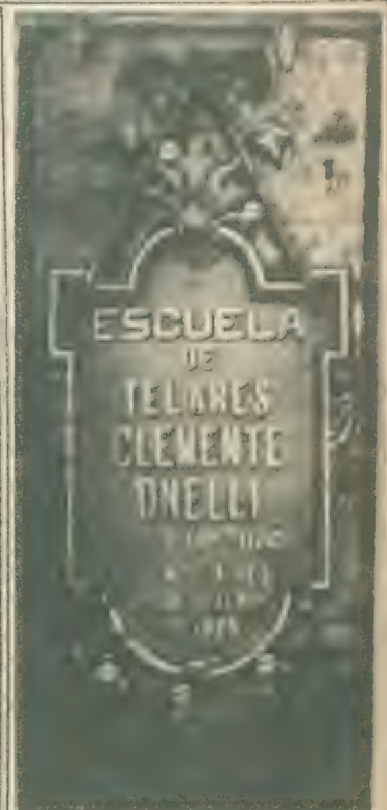
En los últimos treinta años, el precio medio de venta de la tonelada alcanzó la "interesante" suma de un billón de francos.

En su consecuencia, ateniéndose a este cálculo aproximativo, nuestro globo posee actualmente 38 billones en diamantes.

En el primer aniversario del fallecimiento del señor Clemente Onelli



Vista parcial de la concurrencia que asistió al homenaje tributado a la memoria del señor Clemente Onelli, en la Escuela de Telares que funciona en el Parque Patricios y que fundara el extinto. El secretario de Obras Públicas de la Municipalidad, doctor Antonio Barrera Nicholson (×), que descubrió la placa de bronce colocada en dicha escuela y por la cual se da a ésta el nombre del que fué su fundador.



La placa colocada en la Escuela de Telares, designada con el nombre de Clemente Onelli.



La directora de la Escuela de Telares, pronunciando su discurso en el acto oficial. También hablaron, en representación de las alumnas y ex alumnas y personal docente, las señoritas Prudencia Midondo, Amalia Testa y doctor J. Pérez Mendoza.



Grupo de fotógrafos que actúan en el Jardín Zoológico y que también rindieron homenaje a la memoria del señor Onelli, fijando en su tumba una placa conmemorativa.

Homenaje al diario inglés "The Standard"

El comité popular de recepción al príncipe de Gales, organizó un homenaje en honor del decano de los diarios de Buenos Aires, "The Standard", que consistió en la colocación de una placa en la fachada del edificio que ocupa el colega. Descubrió la placa el presidente de dicho comité popular, señor Eduardo Navarro Loveira, después de leer un discurso, siguiéndole en el uso de la palabra los señores Ismael Orizaola Roldán y diputado nacional doctor Antonio B. de Toledo, a quienes contestó, en nombre de la dirección del diario, el redactor del mismo, señor Dardo A. Latorre. — Una instantánea del acto.



DE LA ARMADA ESTADOUNIDENSE



Marinos del "Wyoming", cabalgando en dos gigantescos cañones gemelos, durante la permanencia del buque en el Hudson.

Un valiente a quien acobarda el matrimonio



Matt "Shipper" Green, de 104 años de edad, sobreviviente de nueve guerras, el más viejo de los veteranos de la guerra civil de Estados Unidos. Reconoce que a pesar de sus condecoraciones no ha tenido valor suficiente para casarse.

FLORES MADRILEÑAS



Un palco de encantadoras señoritas adornadas con la clásica mantilla y el mantón de Manila, presidiendo una corrida de toros, realizada a beneficio de los pobres, en la plaza de Carabanchel. (Madrid).



LOS PRIMEROS RANCHOS



Por muy riguroso que sea el verano próximo, el respetable público no tendrá por qué quejarse de la falta de elementos para combatir el calor, pues, como puede verse, comerciantes humanitarios, ofrecen, desde ahora, muy aceptables pajizos al módico precio de $ 1.95 por testa. Así lo comprueba esta vidriera de la calle Bolívar esquina Estados Unidos.



Para empezar, ranchos de la pasada conscripción, llenan su objeto aceptablemente.—Dos jardineros municipales en plena labor de floricultura.



Un veterano rancho, de ala un tanto ''descentrada'', cubre el ''testamento'' de un estoico ''Mateo''.



Rancho popular: $ 4.—.



Pajizo distinguido: $ 7.95. Con tafilete de cuero legítimo.

Fots. Otero

La página del buen humor

LA FUERZA DE LA COSTUMBRE



La maestra de escuela, recién casada, durante la primer reyerta conyugal.—¡A ver! ¡Deme usted la mano!

LA NECESIDAD DE HACER ECONOMIAS



Algunos de los sistemas que habrá que poner en prác ca para ahorrar gastos.

OPORTUNIDAD



—¡Qué suerte que hayan venido a pasar una temporada con nosotros! Así nos ayudarán a cuidar a mis hijos que se han enfermado de tifus.

UN ERROR



—¡Lo sorprendí robando el auto!
—No. Es que como lo vi parado aquí toda la tarde, creí que el patrón se había quedado ahí dentro, para siempre.

DESGRACIA QUE PUDO HABER OCURRIDO



—Está usted acusado de haber arrojado a su suegra por la ventana.
—Lo hice sin pensar, señor juez.
—Bien. Pero, ¿y si llega a pasar alguien por la calle en aquel momento y le cae encima?

SABIA LO QUE HACIA



—¿No se queda a almorzar con nosotros?
– No, gracias. Me voy corriendo porque ya siento apetito.

PTSADA...



El caballero anciano.—Mi estimada señora. Cuánto celebro verla... Usted es la demostración práctica de mi teoría, de que las nuevas generaciones viven menos que las pasadas

COMPLACIDO



—Una sola palabra, señorita, y me hará el más feliz de los hombres.
—¡Idiota!

Exposición de aguafuertes, de Cata Mórtola de Bianchi



"Tarde triste", cuadro adquirido por la señora Julieta Bullrich de Saint.

El aguafuerte, por su modalidad, parecía ser patrimonio del temperamento masculino. Esta aguafuertista argentina que acaba de realizar una notable exposición en *Los amigos del Arte*, si no tuviera otros méritos, tendría el de venirnos a demostrar que éste — como tantos otros prejuicios que hacen excluir a la mujer de las actividades cotidianas — es una pedantería más de los hombres. Cata Mórtola de Bianchi, denunciando un temperamento vigoroso y una consumada técnica, ha sabido realizar aguafuertes llevando a ellas el alma femenina. Este es su mérito esencial, a nuestro entender: que muchas de sus aguafuertes—las mejores—sólo pudo realizarla una mujer; y este es el mayor peligro que ofrece el arte a la mujer: exigirle que lo realice olvidándose que antes ha habido hombres—¡y qué maestros!—que lo han ejecutado a la perfección. Así es cómo vemos a la mayoría de las mujeres, a las literatas en particular, esforzarse por producir una obra que, al fin de cuentas, resulta andrógina, porque es obra de imitación.

La señora de Bianchi, artista profundamente sincera, es, por serlo, una artista original. Une a su inspiración, la conciencia de una laboriosa y, fruto de este maridaje de vocación y estudio, esta notabilísima serie de aguafuertes que ha obtenido un sonado y justiciero éxito. Se ha premiado con él, a la artista que, después de más de diez años de silenciosa labor, ya perfeccionada y segura de sí, aparece no para balbucear y ser una vaga promesa, sino que un armonioso conjunto de treinta y ocho trabajos, nos hable de un espíritu serio, consciente de su responsabilidad artística y que se expone al juicio público, sólo cuando, madura su labor, puede darle a él lo que él tiene derecho de exigir a todos los artistas: el zumo de su propia alma torturada. ¡Encomiable actitud! La señora Cata Mórtola de Bianchi es, pues, dentro de un ambiente artístico como el nuestro, tan abundante en improvisadores de toda laya y de audacia tan infinita, un singular caso de probidad que es preciso hacer puntualizar para que sirva de ejemplo.

Presentimos la larga y obstinada lucha de esta mujer consigo misma; y el triunfo con que ha venido a rematar sus tenaces horas de vigilia, nos alegra y conforta. Él significa que ya entre nosotros existe un núcleo capaz de avalorar estos nobles esfuerzos y darles el estímulo a que se han hecho acreedores para continuar en la brega terrible de superarse a sí mismo.

Obras cómo *El pozo* o *Tarde triste*, revelan la poesía de que desborda el espíritu de quien las ejecutara; *El beso de los pinos*, es de una emoción tan intensa que puede considerársela como una obra de arte religioso, en el sentido medular de este vocablo, a quien Tolstoi ha devuelto su idealidad. Todo en *El beso de los pinos*, emoción y factura técnica, se unen para poder proclamarla una obra maestra en el áspero y difícil género del aguafuerte.



"El pozo".



"El beso de los pinos", adquirido por el presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear.

LAS MANIOBRAS MILITARES EN CORDOBA



El ministro de la Guerra, general Justo, acompañado del ministro de Marina, almirante Domecq García y ex ministro de Agricultura, doctor Le Breton, que fueron a despedirle a la estación Retiro F. C. C. A., al partir, en unión de sus ayudantes, para presenciar las maniobras militares.

SOCIALES



BURZACO.—La señorita Juanita Etchart y el señor José Lacaze, después de su enlace efectuado en la quinta "La Margarita".

"LONDON BANK BOYS DANCING CLUB"



De Lille "Jazz-band" que prestó su concurso a la fiesta danzante del "London Bank Boys Dancing Club", realizada en el salón "La Argentina". Forman el conjunto: Reinaldo De Lillo (piano), Pablo P. Cutillo (violín), Juan B. Lloverá (pistón), Enrique Chinici (saxofón), Herberto Dekillo (batería).



CAPITAL FEDERAL.—La señorita Dora Mendez Cabral, recientemente desposada con el señor Eduardo Acevedo.

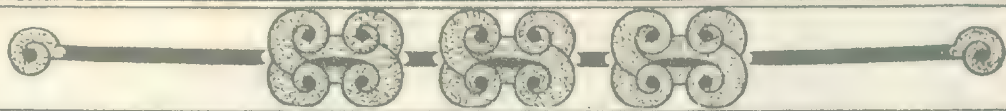


Durante un intervalo de la fiesta. — Parte de la concurrencia.



Enlace de la señorita María Angélica Bergallo Artigas con el señor Lorenzo P. Ballá Paz.—Los novios después de bendecida la unión.





EL JEFE DEL CUERPO DE BOMBEROS DE LA CAPITAL

Coronel Juan J. Graneros, jefe del prestigioso cuerpo de bomberos de la capital, que recientemente acaba de ser nombrado, por el gobierno francés, oficial de la Legión de Honor. — Caricatura de Sanguinetti.



Gente menuda



María Micaela Crivaro Larraburu.



Norberto Ripetta Gómez.



Nelly Alicia González.

ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



Patsy Ruth Miller, una de las más bellas y mejores actrices de la Universal, en la cinta Jewel ''La mujer y el bruto'', de reciente estreno.



Eleonor Boardman y Miss Dupont, en una escena de ''Champán frappé'', cinedrama que está exhibiendo la Corporación Argentino Americana de Films.



Una escena de ''Casado de paso'', cinecomedia que tiene a Edmund Love como protagonista y que la Fox Film estrenará pasado mañana.



Holmes Herbert y Rosemary Theby, en un pasaje del cinedrama ''De las entrañas del mar'', que la General estrenó anteayer.





Percy Marmont y Mabel Ballin, en una escena de ''Una aventura brillante'', cinedrama que la General estrenará el próximo domingo.



Escena de ''Si el matrimonio falla'', cinedrama interpretado por Jacqueline Logan, Olive Brook, Belle Bennet y Donald Mac Donald, que Max Glücksmann estrenó el domingo último.



Un cuadro de ''Zapatos suaves'', película que Max Glücksmann estrenará mañana y que interpretan Harry Carey, Lillian Rich, Francis Ford y Mabel Colman.



Escena de ''La hermosa árabe'', cinedrama del cual es protagonista Norma Talmadge, secundada por Arthur Edmund Corwe, que la Corporación está distribuyendo.

PAGINA INFANTIL

Aventuras de Pipirí



FOOTBALL. — Sportivo Palermo v. Atlanta - River Plate v. Sportivo de Almagro



Componentes del equipo de Sportivo Palermo, que venció a Atlanta por 2 a 0 goals.



Team de Atlanta que perdió el partido jugado contra Sportivo Palermo.



Un interesante momento del juego, frente a la valla defendida por Atlanta.



El arquero de River Plate, deteniendo un buen tiro de Vitale.



Cuadro del Club River Plate que sostuvo el encuentro con Sportivo de Almagro. Resolviéndose con el empate de un goal por cada bando.



Los representantes de Sportivo de Almagro que sostuvieron el match contra River Plate.





General de división Ignacio Fotheringham, cuyo recientemente fallecimiento ocurrido, en su residencia de Río Cuarto, a la edad de 83 años, ha sido muy lamentado en nuestros círculos militares.

Con el fallecimiento del general Fotheringham pierde el país uno de sus más leales servidores y el ejército argentino un pundonoroso jefe.



El general Fotheringham rodeado de algunos de los miembros de su familia, en ocasión de celebrar el octogésimo aniversario de su natalicio.

SEGUNDO CONGRESO ODONTOLOGICO LATINO - AMERICANO



En los salones del Club Belgrano realizóse una comida ofrecida por el Círculo Odontológico y la Asociación Dental Argentina, en honor de los delegados extranjeros al Segundo Congreso Odontológico Latinoamericano. Brindó la demostración el presidente del Círculo Odontológico, doctor Pedro de la Torre, a quien siguieron en el uso de la palabra los doctores Pedro Valderrama, delegado de España, y Sartori, delegado oficial del Uruguay, todos los cuales fueron muy aplaudidos al terminar sus discursos
Grupo de los comensales que asistieron al acto



Barrios porteños: VILLA DEVOTO



Chalet de estilo colonial situado en la esquina de las calles Chivilcoy y Asunción.



''Ville'' en la calle Morán, 3838 propiedad del señor Villapoe.



La avenida Chivilcoy vista desde la plaza Arenales



Chalet del señor Emilio Perissé, en las calles Chivilcoy y Asunción.



El doctor Rafael A. Leguizamón Pondal, presidente del Consejo Escolar XVII y actual juez federal de La Plata.

Señorita Margarita Lutecia Bourdieu, con su perro de policía Gold



Casita de estilo morisco, en Chivilcoy 3750, propiedad del doctor Isidoro E. Gil.



Edificio del Consejo Escolar XVII y Escuela ''Antonio Devoto'', en las calles Mercedes y Avenida Nacional.

ALREDEDOR DEL MUNDO



Un cowboy norteamericano dominando a un toro bravo, durante un rodeo realizado en Omaha.



Un tigre cazado vivo por los esposos Lou Hutt, en los bosques de Borneo, preparado para ser conducido hasta la jaula donde será enviado a las regiones civilizadas.



Automóvil especial para la conducción de caballos de raza. Es la última palabra del lujo en vehículos de esa especie.



Cuando en la India se busca un taxímetro, suele acudir uno de estos extraños vehículos, en los que los pasajeros se acomodan como pueden, debiendo soportar, en molesta posición, las consecuencias del desigual paso del camello.



"El timonel", famosa obra del escultor Leonardo Craske, erigida a la entrada del puerto de Gloucester. (Massachusetts).

T E A T R O S



Lola Carelli, tiple característica de la compañía que actúa en el teatro de la Avenida.

Una concertista y compositora de nota

[illegible]

[illegible] de [illegible] un descollante [illegible] minios de la [illegible].

Antes de [illegible] tar el "Nocturn[illegible] en sol menor", de Chopín, con una maestría sorprendente, [illegible] nidos, jirones de [illegible] pertaron inefables emocion[illegible] torio. El "Prelud[illegible] célebre mae[illegible] interpreta maravillosamente, es una [illegible] posición de fibra, poblada con brochazos de armonía por decirlo así

Como compositora, la señora de de [illegible] ma posee una inspiració[illegible] fecunda [illegible] música es emotiva, el que escucha [illegible] "Evocación" se da ide[illegible] exacta del sentimiento que tiene impregnado este trozo maestro, que fué inspirado en un día gris para el espíritu, recordando algún pasaje sombrío de su vida, muy común en lo[s] temperamentos artístico[s].

Ahora está terminando una notable serie de composiciones de niños, delicadas como caricias. "El caballito" es una pieza onomatopéyica, siendo de igual clase "La canoa", y, por último; "Sueño de niño", de una sencillez y dulzura inexplicable. Al escucharla, va perfilando la imaginación deliciosos cuadros de hogar: ya una noche plácida y perfumada, propicia para las cosas del alma, ya una cuna rústica en la que se observa, entre una lluvia de cabellos de oro, una carita de un tinte rosa nacarino, color de los sueños infantiles, o una cruda noche de invierno en la que junto al inocente se columbra a la tenue ley de una lamparilla a una madre entonando cariñosamente, a media voz una canción propicia, mientras observa al través de los cristales los copos de nieve que descienden paulatinamente asemejándose a una invasión de ateridas mariposas blancas. Al extinguirse en el piano el último acorde de esta pieza se esfuman esos cuadros interiores que con frecuencia se contemplan a la luz de esa música.



Señora Corina H. de de Lima.

La señora de de Lima partirá a fines del corriente año para Europa, en una jira artística a la que ya se descuenta el merecido éxito que la acompaña en su noble peregrinación por el mundo.

Luis A. de LEON.

V I D A R O S A R I N A



Miembros que integran la nueva comisión de la Federación Ciclista de la provincia de Santa Fe, y cuyo presidente es el señor J. Wagener (×).



Personas que asistieron a la fiesta campestre realizada en honor del señor Quiterio Romano Farías (×), jefe de la estación Rosario Norte F. C. C. A., por el personal de su dependencia, en ocasión de haber sido nombrado agente comercial de la misma empresa en Buenos Aires.



El auto más primitivo que tomó parte en el desfile de rodados organizado por el Touring Club Argentino.



Otro auto bastante antiguo que llamó la atención por la típica caracterización de sus ocupantes.

Fots. Flores Toledo

DEL INTERIOR

NECROLOGIA



TUCUMAN. — Miembros de la comisión directiva de la Sociedad Sarmiento, acompañando al poeta español Francisco Villaespesa, durante su permanencia en Tucumán.



OLIVOS. — Señora Octavia María Pisano de Gravano, cuyo fallecimiento recientemente ocurrido, ha sido muy lamentado en la localidad



SANTA FE. — Coro de "Las bataclanas" interpretado por alumnos de la Facultad de Química Industrial y Agrícola, durante la pasada fiesta de los estudiantes.



SUNCHALES (F. C. S. F.) — Team del Club Libertad, primera división, que obtuvo el triunfo en el campeonato local.



RESISTENCIA (Chaco). — Vista parcial de los concurrentes al interesante pic-nic organizado por la Escuela Normal de Resistencia y llevado a efecto el día del estudiante.



SAN FERNANDO. — Señor Inocencio González, que obtuvo el primer premio en el concurso de fotografía organizado por la intendencia municipal.



DEL CAMPILLO (F. C. P.) — Grupo de señoritas que tuvieron a su cargo el bazar-rifa y la venta de cédulas, durante las fiestas italianas del XX de Septiembre



RUFINO. — Distinguidas señoritas que atendieron la "kermesse", organizada en ocasión de las fiestas del XX de Septiembre, obteniendo un brillante éxito

Fots. Saccone, Calvo y Fonseca y Della Mattia.

La casamentera

Por GABRIEL TIMMORY

—Nombrado consejero de la Prefectura en Versalles—nos contaba Mousselin,—no había atendido ninguna de las numerosas invitaciones que para tomar el te me había hecho la señora de Pigorne, viuda de un magistrado. Mi resistencia obedecía a haber oído que la viuda de Bigorne era una casamentera irresistible.

Un día, la viuda en persona se presentó en mi casa, y sin apenas saludarme, me dijo:

—Es usted un ingrato. ¿Por qué no va usted nunca a mi casa?

Pretexté mis muchas ocupaciones.

—Más tengo yo—me contestó,—y, sin embargo, aquí me tiene usted. Vengo a decirle algo muy importante.

Me puse en guardia.

—¿No ha pensado usted nunca en casarse?

—Todavía no, lo confieso. El exceso de trabajo...

—Mal pretexto. Un hombre como usted, que empieza una brillante carrera administrativa, no puede permanecer soltero. Debe usted casarse.

—No conozco a nadie en Versalles.

—En cambio, yo conozco a todo el mundo. Váyase lo uno por lo otro. Tengo para usted un conjunto de hermosas muchachas solteras: rubias, morenas, gruesas, esbeltas, altas, diminutas.

—Querida señora—le interrumpí:—es que yo quiero hacer un matrimonio de amor.

—¡También lo tengo!—se apresuró a contestarme.

Me citó varios nombres, cifras de dotes y una abundancia de detalles de la historia de cada familia, que a mí no me interesaban lo más mínimo.

Yo la dejaba hablar, y ella, comprendiendo que yo oponía la fuerza de la inercia, cambió de táctica.

—Y ahora—me dijo—se viene usted conmigo al concierto del parque.

Traté de excusarme, pero fué inútil. Tuve que acompañarla. Cuando llegamos al parque, la banda tocaba "La Arlesiana". Nos pusimos a pasear entre la multitud.

Junto al paseo había dos sillas desocupadas.

—Sentémonos—me dijo, y añadió:

—Comprenderá usted que no le he traído aquí sin ninguna intención.

Empecé a inquietarme.

—He elegido para usted una joven adornada de las mejores cualidades. Mujer de su casa, inteligente, instruída, huérfana y ochocientos mil francos de dote.

—¡Ochocientos mil francos!

—Una cosa así, y un tío millonario, del cual es la única heredera, y que le dejará un castillo en la Costa Azul.

Confieso que la proposición me conmovió, y todo turbado pregunté:

—¿Qué edad tiene esa joven?

—Veinticinco años.

—¿Es bonita?

—Agradable—respondió después de vacilar un momento. Y añadió:

—No tardará en llegar. Precisamente allí viene.

Venía la señorita en cuestión, por el paseo, en unión de una señora de compañía. Desde lejos no podía distinguir el rostro. La figura parecía elegante. Había, sin embargo, algo de vacilación en su marcha.

—Parece que cojea—dije.

—Un poco—contestó la señora de Bigorne.

La señorita saludó, sonriendo, al pasar frente a nosotros.

—¡Pero si es bizca!—exclamé.

—Un poquito.

—¡Y tiene el pelo postizo!

—¡No se puede tener todo!—dijo la viuda.

Pero fué tal el efecto de su obstinación, que yo, que hacía una hora no pensaba en el matrimonio, me preguntaba ahora si tenía derecho a rechazar sin meditarlo bien la fortuna que se me presentaba.

La señorita coja, después de pasear un rato, se sentó en una silla inmediata a la nuestra. En vano procuraba ya encontrar algún encanto a su rostro sin belleza. Lo único que pude ver, por si algo faltaba, es que estaba picada de viruelas.

Así lo hice notar al oído de la señora de Bigorne. Pero ésta me dijo:

—Puede usted hablar más alto. Es sorda.

Era demasiado. Me levanté, saludé a la viuda y me alejé de allí precipitadamente. No ha vuelto a insistir en sus proposiciones matrimoniales; pero se ha vengado haciendo circular toda clase de calumnias sobre mi persona.

Viajar, una ciencia

Si bien antaño no se viajaba tan a menudo como ahora, se tomaba el viaje más en serio. Tan en serio que un profesor de la Universidad de Goetingen dió sobre ello en 1877 una clase bien concurrida. En el viaje se veía un medio educativo, atribuyéndosele un mérito no menor que el del estudio de un idioma extranjero. No es de extrañar, pues, que este tema no faltara en el programa de los cursos universitarios.

El referido profesor Schloezer principió su conferencia con las siguientes palabras: "Nosotros, los alemanes, viajamos quizás más que ningún otro pueblo del mundo, y esta gran afición al viajar es uno de nuestros grandes méritos nacionales." Luego disertó sobre las diferentes maneras de viajar aprovechando la ocasión para anatematizar la manía de recorrer una región "a volandas", lo cual no proporciona ninguna ventaja intelectual y no puede facilitar nunca materia para una conferencia que ve en el viajar un arte, una ciencia.

Un viaje como se le imagina el profesor exige naturalmente una extensa y concienzuda información previa. Todo lo que se quiere ver se debe conocer ya de antemano de libros y descripciones, no sólo para gozar mejor sino también por consideraciones económicas, a fin de que no se pase el corto y costoso tiempo recaudando conocimientos que también en casa fácilmente se pueden obtener. Jamás se debe emprender un viaje a países lejanos sin conocer primero los cercanos.





La rareza de algunos bailes yanquis

El baile es una necesidad para el hombre. — La expresión artística del hombre por el hombre mismo. — La "danza del camello". "del perro" o "del gato"

Durante los últimos años, los Estados Unidos se han colocado a la cabeza del mundo en lo que a producción de bailes se refiere. Pueden haber sido motivos la guerra mundial, que hizo a Europa ocuparse sólo de cazar alemanes y restablecerse económicamente sin que los ánimos tuvieran más preocupación que hacer bailar la danza final a sus enemigos, o el espíritu práctico de los norteamericanos que toman la vida en su forma más real, dando rienda suelta a sus sentimientos que a primera vista parecen ingenuos e infantiles. Para ellos la vida es un privilegio, un rápido pasaje terrestre, una oportunidad para regocijarse, prescindiendo de todas las teorías sobre el origen humano y recurriendo al canto de la bohemia que ignora de dónde viene y adónde va. Esto sin negar que allí existe verdadero espíritu religioso, pero en los momentos de las alegrías supremas, no es el sentimiento religioso el que domina. A nadie, bailando, se le ocurre pensar en los milagros de la religión cristiana, ni discutir sobre las doctrinas de Buda.

El baile resulta una necesidad para el hombre, a pesar de lo que opinan sus adversarios, asegurando que constituye una ruina para la salud, un tiempo perdido y una inmoralidad. Tal es el criterio de las madres anticuadas que prohiben a sus hijas presentarse en un salón de baile porque se enfrentarán con los hombres. El baile es algo muy superior. Es el arte supremo. No sirve únicamente para pasar el tiempo, que ya sería una noble misión sino que es la más refinada de todas las artes. El medio de expresión artística del hombre por el hombre mismo. Expresa el pintor su arte en un lienzo o cualquier superficie, pudiendo apreciarse sin el requisito de tener al autor en nuestra presencia. El que canta emite los sonidos que atravesando el éter llegan hasta nuestros tímpanos. El poeta siente la poesía y la representa en signos escritos. En el baile es preciso que el arte esté representado en el mismo artista, que sus movimientos estén acordes con la música que se escucha, que sus gestos tengan la gracia y el arte indispensables.

Podría decirse mucho sobre las conveniencias del baile, como preparación social, como ejercicio y como regulador de las actividades humanas. El hecho de que no se baile en el desierto, ni en la intimidad de la alcoba, frente a un espejo, sino en el club, la sociedad, el cabaret o la casa particular donde reina la alegría, es suficiente para que se le considere como factor principalísimo. El que siente afición al baile tiene que relacionarse socialmente y la afición puede avivarse si se tiene en cuenta que el arte existe en todos los individuos desarrollados con mayor o menor intensidad. Como ejercicio para el desarrollo de los órganos del hombre, está entre los primeros. Todo el sistema nervioso funciona perfectamente cuando se baila con arte, sin infringir sus reglas. Los músculos se desarrollan, desde los de las finas y delicadas manos hasta los del vulgarote dedo gordo del pie derecho. Y como regulador de las actividades humanas. . ¿habéis visto aparecer ante el público un músico melenudo y mugriento, que al dar un concierto desconcierta por su apariencia? Algo semejante le ocurriría al hombre de ciencias que, sin más trato que el de los libros, se mostrara raquítico y los demás, pudiendo convertirse en el "Hazmerreír" del auditorio. El baile facilitaría la presentación que sería elegante y alejaría la vejez prematura de los que viven encerrados, sin levantar jamás la cara ante el universo. A no ser que sea astrónomo.

Como la poesía ha tenido rebeldes, el arte los ha tenido y el "jazz" ha merecido las críticas más severas de los moralistas artísticos. El modernismo político ha tenido en contra a los que han querido, manteniendo tradiciones, ceñirse a la métrica rigurosa y exigente aprendida en los textos de literatura preceptiva. Pero la expresión del arte es tan variada que imponerle reglas o leyes, sería imponérselas a los sentimientos que varían según la cultura y el medio ambiente que a cada uno corresponda.

En Francia, por la delicadeza de sentimientos en sus habitantes, se impuso el vals, de música sentimental y armoniosa. La danza rusa ha dominado en la nación moscovita y es preciso haber vivido en climas fríos para apreciar cómo las bajas enormes del termómetro lo llevan a uno contraviniendo las leyes de la gravedad y facilitan el trasporte sin que se noten las pisadas. Se anda sobre las puntas de los pies y con movimientos rápidos y agilidosos para entrar en calor.

Así podrían ser analizados todos los bailes en los distintos países y se llegaría hasta el Africa, donde, sin músicos inspirados y sentimentales, sin orquestas, sin noción de la música que los progresos sociales no ha podido llevar hasta allí para ver a hombres y mujeres semidesnudos por el calor irritante, bailar y retorcerse hasta caer derretidos por el sudor y agotados por la pérdida de fuerzas.

Los Estados Unidos han sufrido las consecuencias del bolshevikismo artístico en el baile, presentando las más diversas variaciones. A pesar de reinar un espíritu comercial entre los yanquis, existen allí seres alegres y bulliciosos ciudadanos que públicamente manifiestan su carácter. Sus bailes son movidos y en las notas de su música hay gritos, chillidos y risas. El "one step", el "fox trot", el "cat step", etc., son pruebas que convencen. A cada animal se le va agregando un "trot" o un "step" y ya tenemos un baile con gestos y voces del gato, del camello, de la zorra, del reno o del pavo. Cualquier día llegan al "Paso del Elefante", con todos los gestos del paquidermo, porque el "Paso de la Tortuga" resultaría demasiado lento y allí se tiene movimiento y actividad para el "business" y para los bailes. El clima y el carácter lo exigen.

En ningún país han surgido nuevos bailes como en la gran República del Norte, donde los cabarets se mantuvieron abiertos durante la guerra.

El año pasado el "one step" y el "fox trot" hicieron furor en los mejores círculos neoyorquinos. Este año han surgido el "cat step", o Paso del Gato, en el que, efectivamente hay gestos semejantes a los del hipócrita y silencioso felino, y en su música hay sonidos iguales al maullar de los gatos.

El "Triangle" es otro de los bailes de origen norteamericano reciente y en él tiene la pareja posiciones en que traza fielmente la figura geométrica de los tres ángulos y las tres aristas. Es difícil para los que no lo hayan visto bailar imaginarse cómo puede resolverse el problema del "Triángulo" con precisa exactitud trigonométrica. El "Romany Trot", el "Camel Walk", el "Chic Walk", el "Ritz Waltz", el "Reno Trot" y el "Hirsch Trot" con los dos anteriores han sustituido el vals francés, el "Two Step", el "Turkey Trot", etc.

Los demás países, por espíritu de imitación, por el modernismo danzante que domina, adoptan esos mismos bailes y en París, Londres, Madrid y cualquiera otra ciudad los programas bailables de las mejores fiestas sociales cuentan con todos esos difíciles "pasos" o "trotes". En Europa, al terminar la feroz lucha contra los Imperios Centrales, el "jazz" norteamericano está haciendo la guerra a la música vienesa y berlinesa, y los últimos tremores de Terpsícore proceden de los Estados Unidos.

A UN RICO

¿Quién te ha dado tu hacienda o tu dinero?
O son el fruto del trabajo honrado,
o el haber que tu padre te ha legado,
o el botín de un ladrón o un usurero.

Si el dinero que das al pordiosero
te lo dió tu sudor, te has sublimado;
si es herencia, ¡cuán bien la has empleado!;
si es un robo, ¿qué das, mal caballero?

Yo he visto un lobo que, de carne ahito,
dejó comer los restos de un cabrito
a un perro ruín que presenció su robo.

Deja, ¡oh, rico!, comer lo que te sobre,
porque algo más que un perro será un pobre,
y tú no querrás ser menos que un lobo.

José M. GABRIEL y GALÁN.

LA EDAD DE ORO

Un día tres amigos se paseaban por París.

—Tomaría con mucho gusto un buen almuerzo—dijo el uno.

—Yo me contentaría con almorzar, aunque no fuera espléndidamente—agregó el otro.

El tercero concluyó:

—Y yo con algo, aunque fuera muy sencillo, y le daría el nombre de almuerzo.

Desgraciadamente los dineros comunes eran muy escasos. De repente uno de ellos exclamó:

—¡Tengo una buena idea! Seguidme.—Y los llevó a ambos ante un editor de música a quien se dirigió en estos términos:

—Señor: venimos a proponerle a usted un negocio: que nos compre una romanza, de la cual el señor ha escrito las palabras y el señor la música y que yo voy a cantarle, siendo el único de nosotros que tiene un poco de voz.

—Cantadla y después veremos—respondió el editor.

El joven cantó y el editor debió quedar satisfecho porque pagó la romanza en 15 francos. Los tres amigos corrieron al restaurant a pedir el almuerzo soñado.

El autor de las palabras se llamaba Alfredo de Musset, el músico Mongron y el cantor Dupré. En cuanto a la romanza, tenía por título "La Andaluza" y comenzaba así:

"Connaissez—vous dans Barcelone.—Une andalouse au teint bruni?"

Pagada en 15 francos produjo 40.000. Era la edad de oro... para los editores.

Pierre MILLE.

La sabiduría del Dr. Bog

Por ANATOLE FRANCE

Había en Londres, bajo el reinado de Isabel, un sabio llamado Bog, que era muy célebre bajo el nombre de "Bogus", por un "Tratado de los errores humanos", que nadie conocía. Bogus, que trabajaba en él hacía veinticinco años, no había publicado ni una sola página. Pero su manuscrito, puesto en limpio y colocado sobre un estantito en el hueco de una ventana, tenía nada menos que diez volúmenes en folio.

El primero trataba del error de nacer, principio de todos los otros. Se veían en los siguientes los errores de los niños y de las niñas, de los adolescentes, de los hombres maduros, de los viejos y los de las personas de diversas profesiones, tales como hombres de Estado, vendedores, soldados, cocineros, publicistas, etc., etc.

Los últimos volúmenes, aun imperfectos, comprendían los errores de la república, que resultan de todos los errores individuales y profesionales. Tal era el encadenamiento de ideas de esta bella obra que no se podía quitar una página sin destruir el resto. Las demostraciones salían unas de otras, resultando ciertamente de la última que el mal es la esencia de la vida, y que si la vida es una cantidad, se puede afirmar con precisión matemática que hay tanto mal como vida sobre la tierra.

Bogus no había tenido el error de casarse. Vivía en su casita con una vieja aya llamada Kat, es decir, Catalina, y a quien llamaba Clausentina, porque era de Southampton.

La hermana del filósofo, de un espíritu menos trascendental que el de su hermano, había, de error en error, amado a un vendedor de paño de la City, se había casado con dicho vendedor y dado al mundo una niña llamada Jessy. Su último error había sido morirse después de diez años de matrimonio, causando así la muerte del vendedor de paños, que no pudo sobrevivirla. Bogus recogió en su casa a la huerfanita por caridad, y también con la esperanza de que la suministraría un buen ejemplo de los errores infantiles.

Ella tenía entonces seis años. Durante los ocho primeros días que estuvo en casa del doctor, lloró y no dijo nada. La mañana del noveno día dijo a Bogus:

—He visto a mamá: estaba toda vestida de blanco, tenía flores en un pliegue de su traje; las ha derramado sobre mi lecho, pero no las he hallado al despertar. Dame las flores de mamá.

Bog notó este error, pero reconoció en el comentario que hizo, que era un error inocente y algo gracioso.

Algún tiempo después, Jessy dijo a Bog:

—Tío Bog, eres viejo y feo, pero te quiero mucho; tienes que quererme también.

Bob cogió la pluma; pero reconociendo, después de alguna reflexión, que no tenía ya aspecto de joven, y que no había sido nunca bello, dejó de anotar las palabras de la niña. Solamente dijo:

—¿Y por qué te he de querer, Jessy?

—¿Es cierto—se preguntó Bob,—es cierto que hay necesidad de querer a los niños? Puede ser, porque, en verdad, tienen gran necesidad de que se les quiera. Por ese lado se puede excusar el común error de las madres que dan a sus hijos su leche y su amor. Es un capítulo de mi tratado que hay que revisar.

El día de su santo, por la mañana, el doctor, al entrar en la sala donde estaban sus libros y sus papeles a que llamaba su librería, sintió un buen olor, y vió un bote de claveles sobre el borde de la ventana. Eran tres flores escarlata, que la luz acariciaba gozosamente. Todo reía en la docta sala: el viejo sillón de tapicería, la mesa de nogal, los viejos lomos de los libracos reían con su forro leonado, con sus pergaminos y su piel de marrana. Bogus, seco como ellos, se puso a sonreír.

Jessy le dijo abrazándole:

—Mira, tío Bog, mira: allí está el cielo (y ella mostraba a través de los vidrios laminados de plomo, el azul ligero del aire); y más abajo está la tierra (y mostraba el bote de claveles); y entre los dos, los gruesos libros negros, el infierno.

Los gruesos libros negros eran, precisamente, los diez tomos del "Tratado de los errores humanos", colocados en el hueco de la ventana.

Este error de Jessy recordó al doctor su obra, que descuidaba hacía algún tiempo, para pasearse por las calles y parques con su sobrina. La niña descubría en éstos mil cosas amables, haciéndolas al propio tiempo descubrir a Bogus, quien no había sacado nunca la nariz fuera de sus libros. Reabrió sus manuscritos pero no se reconocía ya en su obra, en la que no había ni flores, ni Jessy. Afortunadamente la filosofía le ayudaba, sugiriéndole la idea trascendental de que Jessy no servía para nada. Se agarró a esta verdad, tanto más sólidamente, cuanto que era necesario a la economía de su obra.

Un día que meditaba sobre esto, halló a Jessy ensartando en la librería una aguja, ante la ventana en que estaban los claveles.

Le preguntó lo que quería coser.

Jessy le respondió.

—¿No sabes, tío Bog, que las golondrinas se han ido?

Bogus no sabía nada de eso, pues no decían nada sobre tal asunto ni Plinio ni Avicena.

Jessy continuó:

—Kat...

—¿Kat? (gritó Bogus). ¡Esta niña quiere hablar de la respetable Clausentina!

—Kat me ha dicho ayer: las golondrinas han partido este año más pronto que de costumbre; esto nos anuncia un invierno precoz y riguroso. Kat me lo ha dicho. Además, he visto a mamá con traje blanco, con una aureola en los cabellos; sólo que no llevaba flores como la otra vez. Me ha dicho: Jessy, saca del cofre la hopalanda forrada del tío Bog, y recósela; está en mal estado. Me he despertado, y en seguida he sacado la hopalanda del cofre: como está rota en muchos sitios, voy a recoserla.

Vino el invierno, y fué tal como lo habían predicho las golondrinas. Bogus, envuelto en su hopalanda, con los pies cerca de la chimenea, trataba de enmendar ciertos capítulos de su tratado. Pero cada vez que llegaba a conciliar sus nuevas experiencias con la teoría del mal universal, Jessy embrollaba sus ideas trayendo una copa de buena cerveza o mostrándole sus ojos y sus sonrisas.

Cuando volvió el verano, dieron tío y sobrina paseos por los campos; Jessy traía hierbas que ambos clasificaban por la noche según sus propiedades. Mostraba ella en esos paseos un espíritu justo y un alma encantadora.

Una noche, extendiendo sobre la mesa las hierbas cogidas durante el día, le dijo a Bogus:

—Ahora, tío Bog, conozco por sus nombres todas las plantas que me has enseñado. Estas son las que curan y éstas las que consuelan. Quiero guardarlas para recogerlas siempre, y para que las reconozcan otros. Necesito un libro grueso para que se sequen entre sus hojas.

—Tóma éste—dijo Bog.

Y le mostró el tomo primero del "Tratado de los errores humanos".

Cuando el libro tuvo una planta en cada hoja, tomaron el siguiente, y en tres veranos la obra maestra del doctor quedó completamente convertida en un herbario.

La apuesta de Lloyd George

El 4 de abril de 1918, una semana después de que había yo tomado el mando supremo de los ejércitos aliados, recibí en Beauvais la visita de M. Lloyd George, quien es una justicia que hay que hacerle, ha hecho desde el principio más que ningún otro hombre en el mundo por la realización de esa unidad de mando.

El primer ministro británico me pregunta a quema ropa:

—¿Por quién debo apostar, por Ludendorff o por vos?

Sin vacilación ninguna, respondo:

—Podéis apostar por mí, con toda confianza. Estad seguro de que ganaréis.

Vi bien que M. Lloyd George quedó un poco sorprendido de mi certidumbre. Me apresuro a explicarle los motivos de ella:

—Ludendorff, le dije, está obligado a batirme, en tanto que yo, por el momento, sólo estoy obligado a defenderme. Más tarde trataremos de hacer algo mejor. Pero actualmente me basta con contenerlo. La tarea mía es seguramente menos difícil que la suya. Tengo más probabilidades que él de salirme con mi deseo. Es por esto por lo que os aconsejo que apostéis por mí.

Lloyd George siguió mi consejo: apostó por mí y ganó.

Mariscal FOCH.

Las ceremonias del casamiento en Samogitia

Todo lo que se relaciona con el matrimonio conserva aún en el pueblo polaco un carácter de original sencillez. Cada provincia tiene sus costumbres y sus ceremonias particulares. Pero, en ninguna de ellas éstas son tan curiosas como en Samogitia, parte de la Lituania ribereña del Báltico.

Allí, cuando un joven ha elegido a la que desea hacer su esposa, reúne a sus parientes y amigos y les participa públicamente su proyecto. Estos, después de haberse informado de la salud y del carácter de la elegida, se dirigen inmediatamente a la casa de sus padres y la solicitan en matrimonio, pidiéndoles al mismo tiempo, que beban con ellos el aguardiente que traen. Cuando los vasos se entrechocan, la joven, que se imagina de qué se trata, se cubre los ojos con las manos y se aleja, lo que se considera de buen augurio.

Sus parientes y amigos íntimos, convocados especialmente para ello, marchan, algunas horas más tarde, hacia la casa del pretendiente para examinar la cantidad de trigo que posee, el número de sus trajes, y el orden y comodidad de su morada. Si una vez averiguado eso, el novio queda aceptado, se fija la fecha del enlace. Durante todo el tiempo que dura el noviazgo, la futura se ocupa en bordar gran número de servilletas, con las que debe obsequiar a todos los convidados en el día de la boda.

En la víspera de ese día, la joven, vestida con una falda de lana roja, y un corselete de terciopelo adornado con una trenza de oro, y llevando una rama de mirto enlazada en los cabellos, se dirige a la mansión del jefe de la villa y le ofrece un gran pastel llamado "koravay", que tiene en su parte superior un gran cuerno de la abundancia. Recibe en cambio un gorro, aguardiente y otros regalos. En el camino, tanto a la ida como al regresar, hace delante de cada hombre que encuentra, tres profundas reverencias.

A la mañana siguiente, después de haberse confesado, la joven pareja se une en matrimonio en la iglesia parroquial según el rito católico. El futuro debe llevar un capote de paño gris, ajustado por un cinturón de lana roja, y grandes botas. Después de la ceremonia nupcial, cada uno de los contrayentes se vuelve a su casa, en donde beben "soloducha" o grog en compañía de los suyos.

Al caer la tarde, dos músicos que tocan el violín y la cornamusa, van en un coche tirado por un caballo blanco a la casa de la recién casada. Detrás de ellos avanza el marido rodeado de amigos y de otros músicos que entonan canciones alegres. Tanto él como sus acompañantes saludan amistosamente a todas las personas que encuentran por las calles.

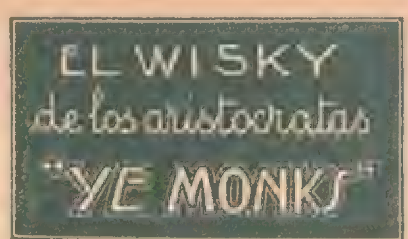
El cortejo se detiene delante de la puerta de la casa que debe estar cerrada. Todos golpean en ella dulcemente y piden una hospitalidad cordial, que les es rehusada netamente. Amenazan entonces forzar la puerta, pero la joven intercede por ellos y suplica de rodillas que se les deje entrar. Sus padres ceden a este pedido. Los recién venidos, saludan a toda la familia, y beben en su compañía. La música ejecuta trozos alegres. El esposo pronuncia su nombre y pide que, en atención a sus derechos, se le permita llevar a su mujer. La madre de ésta se opone y pide socorro. Al instante acude un multitud de viejas matronas, armadas de ramas de árboles, para rechazar la agresión. El marido trata de calmarlas por última vez por medio de la dulzura y de la persuación, pero como esto es inútil, comienza la simulación de una lucha. La madre y todas las mujeres se toman del lado derecho de las faldas de la joven, en tanto que el esposo y sus amigos se apoderan del lado izquierdo, el del corazón. Después de algunos minutos, como se supone, los hombres resultan vencedores. Llevan consigo a la esposa y a su ajuar, y dando gritos de triunfo la conducen, al son de la música, a la casa del marido, en donde éste la presenta y la confía a su madre o a su pariente más cercana, que la acoge con bondad, le ofrece un traje como presente y la bendice. Después de lo cual los jóvenes esposos se dirigen a casa del jefe o patrón del recién casado a fin de recibir sus plácemes y sus obsequios.

Cuando regresan, se conduce ceremoniosamente a la esposa a dar vuelta tres veces alrededor de la habitación del marido, después se le lavan los pies y con la misma agua se rocían los muebles, el lecho y los convidados. En seguida se le pone miel en los labios, para indicar que ella sólo debe pronunciar palabras cariñosas y evitar toda querella, se le cubren los ojos con un velo y se la lleva delante de cada puerta de la casa, que ella debe golpear con el pie derecho. Entretanto la suegra, con sus amigos desparraman a su alrededor trigo, avena, cebada y habas, diciendo al mismo tiempo: "Si tú cuidas de tu hogar y si te conservas fiel a la fe de tus padres y a todos tus deberes, el cuerno de la abundancia estará siempre cerca de ti, y el cielo te bendecirá, pero si al contrario, tú violas tus juramentos y olvidas tu religión, la cólera de tu marido atraerá la de Dios, y serás presa de la miseria, y despreciada y odiada por todos.

Después de estas palabras se le quita el velo y se la hace sentar a la mesa del festín.

Durante la danza que sigue a éste, algunas jóvenes le cortan diestramente la cabellera, después de lo cual ella se retira a su nueva habitación, en cuya puerta aparece al poco rato con los pies desnudos y con un traje liviano y flotante. Sus íntimas amigas, aprovechan este momento para aproximarse. Cada una de ellas tiene una vara de junco, con la que simulan castigarla fuertemente, pero con la que la golpean suavemente exclamando: "¡Vete, vete; no eres digna de estar entre nosotras!". Ella pide socorro. Acude el marido, que la recibe en sus brazos, y que dice a las otras: "¿Quién se atreve a hacer sufrir a mi esposa? Su cuerpo es mi cuerpo, su alma es ahora mi alma. Alejaos de aquí. ¡Quiero estar solo en mi casa!" Al instante las jóvenes arrojan los mimbres y se marchan.

Todo el mundo se retira entonces. Los músicos, antes de partir, tocan una serenata bajo las ventanas de la casa y luego se alejan. Poco a poco los cantos y el ruido de los instrumentos se extinguen a lo lejos. Muy pronto el viento de la noche no lleva a los jóvenes esposos más que el eco debilitado de uno de esos "dainos" o "raudos" (cantos de adiós) tiernos, lánguidos y tristes que forman el fondo de la literatura samoyeda, y que se transmiten de generación en generación desde hace siglos.



LA SORTIJA

Roberto Durand y su mujer acababan de almorzar.

Roberto Durand es joyero; pero su joya más hermosa no está en su escaparate; está allí, en aquella butaca, pues la señora de Durand es una morena adorable, con una cara lindísima y un cuerpo hermosísimo.

—Mira mi anuncio—dice Roberto Durand.—"Casa "Roberts", calle de Rívoli. Las joyas más hermosas. Especialidad en regalos".

—Está muy bien el anuncio.

—Te dejo, querida. Voy a la tienda.

Y el joyero se va.

Ya sola la señora de Durand, se viste con su elegancia habitual y sale de paseo.

Esposa de un joyero, le interesan las alhajas. Por eso se para ante los escaparates de todas las joyerías para contemplar y admirar las piedras expuestas.

De pronto se vuelve. Un caballero ha murmurado a su oído:

—¿Cuál de esas sortijas quiere usted?

La señora de Durand, que es una mujer bien educada, no contesta y sigue su camino. El caballero sigue sus pasos.

—No cabe duda—va pensando el obstinado perseguidor.—Es una mujer fácil. Conozco el género.

Se acerca.

La señora de Durand apresura el paso.

El caballero la imita.

Por fin, la señora de Durand entra en su casa.

El caballero se acerca a la portería y, mefistofélicamente, pone en la mano de la portera un billete de cien francos.

—¿Cómo se llama esa señora?

—La señora de Durand.

El caballero va a pedir más detalles, pero en aquel momento entra el marido de la portera, un gendarme corpulento y bigotudo. La portera oculta el billete y hace al caballero una seña de que se marche.

El caballero sale.

—Es evidente—piensa el caballero—que esta morena se vuelve loca por las piedras preciosas. Pongamos una piedra en su camino y caerá.

Coge un periódico y lee: "Roberts. Joyería".

Se dirige a casa de Roberts y elige una hermosa esmeralda.

—¿Cuánto?

—Quince mil francos.

—Es caro.

Regatea, y al fin el joyero se la deja por doce mil francos.

—Bien. Tome mi tarjeta y envíe la sortija a la señora de Durand. Avenida de Víctor Hugo, 53.

Roberto Durand palidece; pero, flemático, guarda en caja los doce mil francos y entrega un recibo al comprador.

Al día siguiente, con el corazón lleno de esperanza, el caballero aguarda a la señora de Durand.

Sale. Está más hermosa que nunca.

—Señora...

—¡Déjeme usted en paz!

—¿Que la deje a usted en paz? Entonces devuélvame la sortija.

—¿Qué sortija?

—La que le envié ayer.

—¿A mí? Yo no he recibido nada.

—¿No?

El caballero alquila un "taxi".

—A casa de Roberts. Calle de Rívoli.

El caballero entra en la joyería.

—¿Por qué—le dice al dueño—no ha enviado usted la sortija que compré ayer a la señora de Durand?

—Está entregada, señor. Ahí la tiene usted en el escaparate.

—No comprendo.

—Yo soy el esposo de la señora de Durand. La mujer vive donde vive su marido. Y muy agradecido por el regalo de la sortija.

GEORGES DOLLEY.

Lorca, la ciudad jugada al ajedrez

En el castillo de Lorca (España), se alzaba, y probablemente subsistirán, dos cuadradas torres de varios pisos abovedados, la del "Espolón", en terreno de esta forma asentada, y la "Alfonsina", que será posterior al Rey Sabio, conquistador de la ciudad, quien legó a la fiel Murcia el corazón, que guarda su Catedral. Esas torres serán quizá de los Fajardo adelantados, que unas veces contenían las incursiones de los moros y otras mezclábanse en sus contiendas civiles, ayudando a un bando, como hacían cuando les convenía, a los mismos reyes cristianos. En estas relaciones, cuenta un romance del siglo XV, que teniendo D. Pedro Fajardo como huésped al príncipe El Zagal, enemigo de su hermano el rey de Granada Abulhasan (el Muley-Hacen de los cristianos), jugaron de sobremesa al ajedrez sus ciudades respectivas, Lorca y Almería, y, aunque perdió el lorquino, negóse a entregar la suya.

Alfonso X ordenó se explicase en "Los Libros del ajedrez, de los dados y de las tablas", que es códice de la biblioteca del Escorial, ilustrado con multitud de miniaturas, las cuales nos muestran las costumbres coetáneas, donde—contra lo que generalmente se cree—fraternizan moros y cristianos, jugando aquéllos casi desnudos por la transparencia de sus vestidos, y así aparecen dos moras ante el rey, reputado de austero (1). Y el ajedrez, imagen de la guerra, figura en sucesos bélicos y políticos, relatados por los narradores árabes.

(1) Janer: "Museo de Antigüedades", tomo III.

Cómo se trabaja el ámbar

En su estado natural, el ámbar amarilla es dura y muy frágil. Trabajar el ámbar sería, pues, una labor muy difícil, si no existiera el procedimiento que vamos a indicar.

El aceite de lino caliente tiene la propiedad de ablandar el ámbar, hasta ponerlo así en estado pastoso.

Se calienta, pues, esta resina fácil con aceite, y, entonces, por presión, se le da las formas más variadas.

Así los trozos de ámbar sobrantes se ablandan y se reúnen en masa, formando como un bloque del cual, a su vez ablandado, se obtienen las figuras que se deseen.

Para componer objetos fabricados con ámbar, se pone sobre los pedazos de la fractura un poco de potasa o de resina cáustica en disolución, se unen los trozos y se calientan ligeramente; se ablanda el ámbar y la soldadura se efectúa con la mayor facilidad.

La inmunidad espontánea contra las enfermedades

Se viene observando desde hace mucho tiempo que la desaparición de las epidemias no siempre se debe a las prácticas profilácticas y a las medidas de higiene empleadas para combatir la enfermedad de que se trate, y que en un momento dado cesan de manera espontánea, como si obedeciesen al mandato de un genio caprichoso.

Se ha intentado descubrir la causa del apuntado fenómeno, y para su justificación se ha emitido diversas hipótesis. En primer término, se ha considerado como resultado feliz de los medios a que se ha recurrido para vencer el mal. Quienes así lo sostenían fundaban su juicio en la deducción de que el virus agotaba en vano su morbosidad contra los organismos que podían oponerle resistencia merced a la vacunación o a una adecuada terapéutica. Pero en la actualidad opinan muchos sabios que sin auxilio alguno los organismos llegan a resistir por sí solos la acción de los agentes infecciosos.

Según esa teoría, podrían de igual modo neutralizar los perniciosos efectos de los microbios, lo que explicaría la progresiva desaparición de ciertas temibles enfermedades epidémicas que en diferentes épocas han asolado inmensos territorios. Parece que esa inmunidad espontánea constituye una de las características de algunos temperamentos y razas, inmunidad que, al convertirse en función de carácter biológico, es transmisible por herencia. Admitido esto, se comprende el que razas enteras sean más resistentes que otras a determinadas enfermedades infecciosas. Sabido es, por ejemplo, que apenas se registran casos de fiebres tifoideas entre los indios, mientras que las padecen con gran frecuencia los soldados británicos de guarnición en la India.

Conocida es también la circunstancia de que la raza amarilla es casi por completo refractaria a la escarlatina; y a propósito de esta enfermedad, diremos, en favor de la tesis de la inmunidad espontánea de un pueblo entero, que en Inglaterra, y en el transcurso de medio siglo, los casos de escarlatina han disminuido en la proporción de un 85 por 100. En cuanto a la difteria, y desde la fecha en que fué descubierto el suero antidiftérico, la mortalidad por tal causa ha quedado aminorada en un 50 por 100 en aquel mismo país.

Sin embargo, no fuera cuerdo estimar como definitiva la desaparición de una enfermedad cualquiera, ya que puede suceder fácilmente que sólo se halle momentáneamente atenuada.

Si se fija la atención en la historia de las grandes epidemias que han azotado a la humanidad, fácil será observar respecto de cada cual de ellas que durante algunas épocas han causado terribles estragos, mientras que en otras parecía haberse extinguido por completo el mal. Pero a estos períodos de letargo han seguido otros de espantosa mortandad.

Al atenuarse un virus obra como una verdadera vacuna sobre el organismo, que así adquiere una hereditaria inmunidad.

que puede reportarle beneficiosos resultados si procura servirse de la planta maravillosa que tantas veces ha salvado en situaciones imprevistas que requieren con toda urgencia un purgante de efecto decisivo e inmediato, además de que no reúne ninguno de los temibles inconvenientes de los purgantes conocidos que se ingieren por la boca en cápsulas, píldoras, sellos o en pociones de suero, repulsivos al paciente.

Stanley y el pan de trigo

Los grandes viajeros no siempre son los hombres hechos a las privaciones que nos imaginamos. El mismo Stanley declaraba que en sus viajes por Africa sufría por no probar los manjares civilizados. Cierto cronista preguntó una vez al gran explorador si en sus expediciones echaba de menos el pan.

—Tanto—contestó,—que jamás sentí placer mayor que cuando, después de prolongada y forzosa abstinencia de este alimento, al cual la costumbre nos hace mirar con indiferencia, me lo pusieron delante. ¡Los manjares más exquisitos y apetitosos nada son comparables con un pedazo de pan, si se ha carecido de él durante mucho tiempo! En medio de las soledades de Africa me ocurrió alguna vez hallar entre los restos de mis provisiones una botella de champaña. Pues bien, yo hubiera dado entonces todo el champaña del mundo por un panecillo tierno de harina de trigo.

todo lo que hubiera podido, en su origen, ser pintado bajo el sujeto visible.

Y he aquí que ahora la fotografía de un cuadro alumbrado por radiaciones convenientemente escogidas, permite separar los caracteres, a veces muy particulares, de las pinceladas características de un pintor.

Dos ilustres sabios franceses, MM. Edmond Bayle y Henry George, han utilizado, para producir una luz de composición bien determinada, un proyector que da cuatro haces convergentes. Tres de estos haces están provistos de pantallas roja, azul y verde. El cuarto haz da el blanco. Unos reostatos permiten variar a voluntad la proporción de cada una de las componentes.

De este modo se puede obtener exactamente todos los matices posibles y fotografiar el cuadro bajo la luz que destaca tal o cual particularidad.

Así, el Laboratorio de Identificación judicial ha podido ya, en diversas ocasiones, examinar obras de arte, cuya antigüedad ofrecían determinadas dudas. En todos los casos el nuevo procedimiento ha puesto en evidencia ciertos detalles reveladores.

Purgante que se administra sobre la piel

El purgante que realiza este milagro es el "Pegarmum hasmolo", planta de la familia de las rutóceas, que crece en las estepas del Cáucaso.

Dicha planta, sagrada para los tóitaros, se usa en medicina por sus grandes cualidades terapéuticas, que hacen insustituible, según los habitantes de aquel país. Se emplea en baños contra el reumatismo, principalmente en los males de gota. Estas raíces se utilizan en pediluvios devolviendo la actividad a la sangre para lo que se aplican en los síncopes y congestiones graves.

La planta tiene un olor fuerte y desagradable, con sabor amargo ejerciendo una acción irritante sobre las mucosas. Se administra en infusiones y en cocción, sobre todo a los animales. Resulta un purgante enérgico el extracto de sus raíces en inyecciones subcutáneas, de rápido efecto, que aventajan a toda clase de purgativos en sus condiciones asimilatorias.

No se trata de una simple curiosidad que descubrimos a nuestros lectores, sino de una utilísima indicación

Aplicación de la radiografía al examen de pintura

Son interesantes las experiencias realizadas para aplicar la radiografía al estudio de los cuadros.

Como quiera que los colores pintados absorben los rayos X en función de su composición química, la radiografía permite tener rápidamente un conocimiento general de la paleta y del encolaje de la tela. Muestra, sobre todo, inmediatamente, las restauraciones y los retoques, como también

Los mejores buzos son los mejicanos

Todo el mundo sabe ya cuál es el origen de las perlas: un parásito, un gusanillo se introduce entre las valvas al molusco. Este, defendiéndose contra el intruso, lo envuelve en una secreción que algunos años más tarde es una perla.

De manera que cada perla es el precioso ataúd de un gusano. Los japoneses han encontrado la manera de producir perlas, introduciendo entre las valvas de las ostras perleras a cierto parásito. Este descubrimiento es una amenaza para todos los pescadores de perlas, con excepción de los de Australia, que explotan sus bancos, sobre todo por el nácar de las valvas más que por las perlas que pudieran contener.

Unas cifras pondrán claramente delante de los ojos del lector la importancia de uno y otro producto: en el período 1920, las pescaderías de Australia recogieron 1.600 toneladas de conchas, con un valor de 225.000 libras esterlinas, mientras que las perlas recogidas sólo produjeron 63.000 libras esterlinas. En los demás lugares, el fenómeno es inverso: lo que se busca sobre todo es la perla.

Hasta estos últimos años la pesca estaba monopolizada por buceadores árabes, especializados de padres a hijos en esta peligrosa industria desde tiempo inmemorial. Armados con un cuchillo para defenderse contra los tiburones, los árabes se deslizaban hasta el fondo, a lo largo de una cuerda atada a un barco. Exploraban el lecho del mar durante un tiempo que llegaba hasta los 120 segundos (duración-récord), y ascendían como flechas a la superficie, llevando en las manos su botín o no llevando cosa alguna. Ahora, la mayor parte de los buceadores árabes han sido sustituídos por los buzos que visten la escafandra, los cuales, ocioso parece decirlo, pueden permanecer en el fondo del mar más largo tiempo y pueden desprender de la roca aun a los moluscos que estén más fuertemente adheridos a ella. Los mejores buzos del mundo son los mexicanos de la costa del Pacífico. Se ignoran las razones fisiológicas de esta aptitud singular; pero es un hecho comprobado que pueden permanecer más largo tiempo debajo del agua y a mayores profundidades que las otras razas. Estos mexicanos ganan grandes salarios en Australia. (Por lo menos cuatro libras esterlinas diarias).

No hay mal que dure cien años

Por Vicente del Olmo

—¡Bien!..., completamente allanado ante el destino—dijo el tío Quico.

Y encogido de hombros, sintiéndose más fuerte que la misma adversidad, con quien lucha, agregó:

—¡Con voluntad y energía!...

"En el pueblo que no hay justicia, que no hay faroles, que no hay reloj"...—según reza la copla chocarrera de Castilla,—azotado por el látigo de siete nudos que esgrime la desgracia, vive el tío Quico. En plena lucha con el infortunio, todos sus esfuerzos y todas sus energías estréllanse contra la hostilidad del hado fatídico que preside sus destinos. Aquesos esfuerzos y aquesas energías parécense muy mucho a los de un hombre que empleáralos en arrancar la hiedra de unas ruinas inhabitables, o a los de un ocioso que emprendiese la vesánica tarea de cegar el mar. Porque, hecho el balance de los mismos, verificada la suma de tales energías y esfuerzos tales, el valor negativo de su total indícale que de nada le sirven.

—Sí, sí...;—más fuerte que nunca, murmura para sus adentros.—Debo ser el pararrayos de la desdicha, la punta de platino que atrae el infortunio...

Y el comentario final que filosóficamente rumia su cerebro siempre es el mismo. No puede negarse que, sujeto con fuertes ligaduras al garrote de la adversidad, el corbatín de la misma, ¡cómo si en retardar la ejecución se proporcionase un placer voluptuoso el macabro instrumento de suplicio!, aprieta y afloja la garganta del tío Quico. Considerado como cosa propia, el espectáculo de la vida del rústico Quico nada tiene de agradable; a través del lente que proyecta su panorama de saltarina marioneta, sí. Cada hombre, con su vida, presenta una fábula animada; cada fábula, como desenlace de la concepción literaria, una moraleja.

No es el tío Quico hombre que, al presentársele un obstáculo en el camino, se pose flemático en mitad de la carretera y aguarde a que la montaña le deje franco el paso. Fuerte y ágil, a pesar de su edad, como cabra trepadora de escarpadas cumbre, traspone la barrera y prosigue su ruta. Ni siente cansancio ni se reprocha. En lo más cruel de la ascensión, cuando otro cualquiera daríase a todos los diablos, estoicamente se dice:

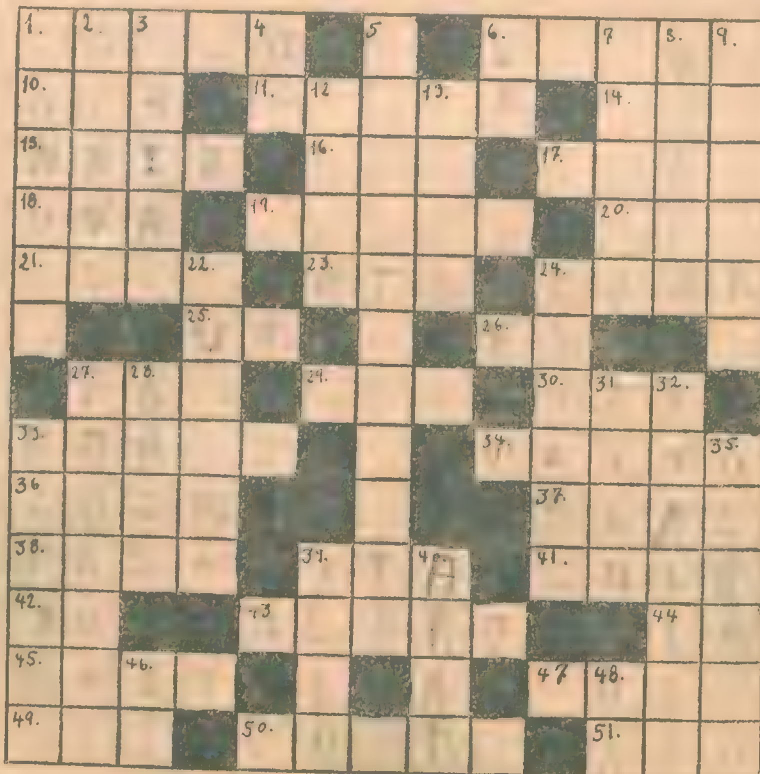
—¡Pch!... ¡No hay mal que dure cien años!...

El último pedrusco, como fiera exterminadora, arrasóle el viñedo en que cifrara su redención económica; el fisco, peor que el granizo, embargóle la tierra y los sarmientos. Ni leña para alimentar la trébede en la época invernal presente le dejaron. El tío Quico, mansurronamente, como otro Job bíblico, rascóse el cogote y exclamó:

—¡Bah, carape!... A mal tiempo, buena cara. Y una de dos: ¡o vuelvo a la época de bienandanzas o reviento!...

Empero, este heroico labriego, que ya no posee trigo en el granero, que no tiene leña para el hogar y que sólo contaba con sesenta reales en plata—el numerario de su escuálida escarcela venía a ser la cifra exacta de los años de existencia que tiene el tío Quico,—una noche de éstas vió presa de las llamas lo que de hacienda le quedaba.

PALABRAS CRUZADAS



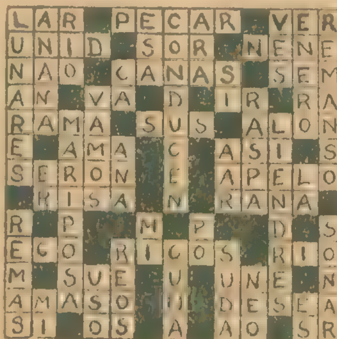
VERTICALES

1—Que tiene cortada la cola.
2—Arbol.
3—Producto ganadero.
4—Obras Públicas (iniciales).
5—Secretamente, con silencio y sin ruido.
6—Se dirige hacia...
7—Diosa de la hermosura.
8—En el mar.
9—Que se hace o cría en casa o pertenece a ella.
12—Nombre de mujer.
13—Mueble.
22—Nombre de mujer.
24—Moluscos acéfalos marinos.
27—Mixtura de una substancia grasa y otros ingredientes que se emplea como afeite o medicamento.
28—En los naipes.
31—Dios de los vientos.
32—Examina, investiga.
33—Raza de indios.
35—Cualquier lugar donde se hallen huesos.
39—Adverbio que indica lugar.
40—Labrar la tierra.
46—Del verbo ser.
48—Partícula inseparable.
21—Nombre de mujer.
23—Une.
24—Atreverse.
25—Artículo indeterminado.
26—Del verbo ser.
27—Preposición, causal o final.
29—Consonante.
30—Astilla de madera que encendida alumbra como un hacha.
33—Raza africana.
34—Asiento con gradas y dosel de que usan los monarcas.
36—Pasión que atrae un sexo hacia el otro.
37—En las aves.
38—Precio fijo puesto por la autoridad en las cosas vendibles.
39—Une.
41—Unica en su especie.
42—Asociación Deportiva (iniciales).
43—Parte inferior del tejado que sale fuera de la pared.
44—Moverse de un lugar hacia otro.
45—Edificio para habitar.
47—Adverbio.
49—Atrévase.
50—Nombre de varón.
51—Nave.

HORIZONTALES

1—Complemento o término de alguna cosa.
6—Campamento de un cuerpo militar.
10—En el mar.
11—Insignia de algunas de las órdenes reales que se lleve bordada o sobrepuesta en el vestido.
14—Tiempo.
15—Cereal.
16—Palmípedo.
17—Nombre de mujer.
18—Fruta muy vulgar.
19—Conjunto de las afecciones atmosféricas que caracterizan una región.
20—Ata.

Solución del problema anterior



Nadie quiso levantarse para reducir el incendio que devoraba la casa del viejo castellano. Impotente para efectuarlo sin ayuda, tuvo que resignarse a contemplar la danza fantástica de las lenguas de fuego que, como engendros de Satán, abrasaban su casa y su ajuar. Alboreó el nuevo día, y una lluvia, ¡qué pudo ser bienhechora si no llega a destiempo!, convirtió en ceniza los escombros que humeantes mostrábanse aún. Como ligero corzo, saltó sobre los carbones en que se convirtiera su vivienda. Ansiosamente escarbó entre los escombros de lo que su dormitorio fué. No es para descrita la alegría que le produjo el toparse con la plata fundida de sus tres duros. Ofreció las tres onzas del preciado metal al platero del poblado, y, despectivamente tasado los restos de su tesoro, dióle el platero tres pesetas en calderilla. Con tan miserable suma en la palma de la mano, el tío Quico me acaba de espetar:

—Una peseta, para hoy; otra, para mañana; otra... ¡Con voluntad y energía a todo se llega!

Intimidades del teatro

En una compañía de comedias dirigida por una señorita actriz, figuraba un joven actor con quien el público se metía todos los días de una manera despiadada. Tan grande fué el meneo durante una de las representaciones en Palma de Mallorca, que el actor la detuvo para dirigir la palabra a los espectadores.

—Respetable público: Desde que tuve el honor de presentarme ante ustedes, he sido protestado en todas las obras, con muchísima razón, pues mis dotes artísticas son muy escasas. Pero debo hacerles saber que mi sueldo es de cinco pesetas, y como esta compañía carece de primer actos, se me obliga a desempeñar los papeles de éste.

El público aplaudió la sinceridad del joven comediante, quien con toda tranquilidad continuó la escena interrumpida; pero terminada ésta, se acercó a la batería, y volvió a dirigir la palabra a la concurrencia:

—Respetable público: Ruego a ustedes que me permitan marcharme por aquí, porque en las cajas de la derecha me espera la primera actriz y en las de la izquierda su madre, para pegarme por lo que antes dije a ustedes.

Uno de los músicos le dió la mano; el actor saltó al patio de butacas y se marchó a su casa.

...Y como me lo contaron te lo cuento.

E. KISS.

La montaña maravillosa

A una treintena de kilómetros de Barcelona se levanta majestuosa la montaña de Montserrat, que a lo lejos semeja la giba de un dromedario y que, cuando se halla el viajero cerca de ella, le sorprende por sus prodigiosas bellezas naturales y tal vez más todavía por su absoluta inconexión con los montes circundantes.

No existe en el mundo otra montaña parecida: sólo en América, en las Antillas se puede considerar la isla de Montserrat, actualmente en posesión del imperio británico, como débil trasunto de la venerada montaña de Cataluña.

Basta ver sus crestas y picachos que representan ya gigantes o titanes, ya cabezas de ídolos africanos, ya guerreros que custodian los tesoros de un castillo imaginario, para comprender que esta montaña resuma la fantasía creadora de todo un pueblo, que sea el teatro de sus múltiples y tradicionales leyendas.

Moles inmensas de piedras conglomeradas y de variados matices forman, acá y acullá, los macizos y las cúspides. Y por las laderas de entre las peñas, brota una vegetación exuberante que da al paisaje un carácter paradisíaco.

Como siempre al idear sus consejas y cuentos fabulosos ha mezclado la fantasía popular también aquí reminiscencias paganas con elementos de origen cristiano. Dicen los aldeanos, que en un lugar conocido por el nombre "llano de las brujas", se reúnen todas las noches las hechiceras de los vecinos pueblos de Monistrol, Esparraguera, Colibató y El Bruch y bailan alrededor de una hoguera hasta que aparece el lucero del alba. Esas brujas son — al decir del pueblo — almas en pena, que esperan su redención en aquella noche en que suene la trompeta del juicio final.

También en el sitio denominado "castillo del diablo" supone la tradición que Lucifer, adoptando la figura humana, vivía en un castillo adonde acudían doncellas salaces que, tras haber satisfecho sus deseos inverecundos, se quedaban petrificadas, cual la mujer de Loth.

La misma leyenda de Fray Garín, que convertido en animal—el fauno, tal vez, que ha llegado hasta nosotros desde los tiempos de la mitología griega—purgaba sus pecados arrastrándose por el suelo, es una muestra de la fecunda imaginación de nuestro pueblo: el que va a Montserrat se entera de quien fué este personaje legendario, cuando el cicerone delante de la cueva en que se supone vivió el penitente, cuenta, no sin cierta verbosidad, su vida desdichada.

En la montaña se asienta un célebre monasterio, que ya en el siglo IX el conde Wifredo de Barcelona donó a la abadía de Ripoll, cerca de Francia; las numerosas ermitas dispersas por la montaña pertenecen a los monjes benedictinos, que actualmente tienen a su cargo el santuario.

La patrona que en Cataluña se invoca con preferencia es la Virgen de Montserrat, a la cual llaman la "Moronita"—la "Moreneta", en idioma catalán,—probablemente por su color obscuro debido a que la imagen está hecha de madera de ébano. Está sentada en un trono de mármol y tiene en su regazo al niño Jesús, de color igualmente obscuro.

Cuéntase que cuando los árabes invadieron a España fué escondida la imagen por los naturales del país en aquellos abruptos picos para que no cayera en poder de los infieles. Alguien ha apuntado la idea de que esta escultura antiquísima sea tal vez de origen fenicio, aunque no existen pruebas fehacientes para apoyar este aserto. Pasaron varios siglos hasta que unos pastores—según la tradición—vieron cada sábado sobre las montañas luces extrañas que aparecían al anochecer: las gentes de los lugares próximos acudieron así como el obispo de Manresa, con ánimo de llevarse la imagen a la ciudad diocesana; pero al llegar al sitio donde ahora está el monasterio se hizo la estatua tan pesada que ya no pudieron moverla. La narración anterior coincide con otras leyendas que están en curso en diferentes lugares de la península ibérica.

tellano a que quien no va a Montserrat, no está bien casado. Bien es verdad que esta costumbre data de pocos años, pues antes no existían las mismas facilidades de comunicación. Ahora resulta semejante viaje tan cómodo como interesante, gracias a un ferrocarril de cremallera, único en España, parecido a los que suben a algunas cumbres de los Alpes; además una carretera bien cuidada, de lindas perspectivas, serpentea por las faldas de la montaña. Desde el monasterio se puede ir en funicular hasta una de las cumbres, la de San Juan.

Han visitado al Montserrat en el transcurso de los siglos numerosos reyes y magnates: el emperador Carlos I de España y V de Alemania estuvo allí nueve veces y murió sosteniendo una candela que los monjes benedictinos les habían regalado; su hijo Felipe II y su nieto Felipe III también cedieron a la tentación de subir a la montaña catalana. Estos reyes de la casa de Austria la han descrito minuciosamente en sus relatos de familia, y así se explica que Fernando II mandó construir dos iglesias en Viena y en Praga con el nombre de Montserrat. Existen también, con la denominación de Montserrat, templos en Tolosa de Francia, Lión, París, Roma, Nápoles y Palermo; así como varios monasterios en Méjico, Perú y Brasil. Es digno de mencionarse que los Reyes Católicos, después de la toma de Granada y expulsión de los árabes, fueron a Montserrat, nombrando predicador de las Indias, con fueros de arzobispo, a Bernardo Boil, monje del monasterio, el que en 1493 marchó con Colón a América como primer misionero que puso la planta en el Nuevo Mundo. El cardenal Julián de Rovere, que más tarde subió al solio pontificio con el nombre de Julio II, había sido abad de Montserrat.

La Virgen de Montserrat, además de ser la patrona de Cataluña, lo es del Somatén, no sólo del catalán, sí que también del de toda España. Desde tiempo inmemorial existe en Cataluña una institución cívico-militar, llamada Somatén, de la cual forman parte la mayoría de los hombres adultos. El Somatén tiene por misión mantener los fueros de la justicia, coadyuvando como gendarmería privada a la acción de la gendarmería del Estado, aunque en muchas ocasiones actúa con absoluta independencia. En tiempo de guerra el Somatén auxilia a las fuerzas del ejército.

En las laderas de esta montaña maravillosa tuvo lugar durante la guerra de la independencia la acción del Bruch, en la cual un puñado de hombres del Somatén derrotó al ejército francés. Quizá por eso profesa el Somatén especial veneración a la virgen de Montserrat, haciéndola su patrona.

A la montaña santa acude mucha gente para ofrecer allí los azahares matrimoniales. "Qui no ha anat a Montserrat, no está ben casat", dice el refrán catalán que equivale en cas-

La montaña es tan atrayente y sugestiva que de ahí proviene en gran parte su nombradía universal. A cinco kilómetros del monasterio hállanse unas cuevas naturales, comparables a las de Artá, en Mallorca. A la entrada de ellas hay una gruta muy ahumada, llamada "la cocina", en donde un grupo de hombres se refugió durante los trágicos años de la invasión napoleónica. Un cronista dice que en la cueva de Mansueto "cierto célebre guerrillo de la guerra de la independencia, al saber que los franceses pasaban desde Barcelona talándolo todo, se retiró con la gente del pueblo a estas grutas y se escondió en la cueva que lleva su nombre. Siguiéronle los enemigos y no habrían dado con él si la voz de una criatura no le hubiera descubierto. Con todo conservó su serenidad y se atrevió a retar a los contrarios poniéndose a la puerta de la cueva trabuco en mano. Detuviéronse los soldados ante un hombre tan resuelto, y él aprovechando la ocasión dejó caer desde lo alto un gran calderón que produjo tan horrísono ruido que los franceses huyeron amedrentados sin que jamás osaran penetrar en las cuevas."

La grandiosidad de los recintos se junta a la evocación de hechos históricos, por lo que las cuevas de Montserrat tienen para el visitante un doble encanto, que muy difícilmente pueden reunir otros lugares. Doquiera le circunde al viajero el misterio impenetrable de las leyendas, cuyos testimonios visibles son las rocas de "los frailes encantados", la "de los ángeles, la cabeza de muerto" y tantas otras; y toda la montaña le recuerda fechas peregrinas de tiempos medioevales, edades pretéritas de heroísmo espartano, en que los hijos del terruño supieron dar su sangre sin regateos, en defensa de su lar amenazado.

Dr. C. MATURANA VARGAS.

Catálogo Harrods

Lujosamente editado y con una artística portada en colores, acaba de ponerse en circulación el catálogo del importante establecimiento comercial del epígrafe, perteneciente a la temporada Primavera-Verano-1925-1926.

Como es de suponer, gran parte de sus páginas están dedicadas a reflejar gráficamente los últimos modelos y confecciones del mejor buen gusto, impuestos, por la moda imperante, en los grandes centros europeos de la elegancia y el lujo, y constituye, por tal circunstancia, un preciado elemento de guía y consulta para todas aquellas personas que rinden culto al bien vestir o a la estética en la indumentaria.

El volumen que nos ocupa, contiene además, como de costumbre, una extensa variedad de mercaderías y artículos generales, de que se hallan provistos los numerosos y surtidos departamentos de la Casa Harrods, institución que constituye uno de los más sólidos y brillantes exponentes del alto comercio americano.

PAPEL Y TINTA

El tinglado de la farsa, por Enrique Pérez Colman

De lo mucho que se escribe en el presente, este libro merece que se le cite una cualidad que lo hace estimable, y ella es la ironía.

Pérez Colman ha descrito sus protagonistas haciendo resaltar con criterio sus modalidades, don Perfecto Cagatintas y doña Anunciata figuras de su obra que están más en movimiento, como asimismo aquella de Felipe Pauloja, la de Cervero, desempeñan un rol importantísimo y los detalles están trazados con suma habilidad.

Quizá la conclusión de sus novelas no dejen una emoción ni nos hagan evocar un pasaje de la vida, porque no son ni románticas ni amorosas, pues el señor Pérez Colman se ha dispuesto estudiar más que el movimiento de una historieta, el alma de sus personajes.

Este libro nos hace ver que su autor, como dice el prologuista Soiza Reilly, "con la personificación fotográfica de un buen observador, en estilo armónico y transparente—con la difícil facilidad de quien conoce el arte de llamar a las cosas por su nombre, ha recogido en su cámara obscura suaves relieves de luz y asperezas de sombra".

Y así es, en efecto, toda la fuerza de su estilo, y el gran poder de la imaginación del señor Pérez Colman están encerrados en estas páginas unidas de vida, armonía y color.

Es este libro uno de los más originales publicados últimamente, el cual acentúa las bellas condiciones del novelista y la ironía puesta siempre en evidencia en una forma aceptable.

Savia nueva, poesías, por Alicia Porro Freire, Montevideo

El despertar poético en la mujer toma cada día más relieve, esto, por cierto, debe regocijarnos porque se aparta un poco de las trivialidades de la moda, de esa fruslería tan común en los espíritus obscuros, y se entrega a pláticas con el ensueño que es el patrimonio del verdadero artista.

La autora de este volumen de versos, a deducir por la prologuista, es una joven que, sintiendo en su corazón la fuerza poderosa de cantar, lo hace en una forma feliz, dándonos toda la gama de su alma enamorada de la belleza.

Algunas pequeñas imperfecciones hay en el libro, pero también mucha emoción y sinceridad, supliendo éstas a aquéllas. Hay poesías originales, otra de una hondura y armonía profunda y muchas donde se refleja el alma de la autora con sus penas e inquietudes y asperezas.

"Savia nueva" revela en sus cantos un alma de artista, que, impresionada por todo lo bello, se ha encerrado en estrofas musicales. "Anhelo" es un poema rotundo y elegante; "Insomnio" armoniosa y suave y "Brujería" sentimental.

Creemos que este libro es el augurio de mejores rimas y que la señorita Porro Freire tiene una obra sensitiva que fácilmente en ulteriores libros conseguirá un triunfo definitivo.

En síntesis, esta obra es bella y sentimental.

Recogimiento, por Rogelio Sotela, Costa Rica

He aquí una obra interesantísima que nos remite el gobernador de la provincia de San José, de Costa Rica.

Ya las obras anteriores de este gran escritor nos trajeron todo el caudal de su espíritu observador, toda la belleza de un estilo sobrio y elegante, que pone de relieve sus grandes cualidades y sus acertados conocimientos filosóficos.

El libro "Recogimiento" es una serie de apuntes, comentarios y reflexiones, donde el señor Sotela, una vez más, revela las impresiones de su ser, sus deducciones y opiniones diversas sobre arte.

Sobre esta obra ha dicho la poetisa Juana de Ibarbourou: "Es bellísimo su libro, de una emoción y una musicalidad admirable. Hay tal melancolía que el lector se siente con el corazón oprimido ante esa angustia noble y dulce que es, a la vez, una infinita saudade."

Y así es, en efecto, este volumen filosófico, trazado con inteligencia, con ese sano y alto criterio de un escritor de fibra y conocedor de la vida. A este respecto, Gabriela Mistral ha manifestado: "Su libro no ha tenido una, sino tres lecturas completas. Tiene usted innumerables coincidencias espirituales conmigo". Y así lo compara la excelente poetisa chilena porque en las páginas de Sotela ha encontrado dolor, belleza, emoción y color, cosas indispensables de las obras de los verdaderos hijos del arte.

En este libro, Sotela, hace estudios diferentes. En una parte se refiere a la mujer, en otra al lenguaje y al arte en sus múltiples manifestaciones.

Nada hay que se pueda tachar en este libro tan altamente concebido por un escritor que honra, desde luego, a las letras americanas.

El señor Sotela, en su país, es uno de los escritores más aventajados por sus obras tan vastas y de índole diferente.

Nada hay que se muestre obscuro o le rescate un motivo a su ojo analítico, nada hay que su pluma, siempre dispuesta, no refleje con acierto, bien sea un jirón de vida, una opinión o una deducción filosófica. Es que su alma múltiple se manifiesta en todo lo que ve por un designio inexplicable y bello.

"Recogimiento" es un libro excelente.

F. B. VISILLAC.

Las aventuras de un domador

Que muchas profesiones de la paz son para el hombre, individualmente considerado, más peligrosas que la guerra, lo demuestra la historia de Alejandro Feely, notable domador de fieras.

Feely ha trabajado en las más famosas exhibiciones de fieras amaestradas: incluyendo las de Sanger, Bostock y Barnum. Hijo y hermano de domadores, comenzó su carrera a los nueve años en el circo de Myers, presentándose como "el Capitán Feely, el domador de elefantes más pequeño del mundo". Esto ocurría allá por el año 1882. Su "troupe" la componían siete enormes elefantes que, por esa secreta simpatía que existe entre los niños y los animales grandes, se prestaban dócilmente a todos sus caprichos. Esto fué lo que indujo a un hermano suyo, que trabajaba con unos leones en el mismo circo, a solicitar del director que se confiasen al muchacho los siete paquidermos. Precisamente con uno de éstos corrió Feely su primera aventura.

Entre los siete elefantes había uno gigantesco, de muy mal carácter y sin vista, que atendía por el nombre de "Blind Bill" (Guillermito el Ciego). Decíase que había matado ya a cinco domadores, pero estaba muy bien enseñado y era el que más cariño dmostraba a Feely. Cierta noche, sin embargo, estando la compañía en Stirling (Escocia), hubo durante la representación una gran tormenta, y el ruido de los truenos soliviantó un poco a los elefantes. Todo el personal del circo aconsejó al mayor de los Feely que no permitiese trabajar a su hermano, pero aquello hubiera sido una deshonra para una familia de domadores ilustres, y los elefantes salieron a la pista como de costumbre, con su pequeño domador. Todo parecía ir bien, pero faltaba el final del número, un ejercicio sensacional que consistía en levantarse "Blind Bill" sobre sus patas traseras sosteniendo con su trompa al muchacho, que desplegaba en el aire una bandera inglesa mientras la orquesta entonaba el "God save the King". Aquel ejercicio, que levantaba siempre una tempestad de hurras en el público, estuvo a punto de convertirse aquella noche en una tragedia. Al tomar el elefante ciego al domador, en vez de alzarse de manos empezó a dar vueltas por la pista barritando como loco y sacudiendo en el aire al pobre Feely, que pedía auxilio a voz en grito. El público, aterrado, se arremolinó en las puertas pugnando por escapar, y hubo no pocos heridos y contusos. Cuatro laceadores indios que formaban parte de la compañía, echaron sus lazos a las patas del coloso para detenerlo, pero fueron arrastrados como muñecos, y en esta forma salió el proboscídeo a la calle en pos del público, blandiendo siempre con su trompa al joven Feely y perseguido por todos los domadores, atletas, clowns y gimnastas.

Por fin, un tiro certeramente disparado por el director de la compañía hirió al bruto en el cuello y le obligó a soltar al chico, que tuvo que pasar algunos días en cama. El elefante no murió del tiro. Vendido al circo Sanger, todavía ocasionó otras desgracias y fué estrangulado en Liverpool.

Muchas otras aventuras con elefantes, con osos, con leones, con tigres y con hienas le han ocurrido a Alejandro Feely, pero de todas ellas, la mayor intensidad dramática no sucedió en ningún circo ni exhibición pública, sino en un barco. La compañía a que entonces pertenecía el domador hacía la travesía de Inglaterra a Irlanda. Era una hermosa noche de verano, y la mayor parte de los pasajeros, para disfrutar de su belleza y calma, dormían sobre cubierta. Feely dormía también, cuando un mozo de cuadra negro vino a decirle que una de las jaulas de las fieras estaba abierta y vacía. Feely fué a ver de qué se trataba y quedó horrorizado al encontrarse con que la jaula en cuestión era la de una hermosa pantera. Las panteras, en efecto, son las fieras más astutas y crueles; nunca se domestican por completo.

Domador y negro subieron cautelosamente a cubierta. Allí, todo el mundo dormía. Sólo el contramaestre paseaba tranquilamente, fumando un pitillo. En pocas palabras, Feely le puso al corriente de la situación y le recomendó que no despertase a nadie, pues permaneciendo todo en calma era más fácil capturar a la fiera fugitiva.

En efecto, a poco de explorar el barco en todos sentidos, a la luz de la luna se vió a la pantera deslizándose por entre los grupos de pasajeros dormidos, con el silencio que caracteriza la marcha de los felinos acechando su presa. En un rincón dormía un matrimonio joven, y junto a él un niño de pocos meses, con el biberón entre los labios. Hacia allí se dirigía la pantera. Pronto llegó junto al niño, y cogiéndolo con los dientes, en dos saltos desapareció con él por una escotilla, tan silenciosamente como había venido.

—¡Va a comerse al niño!—dijo el contramaestre con acento de terror.

—No ahora mismo—contestó Feely,—pero sí en cuanto vuelva a su jaula, si yo no puedo impedirlo.

Pocos minutos después, el domador estaba junto a la jaula de la pantera. Como había sospechado, ésta se encontraba dentro, con el niño todavía en la boca, sostenido por las ropitas. Feely entró también y ordenó con voz imperiosa:

—¡Suéltalo!

La pantera dió un gruñido, pero obedeció, dejando al niño en el suelo. Feely le hizo una caricia, como a un perro obediente, y en seguida levantando una pierna, mandó:

—¡Salta!

Acostumbrada a aquel ejercicio, la pantera saltó, con lo cual el domador quedó entre la fiera y el niño. Cogiendo rápidamente a éste en brazos, Feely se lanzó fuera con el niño y cerró la puerta tras de sí. La pantera, comprendiendo el engaño, se arrojó contra los barrotes de hierro, rugiendo furiosa; pero el domador no se cuidó de su enojo. Subió a cubierta, se acercó de puntillas al matrimonio dormido, dejó al nene a su lado y le colocó el biberón entre los labios.

¡Qué lejos estarían aquellos felices padres, cuando a la mañana se despertaron para reír las gracias de su hijito, de imaginar que éste había pasado una parte de la noche entre las garras de una fiera!

Ninguno de los pasajeros se enteró de aquel drama en la sombra. Feely suplicó a los dos únicos testigos que no dijesen una palabra a nadie, pero el contramaestre no debió poder callarse mucho tiempo, pues algunas semanas después el domador recibía una medalla de plata acompañada de una carta del capitán del barco dándole las gracias por su heroísmo en aquella memorable noche.



El drama de un imperio americano

La novela de amor y la novela de sangre de Maximiliano de Austria.— Una corona trágica

La ley de la antigua tragedia—la que desarrollaba sus tremendos acontecimientos bajo la influencia inexorable del destino—exigía que los sujetos actores en el drama fueran monarcas, héroes o personajes de gran majestad y significación, para que así el contraste de sus dolores y desgracias con su excelsitud y poder determinara con más energía esa sensación de terror y de piedad que la tragedia debía causar en el auditorio.

Como especialmente preparado por el destino para llenar estas condiciones, para ser el héroe de tragedia, querido por la preceptiva clásica, apareció en el escenario genuinamente republicano de nuestra América, ciñendo una corona de emperador, el príncipe Maximiliano de Austria.

Protagonista de un singular ensueño de gloria que se desvaneció en una lúgubre madrugada de ejecución, este príncipe europeo, que ciñó la corona de un imperio americano inventado en París, que pudo realmente creer por un momento que iba a presidir en el lejano y desconocido país, de un contingente ajeno al exótico espíritu monárquico, una era de prosperidad, de restablecimiento del orden social y económico, el surgir de una dinastía austriaca entre los bosques de América...; este príncipe europeo tan incapaz del gobierno y tan confiado en la autoridad inmanente del prestigio real, se presenta al recuerdo con todas las influencias sugestivas de lo novelesco y de lo dramático que interesan el ánimo en su desgraciada empresa y lo han prestigiado durante medio siglo con la aureola de piadosa simpatía que su trágico fin, al redimirlo de sus faltas de fracasado, le conquistó en Querétaro. El episodio político cedió su puesto en la historia viva al drama humano.

Es así cómo, cumplidos últimamente los cuarenta años de la ejecución del emperador Maximiliano, todavía ese drama interesa como una novela interesantísima y emocionante.

Por lo demás, la historia concreta de este episodio americano es mucho menos sabida de lo que se cree y no le faltarán lectores empeñosos entre los mismos que creen conocerla tan sólo porque la dan por sabida.

El príncipe

Fernando Maximiliano José de Hapsburgo tenía treinta y dos años cuando le fué ofrecido en el castillo de Miramar aquel resplandeciente cetro de un imperio americano entre cuyo oro iba encerrado el testimonio del acta de su proclamación por la Asamblea de notables de Méjico.

Había nacido en Schonbrunn el 6 de julio de 1832; era hermano del emperador de Austria, Francisco José II, y la vida desplegaba ante él perspectivas sonrientes.

Dotado de sentimientos liberales, culto, con aficiones artísticas y literarias, amante del estudio, distinguido y afable, de hermoso y noble físico, ojos azules muy dulces, gran barba rubia sedosa, Maximiliano tenía todo el tipo de un "dilettante" selecto, un idealista que parecía esperar la consagración de una empresa novelesca.

Había ejercido el mando supremo de la escuadra imperial y luego el gobierno del Lombardo-Veneto.

En el retiro de su castillo de Miramar se entregó allí a sus especulaciones favoritas, escribiendo máximas de buen gobierno que no había de aplicar más tarde.

A fines de agosto de 1857 se había casado en Bruselas con la princesa Carlota, hija del rey de Bélgica.

Fué esta una unión principesca consumada entre sonrisas y lisonjeros augurios. Toda la Europa celebró y fué evocado el antiguo lema: "Tu felix Austria nube!"

La princesa Carlota, bella, gentil, seductora, dotada a la vez de una entereza de carácter y de una firmeza de voluntad que a Maximiliano, un tanto indeciso, no le sobraba, debía tener en la suerte de éste una participación importante hasta que el destino dió fin de sangre y locura a este poema de amor y de juventud.

La corona

El 6 de octubre de 1863, Maximiliano, rodeado de sus ayudantes y chambelanes recibía en Miramar a la diputación mejicana que dentro de un cetro de oro primorosamente cincelado le llevaba el voto de la asamblea de notables.

Méjico despedazado por una larga guerra civil, se sometía a la prueba de un gobierno monárquico y pedía a la casa de Austria un emperador. Napoleón III apuntalaba este trono con 30.000 bayonetas francesas.

Maximiliano, indeciso, temiendo las responsabilidades de semejante aventura, exigió a la diputación mejicana una manifestación plebiscitaria de la voluntad del país. Se reclamó el voto de los ayuntamientos correspondientes a los diez y ocho estados de Méjico y el archiduque, alentado por Napoleón III, celebró un pacto de familia por el cual renunciaba solemnemente a todos sus derechos eventuales al trono de Austria, y el 10 de abril de 1864 recibía por segunda vez y con toda pompa a la diputación mejicana, asistiendo al acto varios embajadores extranjeros.

Luciendo magnífico uniforme de vicealmirante, llevando del brazo a su esposa, rodeado por los altos dignatarios de su casa en traje de gran gala, Maximiliano se presentó en el salón de Miramar donde, una vez prestado solemne juramento a la nueva constitución mejicana, recibió oficialmente el título de Maximiliano I emperador de Méjico.

Después de un breve viaje político a Roma, donde en el palacio Marescotti, celebró una entrevista con el papa Pío IX, volvió con su esposa a Miramar, para embarcarse definitivamente en viaje a su nueva patria, a bordo del acorazado "Novara".

El 14 de abril los muelles de Trieste presentaron un espectáculo inolvidable: enorme muchedumbre asistía al embarque de los nuevos monarcas.

A las tres de la tarde los emperadores de Méjico subieron a bordo del "Novara", y al pisar su cubierta se enarboló al tope en el palo mayor la bandera mejicana que fué entusiastamente saludada por la artillería, los vítores atronadores y el agitar de los pañuelos.

Poco después el "Novara" desamarró, hinchó sus velas y se deslizó suavemente entre las aclamaciones, llevando a los emperadores de Méjico hacia su incierto destino.

Desde el trono

La historia de Maximiliano y Carlota en Méjico, resumida en sus contornos salientes a la distancia, presenta dos fases notamente definidas: una de esplendores matinales, otra de sombra trágica.

Recibido entre el jubiloso clamoreo de las campanas, de las músicas y del tronar de los cañones, en plena fiesta de guirnaldas, gallardetes, arcos y flores, la joven pareja imperial pudo creerse con motivo dueños del corazón del país: la varonil arrogancia del emperador, la gracia y gentileza de la emperatriz habían, en efecto, dominado los ánimos; así bajo los más auspiciosos augurios se inauguraba el imperio mejicano.

La nueva situación había sido reconocida en todas las ciudades, aun en aquellas donde no había guarnición francesa, y el general Juárez el fiero patriota había sido confinado con sus huestes republicanas en las estepas de Chihuaba, a más de dos mil kilómetros de la capital.

Las clases conservadoras, cansadas de la anarquía, querían un gobierno fuerte.

Se esperaba una era de paz y de prosperidad: el imperio debía ser fecundo en bienestar y, en efecto, los capitales extranjeros empezaban a afluir, con grande ventaja para el país.

Pero los meses, el primer año, el siguiente fueron transcurriendo en medio de fiestas, viajes triunfales, procesiones, banquetes, boato. La monarquía sólo daba a Méjico sus costosos esplendores escenográficos. Maximiliano, ocupado en crear órdenes caballerescas y en redactar un código de etiqueta, resultaba cada vez más contradictorio con el ambiente americano. Y entre tanto, allá lejos, Juárez, indomable, miraba, esperaba...

Por otra parte, la actitud de los Estados Unidos hacia el nuevo imperio, reconocido por todas las naciones, excepción hecha del gobierno de Wáshington, había creado al nuevo gobierno una situación comprometida.

Maximiliano debió conservar en el gobierno al general Almonte, que había desempeñado con acierto y prestigio la regencia hasta la llegada del emperador y no lo hizo, causando descontento.

En resumen, Maximiliano, espíritu brillante, orador lucido y dotado de cierta práctica administrativa, pero versátil, pródigo, "dilettante" en fin, no respondió a las expectativas ni a las necesidades del pueblo, y cuando quiso demostrar firmeza llegó sin necesidad a un extremo lamentable, dictando el terrible decreto de octubre 2 de 1865, según el cual: "Todo individuo que hubiese pertenecido a una partida armada contra el imperio, debería ser juzgado por un consejo de guerra, condenado a muerte, ejecutada la sentencia a las 24 horas de pronunciada"...



Las consecuencias de este decreto fueron espantosas. El 13 de octubre siguiente, hechos prisioneros por el coronel Méndez doscientos y tantos republicanos, fueron juzgados de acuerdo con él y fusilados a las 24 horas en Urnapan.

Tres meses más tarde Napoleón III notificaba a Maximiliano su decisión de retirar las tropas francesas que sostenían su trono.

La locura de la emperatriz

El emperador de Méjico no había pensado en formar su ejército. En cambio las huestes republicanas engrosaban, y la plaza de Matamoros, después de veinte meses de asedio cayó en poder de los juariztas.

El momento era decisivo. Sentíase arreciar la tormenta; los esplendores matinales del imperio iban a concluir. Estaba próxima la noche de Querétaro.

Entonces se resolvió el viaje de la emperatriz Carlota a París, confiándose a su entereza y a su tacto la misión de obtener que Napoleón mantuviera un año más sus soldados en Méjico, mientras Maximiliano formaba a toda prisa algunos regimientos de cazadores de Méjico, embrión de un futuro ejército, y se constituía la legión austrohúngara.

El 6 de julio la soberana ceñía por última vez la diadema imperial con motivo del cumpleaños de su esposo, y el día 9, se separaba para siempre de él.

Cinco entrevistas con Napoleón III, en que luchó como una leona para arrancar a éste la resolución salvadora que iba buscando, la convencieron de que el abandono de su esposa a su propia suerte era una cosa irremediablemente resuelta. Napoleón no cedió.

Acudió aun al papa, decidida a aferrarse a todo. Pero el sumo pontífice le reprochó acerbamente la actitud de Maximiliano para con la iglesia mejicana, y se ha dicho que fueron tan ásperas sus palabras y tanta impresión causaron en el espíritu de la desventurada emperatriz, que ésta sintió quebrarse su corazón.

En el Vaticano se inició, en efecto, la evidencia de aquel drama de la locura que aún hoy mantiene vagabundo un espectro de mujer doliente en las soledades de Miramar, pero las primeras manifestaciones se habían producido ya antes de llegar a Roma. Hay quien asegura que en el mismo palacio de Saint-Cloud, ante la última negativa de Napoleón III.

El 10 de octubre de 1865 la soberana de Méjico, al ángel de amor de Maximiliano entraba para no salir de él ya, en aquel castillo de Miramar que había sido el nido dichoso de sus venturas juveniles.

El último pensamiento de Maximiliano fué para ella.

Antes de su ejecución escribió la siguiente carta que fué por él confiada al arzobispo de Querétaro:

"Mi querida Carlota: Si Dios permite que tú cures un día y leas estas líneas sabrás cuán cruel ha sido la suerte que me ha perseguido desde tu salida para Europa. Te llevaste mi buena fortuna y mi alma. ¡Ojalá hubiera escuchado tus palabras! Tantos acontecimientos, tantas desgracias inesperadas han acabado de tal modo con mis esperanzas, que la muerte para mí es una redención gloriosa y no una agonía. Moriré gloriosamente como un soldado, como un rey vencido, pero no deshonrado. Si Dios te llama para que te reúnas conmigo, yo bendeciré su mano divina, que tan pesadamente ha caído sobre nosotros. Adiós... Adiós. Tu desgraciado, *Maximiliano.*"

El drama de Querétaro

Después de ese dramático episodio de la demencia de Carlota, los acontecimientos se precipitan en Méjico. La ráfaga trágica sopla apurada.

Maximiliano, al anuncio del retiro de las tropas francesas había iniciado una negociación para contratar 10.000 soldados en Austria. Pero cuando, consumada, estaban estos hombres dispuestos a embarcarse, la cancillería austriaca recibió una nota del gobierno de los Estados Unidos protestando contra el reclutamiento de esas tropas y declarando que miraría como un acto de hostilidad la salida de tal expedición.

El Austria se hallaba entonces amenazada por la Prusia y la Italia. Francisco José no pudo arriesgar una guerra con los Estados Unidos y disolviendo las fuerzas reunidas, abandonó también a su infortunado hermano.

La suerte estaba echada. Las armas republicanas ganaban terreno velozmente. Después de una tentativa de abdicación, aconsejada por varios gobiernos que, bien informados de la realidad de las cosas, preveían el fin, y por un consejo de ministros y notables en el cual 10 votos solamente se pronunciaron por el mantenimiento del imperio, contra 9 contrarios y 2 abstenciones, — Maximiliano, desistiendo de tal propósito, derrotado, perseguido, sólo en medio de la tormenta, decidió quemar el último cartucho. Logró reunir un ejército de 6.000 hombres y el 13 de febrero, uniformado de general mejicano, montando brioso caballo, lo revistó al ponerse a su frente.

Al día siguiente salía de Méjico en dirección a Querétaro. El 5 de ese mes la bandera francesa, había dejado de flamear en el imperio.

Cuando el emperador llegó a Querétaro, el 19 de febrero, ya la plaza estaba sitiada por el general Escobedo, aunque no rigurosamente, tal vez para dejar a Maximiliano entrada en ese baluarte imperial.

Puebla entretanto había caído en manos de los enemigos y el imperio estaba reducido sólo a tres ciudades: Méjico, Orizaba y Querétaro.

Los generales de Maximiliano eran Márquez, nombrado lugarteniente del imperio, Vidaurri y los heroicos Miramón y Mejía. Márquez, sitiado en la capital por el general Porfirio Díaz, la abandonó el fin y huyó a Norte América. Maximiliano, una vez en Querétaro, vió cerrarse ante él el círculo de hierro de un asedio que duró cuatro meses, sostenido con valor por el pobre príncipe y sus soldados en medio del hambre y las enfermedades.

El 15 de mayo a las dos de la mañana el enemigo era introducido secretamente en la plaza.

¿Quién lo introdujo? Se ha dicho que esto fué el efecto de una traición por soborno del coronel López.

El hecho es que en medio de la confusión angustiosa de aquella noche, mientras las tropas republicanas entraban al convento de Santa Cruz, alojamiento de Maximiliano, éste "sónámbulo de un gran sueño desvanecido", pudo llegarse hasta el cerro de las Campanas, desde donde escribiría a Escobedo una carta concebida así:

Me rindo a discreción para evitar un inútil derramamiento de sangre. Pido tres favores: 1.°, que no se me ultraje; 2.° que si se nos ha de fusilar, se me fusile el primero; 3.°, que, si se me fusila, no se insulte mi mutile mi cadáver.

La versión del historiador Juan de Dios Arias dice que Maximiliano al llegar ante él Escobedo y su estado mayor se adelantó a recibirlo y tras un saludo grave pero cortés, solicitándolo aparte le dijo:

—¿Me permitirá usted que, custodiado por una escolta, marche yo hasta un punto de la costa donde pueda embarcarme para Europa con la protesta que hago, bajo mi palabra de honor, de no volver a Méjico?

—No me es permitido conceder lo que usted pide—contestó Escobedo.

—Puesto que es así, espero que no permitirá usted que se me ultraje y que se me tratará con las consideraciones debidas a un prisionero de guerra.

—Es usted mío—le respondió simplemente Escobedo.

Entonces el príncipe, desciñiéndose la espada, se la presentó. El general hizo que la recibiese el jefe de su estado mayor.

En el teatro antiguo, el auditorio se hubiera estremecido ante el silencio solemne de esa entrega de la espada imperial. El destino hizo en aquel momento una terrible señal en el misterio. La tragedia iba a precipitar sus horrores.

La entereza americana

El derrumbe de aquel trono causó una gran conmoción en Europa. Apenas sabida la rendición de Maximiliano no se pusieron en movimiento las cancillerías de las principales potencias europeas y aun la de Estados Unidos, para salvar la vida del infortunado príncipe. La reina Victoria, Napoleón III, Rusia, Bélgica, Italia y Prusia hicieron esfuerzos sobrehumanos para evitar la catástrofe que se preveía.

Se inició una heroica lucha entre los diplomáticos—sobre todo el generoso ministro de Prusia, barón Magnus—los defensores nombrados a Maximiliano—Riva Palacio, Martínez de la Torre, Vázquez—y Benito Juáres, para arrancarle a este el perdón primero, la postergación del juicio, siquiera, después.

Se celebraron numerosas entrevistas, todo el que algo podía valer intervino, se elevaron peticiones, súplicas... Juárez fué acosado con sin igual porfía. Todo inútil. El viejo patriota, dando ejemplo de una tenacidad y una entereza de que no había antecedentes, resistió, inquebrantable, invocando la salud de Méjico.

Maximiliano enfermo, el valiente Miramón, herido, tomado peleando, y el bravío Mejía fueron sometidos al consejo de guerra el 12 de junio. La defensa alcanzó vuelos de elocuencia conmovedores. El tribunal, aplicando estrictamente la ley, dictó sentencia de muerte el 14.

Se renovaron ante Juárez los empeños con duplicada porfía, para obtener ahora el indulto. Juárez no cedió. Las damas de Méjico, encabezadas por la afligida esposa de Miramón acudieron a él. Juárez no cedió.

—Excúseme esta penosa entrevista—dijo—que haría sufrir mucho a la señora de Miramón con lo irrevocable de la resolución tomada.

El sacrificio era inevitable.

El Cerro de las Campanas

La sentencia debía cumplirse el 19 de junio.

Los condenados firmaron con tranquilidad la notificación de la sentencia; recibieron cristianamente los auxilios espirituales del abate Fischer, secretario y confesor de Maximiliano y éste solicitó como última gracia, le fuera permitido permanecer reunido hasta el último momento con sus generales.

Al amanecer se oyó una música fúnebre, y el capitán González penetró en la capilla con las banderas, y saludando al emperador y a sus generales, les invitó a seguirle.

Maximiliano se adelantó sereno y

EL CALLICIDA

Ceferino hubiera sido el más feliz de los mortales si no le aquejara una verdadera enfermedad.

Sus pies, modestamente calzados con un cuarenta y cinco, ostentaban unos callos mostruosos, que eran la vergüenza de su dueño y el martirio de su existencia.

Todo lo había ensayado para su extirpación; pero todo había sido inútil. Los callos seguían cada vez más florecientes y más dolorosos.

Cuando comenzaba a desesperarse y desconfiaba de encontrar un remedio eficaz, Ceferino leyó en la sexta plana de un periódico el siguiente anuncio:

"Vosotros, los que padecéis de los pies, recobrad la esperanza. Mi producto, secreto de los sacerdotes egipcios hallado en la tumba de un Faraón de la dinastía XXXIV, es el rey de los callicidas. Con él no hay fracaso posible. Ensayarlo es adoptarlo. Más de cien mil testimonios cantan y bendicen sus virtudes maravillosas. Venid y encontraréis la tranquilidad que habéis perdido."

Seguía la dirección del vendedor: "Casimiro Otón. Calle de Corinto, 36."

¡Cien mil testimonios! ¡Era una cifra! Ceferino no dudó ni un momento de la excelencia del remedio, y para llegar antes tomó un "taxi" que lo condujese a la calle de Corinto.

Fué recibido por un caballero muy simpático que, a cambio de un billete de veinte francos, le entregó un tarrito de pomada, acompañado de un prospecto con las instrucciones necesarias para su uso.

—¡Veremos ahora si os reduzco! —iba diciendo al bajar la escalera con aire triunfador.—¡Vamos a reirnos mucho!

En vano Ceferino se aprendió de memoria todas las instrucciones y se aplicó varias veces la pomada. Los callos seguían cada vez más florecientes.

Desesperado y resuelto a negar los cien mil testimonios, volvió a los pocos días a la calle de Corinto, donde fué recibido por el mismo caballero simpático.

Ceferino desahogó toda la bilis que llevaba.

—Caballero—le dijo el vendedor muy serenamente.—Tal vez no haya usted atendido a todas las instrucciones.

—Sí, señor; he hecho todo lo que dice el prospecto.

—¿Ha tomado usted un baño de pies de media hora, con el agua a cincuenta grados?

—¡Sí, señor!

—¿Los ha alisado usted ligeramente con la piedra pómez?

—¡¡Sí, señor!!

—¿Se ha puesto usted luego una pequeña capa de ungüento?

—¡¡¡Sí, señor!!!

—¿Ha hecho usted la misma operación durante cuatro días seguidos?

¡¡¡¡Sí, señor!!!!

—¿Y después de eso sus callos no se han desprendido como la fruta madura?

—¡No! ¡No! ¡No, y mil veces no, caballero!

—¡Entonces—exclamó furioso el vendedor,—sus callos de usted son una porquería!

Y abriendo la puerta echó a Ceferino escaleras abajo.

E. BOUILLIER.

resuelto, sin que le traicionara la más leve contracción muscular.

El general Miramón, debilitado por la herida y las noches de insomnio, apareció pálido y abatido.

Mejía, lleno de orgullo, pisando con firmeza y alta la frente, declaró que era una gloria para él morir con su soberano.

Se organizó acto continuo el fúnebre cortejo que el historiador Pruneda describe como sigue:

"Abría la marcha un escuadrón de lanceros; seguía una música tocando una marcha fúnebre y un batallón de infantería a cuatro en fondo.

"En este momento pasaban los franciscanos: los dos primeros llevaban la cruz y el agua bendita, y los demás, velas encendidas. Seguían los tres ataúdes llevados por doce indios, y últimamente las cruces de ejecución y los banquillos.

"La procesión marchó lentamente por la calle del Cementerio, pasando por detrás de la iglesia y por el camino del acueducto.

"Iba primero el emperador, llevando a su derecha al abate Fischer, y a su izquierda al obispo; detrás marchaba Miramón, a quien sostenían dos franciscanos y Mejía entre dos presbíteros de la parroquia de Santa Cruz. Cuando llegaron a lo alto de la colina, Maximiliano miró fijamente el sol, y sacando su reloj, tocó un resorte que ocultaba un retrato en miniatura de la emperatriz Carlota, besóle y entregando la cadena al abate Fischer, le dijo:

—"Llevad este recuerdo a Europa a mi querida esposa, y si algún día puede comprenderos, decidla que mis ojos se cerrarán con su imagen que me llevo al cielo."

El toque de agonía, grave e imponente se hacía oír desde todos los campanarios; al llegar al muro exterior del cementerio, una división de 4.000 hombres al mando del general Díaz de León, formaba cuadro en la falda del Cerro de las Campanas, alejando a la apiñada multitud que se había colocado en la colina. Junto al paredón del cementerio se clavaron los fatales banquillos, y los tres pelotones destinados a efectuar la ejecución se apostaron a tres pasos de distancia del sitio que habían de ocupar los condenados.

A las siete y cuarto llegó el cortejo al cuadro de la tropa, y el primero en adelantarse fué Maximiliano, que dirigiéndose con amable ademán a sus generales les dijo con calma:

—¿Vamos, señores?—y los tres se dirigieron con paso firme hacia el lugar del suplicio.

Una vez allí, el archiduque se acercó al pelotón de soldados que había de fusilarle y regaló a cada hombre "un maximiliano de oro" equivalente a 20 pesos, y Mejía que sólo conservaba una onza en el bolsillo, la obsequió a su pelotón para que se la distribuyeran por partes iguales.

Concluido este acto Maximiliano alzó la voz y pronunció las siguientes palabras con entonación robusta:

—"Voy a morir por una causa santa, la de la independenia y libertad de Méjico. ¡Que mi sangre selle las desgracias de mi nueva patria! ¡Viva Méjico!"

Y Miramón a su vez, con sonora voz, pronunció una viril alocución.

Se adelantó el capitán González y vendó los ojos a Miramón que no opuso resistencia; quiso hacer lo propio con Mejía, pero éste se resistió, entonces el obispo de Querétaro le dijo algunas palabras en voz baja y se entregó tranquilamente.

En cuanto a Maximiliano se negó terminantemente a que le taparan los ojos, y después de abrazar con efusión a Miramón y a Mejías, a quien le dijo al oído algunas palabras, se adelantó y haciendo señal al oficial le dijo con toda cortesía y sonriendo:

—A la disposición de usted—y de pie colocándose en el sitio que le designaron, después de suplicar que no se le lastimase la cara, separó con ambas manos su rubia y sedosa barba echándola sobre los hombros, descubriendo el pecho, al propio tiempo que señalándose el lado del corazón y levantando la cabeza con orgullo exclamó con voz fuerte:

—¡Aquí!

Miramón también señaló el pecho a sus tiradores.

Mejía apartó silenciosamente de sí el crucifijo que tenía en la mano derecha.

Maximiliano dijo algunas palabras en alemán, y a la señal del jefe del piquete, se oyó una triple descarga; una espesa nube de humo envolvió a los tres valientes cuan desgraciados defensores del imperio, y los tres rodaron por el suelo.

Maximiliano no murió en el acto, y después de la descarga se observó que decía entre los estertores de la agonía: "hombre, hombre".

El tiro de gracia concluyó con la vida de aquel príncipe que moría en el vigor de la edad, cuando todo lo convidaba a vivir, no cumplidos aún los 35 años!

La noticia de la ejecución de Maximiliano llegó a París en momentos en que Napoleón III distribuía los premios de la Exposición Universal. Los cañones tronaban y las campanas echadas a vuelo gritaban alegría en la gran ciudad.

Tres años más tarde Napoleón, vencido, humillado, enfermo, entregaba su espada y perdía su corona en Sedán.

Por las solitarias avenidas del castillo de Miramar vaga todavía una triste figura, última sobreviviente del drama imperial.

¡Es la princesa Carlota, demente, que espera la vuelta de Maximiliano!

Lo que de Maximiliano quedó en el Cerro de las Campanas, volvió a Europa hace ya tiempo.

El 21 de julio llegaba a Veracruz el almirante Tegethoff con las corbetas Novara e Isabel, encargado por el gobierno austriaco de pedir al gobierno de la república su autorización para transportar a Europa los restos del infortunado príncipe.

El cadáver fué transportado sobre el Novara, la misma nave a cuyo bordo, tres años antes partiera Maximiliano a Méjico lleno de vida y de esperanza, entre el fragor de los cañones y las aclamaciones de la multitud.

En la güeya

A don Leonardo Semería, como un pial de amistá.

—¿P'ande, charaboncito, vas por este camino,
sin chapeao ni pingo, con los pieses sangrados?...
Vení, tomá una copa p'hacer chicas las leguas
y dejá ese camino po ande vas trompezando.

"Contame algo 'e tu vida de muchacho inocente;
yo te daré un consejo 'e la siembra e' mis años"...
Me senté en la osamenta de una cabeza 'e vaca
y hablé mientras el viejo fumaba su cigarro.

Hacen ya muchos años qu'en esta güeya larga
que se yama existencia, hago leguas buscando
el rastro 'e la justicia que se ha juido hace tiempo
y se ha yevao en ancas la hermandá 'e los cristianos.

En esta güeya larga como esperanza 'e pobre,
voy sembrando mis sueños pa cosecha 'e los machos;
voy diciendo a los crioyos: más coraj'es cuerpiarle
a la caña y la taba que hacerle frente a un guapo.

Voy diciendo a los crioyos: como las lindas plumas
a tiempo que lo abrigan, sirven de adorno al pájaro,
ansina, las mujeres son, pa nuestra existencia,
como abrigo y compaña de dichas y fracasos.

En vez de espina 'e tala, palán pa las heridas;
hermanas de coyunda sobre este campo 'e cardos
donde marcamos güeyas guiados por la disgracia,
es la mujer pa el hombre que la güelve estropajo.

Voy mostrando a los hombres lo amargo de la vida
pa que, con la experiencia de los males humanos,
sepan que tuitos somos como el máis en el choclo,
en diferentes sitios, pero de un mesmo marlo.

Voy diciendo a los crioyos: como el cardo y la rosa,
aunqu'en distintas formas, nacen de un mesmo campo,
a crioyos como a gringos, aunqu'e distintas razas,
en una mesma güeya nos han largao hermanos.

. . . .

Aun me suena en los óidos la risotada el viejo...
—¡Pucha qué gaucho sonso!—me dijo jaraneando.—
Golvete pa tus pagos, dejá qu'el mundo siga
a tumbos como hast'aura, que ansí Dios lo ha mandáo.

Al mirar que po el mesmo camino me alejaba
y al ver cómo el disprecio se acostaba en mis labios,
—Hacé caso—me dijo.—Yo me yamo Experiencia,
cargo sobre los lomos mucho más de mil años.

Lo miré viejo y triste; duro como sentencia
y pa que comprendiera que había dicho un bolazo
lo ensarté con la audacia de mis palabras mozas:
—¡Aparcero—le dije,—yo me yamo Entusiasmo!

Epifanio OROZCO ZARATE.

Estómago de avestruz

Me gusta la amistad de los exploradores. Cuando en una reunión soy presentado a uno de estos grandes viajeros sólo tengo oídos para este émulo del judío errante. Yo, que no he pasado de Dieppe en dirección del Polo Norte, y de Marsella en dirección del Polo Sur, encuentro un extraño encanto en el relato de las costumbres de los matabelos y en la descripción de la ceremonia del divorcio en el país de los polinesios.

La otra noche comía en casa de la señora de Méritoine. El señor Méritoine no es un pozo de ciencia, pero gana muchos millones vendiendo ballenas para el corsé. En la mesa se sentaba el comandante Lepinais, encargado de misión en el África austral.

A los postres todos los comensales estábamos pendientes de sus labios. Lepinais hablaba de los avestruces:

—No sé si ustedes adorarán, como yo, estos animales. Tienen una hermosa cabeza de echadora de cartas y un cuello de vieja solterona.

Me volví al comandante Lepinais y le pregunté:

—Diga usted, comandante, ¿son estos animales tan torpes como se dice?

—Nada de eso—contestó,—y voy a darle una prueba. El invierno pasado viajaba por el Transvaal. Vivía en casa de un agricultor boer que se dedicaba precisamente a la cría del avestruz. Una mañana vino a verme desconsolado y me dijo:

—No creí que los avestruces tuviesen tanto estómago. ¿Creerá usted que uno de ellos ha entrado en mi despacho y se ha tragado el numerador que me sirve para fechar y numerar los envíos de trigo que hago a Johannesburgo? Quisiera darle un vomitivo para que devolviese ese objeto de escritorio que me es tan necesario; pero ¿cómo saber quién se lo ha tragado?

—No creo que será difícil. Lo probable es que el animal que se lo haya tragado se muera.

Pasaron unos cuantos días. Una tarde el labrador boer vino a buscarme. Parecía muy contento. Con gran misterio me llevó al lugar en donde encerraba sus avestruces, y señalando a uno de ellos, que cuidaba de sus huevos recién puestos, me dijo muy contento:

—¡Ese es el culpable! ¡Mire usted!

Me incliné, miré los huevos y vi, en efecto, que todas las cáscaras estaban fechadas y numeradas.

Maurice DEKOBRA.

EL TEATRO — CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO -

"ABEN HUMEYA", DE DON FRANCISCO VILLAESPESA, EN EL ARGENTINO

El conocido poeta español Francisco Villaespesa, está realizando en el teatro Argentino una temporada con la compañía de comedias y dramas, al frente de la cual figura la primera actriz señora Griffel. El cartel está monopolizado por las producciones del director de ese conjunto, habiéndose dado a conocer, después de "La leona de Castilla", con la que debutó, la tragedia morisca cuyo título encabeza estas líneas. "Aben-Humeya" ha sido recibida con aplauso por el público, pero si aplicáramos a esa obra los cánones de una severa crítica, tendríamos que oponer muchos reparos y anotar múltiples deficiencias, que restan valor a la obra de que se trata. El verso flúido de Villaespesa llega fácilmente a la sensibilidad de un público poco exigente, y el ambiente morisco en que la pieza se desarrolla contribuye a darle a ésta cierta espectacularidad que la hace agradable y entretenida. No se trata, pues, de una pieza de alto vuelo lírico, sino de una de tantas exhumaciones históricas que no tienen más que un valor meramente local y transitorio.

La compañía a que nos referimos cuenta con algunos elementos muy discretos. Las obras las presenta con modestos decorados y toda ella da una impresión de sencillez y modestia que resultan inadecuadas a la enfática entonación con que todos sus componentes declaman los versos incluyendo al director de la compañía, que recita muy deficientemente.

Los progresos que entre nosotros ha realizado el teatro, no sólo en lo relativo a las compañías nacionales sino también a las extranjeras que nos han visitado, hacen impropio del prestigioso poeta español, el espectáculo que ofrece con la compañía que dirige.

Nos referimos al hecho de que no le hubiese sido difícil organizar un conjunto más completo y valioso que el que le acompaña, pues si éste podría considerarse aceptable como una de tantas compañías trashumantes que actúan bajo su exclusiva responsabilidad, no lo es presentado por una de las figuras más representativas de las letras españolas contemporáneas. Sin duda el poeta Villaespesa que salió de su patria con esa compañía hace algunos años, no ha querido desprenderse de ella, prefiriendo arrostrar las consecuencias.

PINTORESCO DEBUT EN EL AVENIDA

El teatro es el reino de las sorpresas y el ingenio de los autores hace que los espectáculos escénicos llamen siempre la atención del públco, que acude a las salas con curiosidad femenina. No hay presentación de compañía que no atraiga cierta cantidad de gente, deseosa de ver algo nuevo o algo raro. Ocurre a veces, que cuando un espectáculo teatral decepciona al auditorio, el público resuelve constituirse en espectáculo teatral... y la compañía en auditorio.

Algo muy aproximado aconteció con la presentación en el Avenida de la compañía de revistas que puso en escena "Ni una palabra más" y "Lluvia de oro", producciones de los señores Gil Montero y Battistella, música de los maestros Payá y Terés. La representación se inició ante una sala que padecía de expectativa nerviosa y apenas la gente oyó los primeros diálogos y vió los primeros decorados, ciertos movimientos precursores de tormenta brotaron como por generación espontánea...

En estos casos, es sabido, basta la chispa para producir el incendio. Y el incendio no tardó, a pesar de la presencia de los bomberos.

La revista, en rigor, era tan buena y tan mala como muchas otras, pero ya eso estaba en segundo término. El público se interesaba por representar, no por ver representar. De esta suerte, no tardó en formalizarse un espectáculo pintoresco, de género auditivo, una suerte de concierto de silbidos amenizados por exclamaciones mucho más graciosas que los diálogos de la revista que pugnaba por imponerse...

El director de la orquesta, maestro Escorihuela, agitaba su batuta enérgicamente, queriendo imponer su orquesta a la del público; pero ésta, formada de mayores elementos vocales, se dejaba oír mejor...

—¡Qué gracia!—decía uno de los músicos.—Ustedes son más que nosotros...

Y uno de la primera platea, contestaba:

—No. Es que nosotros lo hacemos mejor...

En fin, a la una y media de la mañana el público dió por terminada su representación, pudiendo agregarse que sólo dejó actuar a la bailarina la Goletera.

UN FESTIVAL INTERESANTE

En un teatro de la capital ha realizado en la semana anterior un festival artístico la Sociedad Filantrópica Escolar Cooperadora de la Escuela N.º 14, C. E. N.º 19. Generalmente, en espectáculos de esta índole no hay otra cosa que elogiar sino la buena intención de los organizadores y el benévolo concurso de los espectadores, quienes, sobre resistir estóicamente las ingenuas y desacordantes expresiones de la afición exhibicionista de unos cuantos profesionales del ridículo, abonan su platea con una generosidad digna de mejor causa. Por esto, constituye una nota altamente simpática la función organizada por la escuela citada que dirige la señora Sara P. de Villa. Inspirada la fiesta en propósitos de beneficencia no se ha descuidado, sin embargo, la parte artística, porque no sólo se ha tratado recaudar fondos sino de estimular el gusto por la belleza entre los pequeños escolares, haciéndoles intervenir en algunos números del espectáculo. Este encomiable propósito ya es un mérito por sí mismo, pero bien logrado como lo ha sido en este caso, constituye un ejemplo que debiera imitarse para inculcar en los espíritus infantiles el noble sentimiento del arte. Entre los números más destacados, merece citarse el titulado "Las flores", zarzuela infantil, cuya preparación estuvo a cargo de la señorita Elena Yacobucci y ejecutada por un grupo de niños.

El festival dejó una gratísima impresión en los concurrentes.

EN EL NACIONAL

Sigue el éxito de "El organito", interesante sainete de los hermanos Discépolo, que llena todas las noches la sala del Nacional. Se ensaya para ser estrenada en breve, una pieza de Oscar R. Beltrán, con música de Pelaia, titulada 'El daño''. La acción de esta obra se desarrolla, según tenemos entendido, en la serranía norteña.

NOVEDADES EN EL MAIPO

Después de resistir brillantemente en el cartel trescientas inscripciones consecutivas la revista "Las alegres chicas del Maipo", dando una nota sensacional en esta temporada en la que han constituído las revistas una plaga, ha sido un poco remozada mediante la introducción de cuatro nuevos cuadros titulados "Los dos Príncipes", "¡Oh, mi amor!", "Las nuevas Girls" y "Pobre muñequita", tango que ha de hacerse popular. Con este refuerzo, la pieza a que nos referimos es posible que agregue algunos centenares más al número de sus representaciones. Y conste que hasta ahora el teatro está casi siempre "au grand complet". La otra revista que integra el cartel, "Me gustan todas", ya pasó las 200 y mantiene el interés del público igual que su compañera de éxito. Quiere decir que las revistas del Maipo son verdaderos fenómenos de longevidad que harán época en los comentarios de la farándula.

CASI ESTRENO

Ha tenido las características de un estreno, la reposición de la pieza de Agustín Remón que se titulaba en su anterior existencia "El derrumbe del país" y que ahora se ha ofrecido con algunas modificaciones y retoques con el título de "El loco Benítez". La obra está bien hecha y en ella abundan las situaciones cómicas que son muy bien explotadas por César Ratti, cuya influencia reidera sobre el público del Sarmiento es notoria. Se explota en "El loco Benítez" la situación ridícula en que se ve colocado un pobre diablo, llevado a un duelo a consecuencia de un desliz literario. Alrededor de este trance están bordados todos los incidentes que no tienen otra finalidad que la de despertar la hilardíad de los oyentes con ocurrencias muy felices en su mayor parte. El primer actor, a cuyo cargo está la eficacia festiva de la obra, así como Chela Cordero, Emma Martínez y el actor Vigneri realizan una labor esmerada y de mucho efecto.

MUTIS DE GÓMEZ EN EL MARCONI

Puso término a su temporada en el Marconi la compañía dramática que encabeza José Gómez. Su actuación registró el curioso hecho de las representaciones de la grandiosa obra de Ibsen, "Espectros", sostenida en el cartel más de cincuenta veces, como si se hubiera tratado de una obra nueva.

A fuer de sinceros, debemos consignar que ese hecho no tiene significación en realidad. El señor Gómez no debe caer en el espejismo de creer que su "Osvaldo" tenga alguna parentela con el de Zacconi, ni los elogios de la crónica pasan de ser un estímulo para el empeñoso actor.

En cuanto a las novedades hechas conocer por la compañía durante su actuación, es muy prudente hacer silencio...

SAMUEL LINNIG

Ha producido un movimiento unánime de dolor en todos los círculos teatrales, el fallecimiento de este autor, recientemente acaecido. Si bien es cierto que el señor Linnig en estos últimos tiempos estaba dedicado al género chico superficial, en una ocasión, cuando estrenó con la compañía de Angelina Pagano "La túnica de fuego", puso de relieve excelentes dotes de comediógrafo. Esa obra bastó para acreditarlo como escritor culto e inteligente, que habría llegado a coronar dignamente su carrera de autor, de no desviar su orientación. Pero, como les ocurre a los profesionales del teatro, el señor Linnig tuvo que caer, quieras que no, en el género impuesto por el gusto del público.

En el acto del sepelio de sus restos hablaron los señores Saldías y Ossorio, quienes destacaron los valores del escritor prematuramente caído.

IDEAL

Alternando con las pochades hilarantes "no aptas para señoritas", la compañía que encabeza Daglio ha repuesto "Una cosa de carne", la interesante pieza de Rosso de San Seccondo, que nos dió a conocer Arellano el año pasado en su temporada veraniega del Smart. Es una nota de valor artístico incluída en el cartel del Ideal, sala a la que el público presta su favor.

Próximamente, se variará el cartel con otras novedades.

LÍRICA BARATA EN EL MARCONI

Vueltas y revueltas, el "bell canto" está en los dominios de Miguelito. Terminada la temporada de José Gómez, tuvo la empresa del Colón del oeste propuestas para acoger en su escenario otros conjuntos criollos. Pero el hombre de la galera erecta y el toscano humeante, prefirió gorgoritos. Y es así que el maestro de Angelis, ni corto ni perezoso, en un abrir y cerrar de ojos constituyó un elenco discreto, que hoy derrama agudos a todos los vientos.

Verdi, Donizetti, Bellini y demás astros de la ópera italiana, desfilarán por el Marconi hasta que el calor reclame los paseos a Palermo y al Balneario.

LA QUIROGA SE BENEFICIÓ

La distinguida actriz Camila Quiroga fué objeto de grandes manifestaciones de simpatía con motivo de la velada en su honor, efectuada el viernes en la sala del Ateneo.

Se estrenó "La virtud sospechosa", de Jacinto Benavente, hermosa comedia del fino ingenio español que fué largamente aplaudida. Dejando para otro número el comentario correspondiente, sólo diremos en éste que la señora Quiroga fué muy agasajada y aplaudida en su interpretación, recibiendo numerosos obsequios en su "serata d'onore".

MÁS CABARETS TODAVÍA

Había quien pensaba que el cabaret iba desapareciendo de nuestras obras de género chico; pero está visto que las epidemias tardan en irse definitivamente. Dos conocidos autores, capaces de encontrar otros recursos para triunfar en el teatro, Rafael J. De Rosa y Federico Mertens, acaban de estrenar una pieza titulada "La costurerita que dió aquel mal paso", donde reaparece el cabaret y reaparece también la vulgar historieta de la muchacha engañada. La emocionante y bella poesía de Carriego del mismo título, ha sido glosada pésimamente en este caso, pues mientras en aquellos versos hay verdad y belleza, en el sainete no hay nada parecido.

La señora Bernal y los actores Cicarelli, Corsini y Rosingana, hicieron lo posible por imponer la obrita, fríamente recibida por el público, harto ya de tanto cabaret y de verse decepcionado en sus aspiraciones de algo mejor. Son inexplicables estrenos de piezas como ésta, que nada agregan a la labor de sus autores, ni nada dicen en favor del teatro autóctono.

EL FINAL DE UN BINOMIO

El popular binomio Muiño-Alippi está dando en el Buenos Aires las últimas funciones de su actuación conjunta. Como se sabe, los dos conocidos actores se separarán a fines de este mes, quedando Muiño en el Buenos Aires al frente de una compañía de sainetes nacionales y pasando Alippi probablemente a otro teatro, al frente de una compañía de revistas. Mientras tanto, se van haciendo reposiciones en el cartel para mantener la temporada interesante hasta su final y no pueda sospecharse que se trata de una disolución por aburrimiento.

NOVEDADES EN LA COMEDIA

Muchas y buenas. Debutó la tiple Laura Hernández con la zarzuela del maestro Chapí "El barquillero", que tan gran éxito alcanzó en la época de su estreno. La tiple Hernández fué muy bien acogida por el numeroso público de esa sala. También se presentó un nuevo elemento incorporado a este conjunto, el tenor Luis de Lai, que cantó el papel de protagonista en "El trovador de Belchite", recogiendo muchos aplausos.

También fué estrenada en esta sala una pieza de Eduardo Marquina y el maestro Guerrero titulada "El collar de Afrodita", de la que nos ocuparemos en el número próximo.

Por último esta compañía reprisará con motivo de la próxima festividad de los muertos, la pieza cómica "La señorita Tenorio".

LA SEDUCCIÓN DE LA OLONA

Durante estos días será seducida la señora Olona en el escenario del Mayo por el actor Codina en el segundo acto de "Don Juan Tenorio", el drama de Zorrilla que se ha hecho inevitable en cuanto llega el mes de noviembre. Indudablemente tendrá éxito esta compañía, porque sus componentes son expertos y se adaptan a todas las situaciones escénicas, desde la más disparatadamente divertida hasta la más trágica y espeluznante.

BENEFICIO Y ESTRENO

El viernes último tuvo lugar en el teatro Liceo, el beneficio del primer actor de la compañía de Angelina Pagano, Nicolás Fregues, estrenándose en esa oportunidad la pieza en tres actos de C .A. López Blomberg, titulada "El enemigo interior". En el número próximo dedicaremos a la obra y a la actuación del beneficiado, el correspondiente comentario.

CASAUX ESTRENA

Después de llegar raptando a las cincuenta representaciones el disparate de Alberto Novión, "Qué suerte la de Bachicha", que se mantuvo en el cartel gracias a la admirable interpretación de Casaux, será renovado el cartel del Nuevo con el estreno de una pieza cómica original de A. Fernández Arias y R. Hicken, titulada "El sabio de la familia", en la que intervendrán las primeras figuras de la compañía que cifra en la nueva producción muchas esperanzas de gran éxito.

BOMBONES PARA LA BOMBONERA

La bombonera del Pasaje Güemes o sea el teatro Florida, ha renovado su cartel con el estreno de "Lo que tú quieras", revista de gran espectáculo que ha sido bien recibida por el público. Las otras dos que venían dándose en el mismo teatro, se han refundido en una por los autores que acaparan la labor literaria y musical en esa sala.

PUEYRREDÓN

Esta bonita sala de Flores, Rivadavia al 7000, acoge desde el viernes en su escenario a la compañía de José Gómez, que dará en la misma diez funciones. Como se lo imaginará cualquiera, el debut coincidió con la reposición de "Espectros"...

ZULEMA PODESTÁ

La familia más popular de nuestro teatro está de duelo por el fallecimiento de la señorita Zulema Podestá, hija menor de don José. Había actuado al lado de su padre en su primera edad, abandonando después le escena.

LA LUCHA DEL CASINO

Cada vez más interesante el torneo que se realiza en el Casino por el campeonato de lucha greco-romana. En estos momentos dirimen posiciones los luchadores más destacados del certamen, comunicando a los espectáculos gran interés. El programa se completa en otras secciones con artistas de variedades que son muy aplaudidas.

GRAND SPLENDID

Fué un verdadero acontecimiento el estreno de la película Hollywood, la Meca del cine, en la que actúan 50 estrellas, vale decir, casi todo el firmamento cinematográfico. La cinta gustó extraordinariamente y se apreció en ella la excelencia de la "mise en scéne" y la labor de las artistas más notables del arte mudo.

Las funciones se amenizan con las audiciones de las obras del concurso de tango y shimmys, por la orquesta que dirige Lomuto.

CAPITOL

Con públicos selectos realiza sus funciones este acreditado cine, que administra con acierto el señor Lecona. Para la semana en curso, el cartel se cubrirá con notables películas pertenecientes a marcas renombradas, anunciándose estrenos de gran atracción.



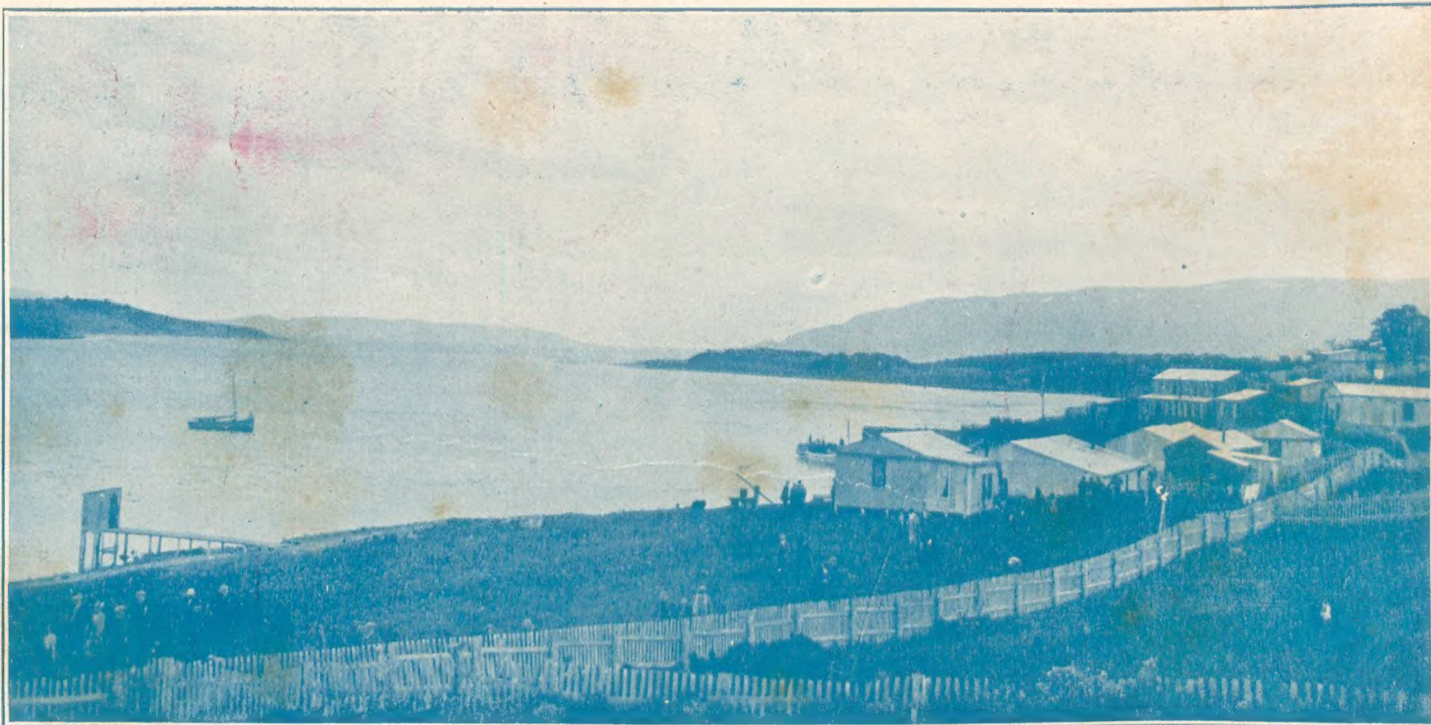


Un bello paisaje en la bahía Harberton, Territorio de Tierra del Fuego.



Otro pintoresco detalle de la misma bahía.

FOTOGRAFIA ARTISTICA



Vista general de la población de Harberton.

Fots. J. C. Dantiacq.